

CARTAS DESDE INDIA Y CHINA DE LOS MISIONEROS JESUITAS SIGLOS XVII-XVIII

Introducción, transcripción y notas:
Ma. Eugenia Patricia Ponce Alcocer



*Misionero de la Comp. de Jesus
en las Indias.*



*Hijo de un Rey de
Madure.*



*Bramen Primer Ministro de
Madure.*

PALABRA



VIAJERA

CARTAS DESDE INDIA Y CHINA
DE LOS MISIONEROS JESUITAS
SIGLOS XVII-XVIII



Introducción, transcripción y notas:
Ma. Eugenia Patricia Ponce Alcocer



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO

Cartas desde India y China de los misioneros
jesuitas : siglos XVII-XVIII / introducción,
transcripción y notas de Ma. Eugenia
Patricia Ponce Alcocer.

(Colección Palabra viajera)

1. Jesuitas – Misiones – Correspondencia.
2. Jesuitas en la India – Correspondencia. 3.
Jesuitas – Misiones – India. 4. Jesuitas – Mi-
siones – China. 5. Jesuitas – Historia – Siglo
XVII. 6. Jesuitas – Historia – Siglo XVIII. I.
Ponce Alcocer, María Eugenia Patricia. II. Serie.

BX 3702.A1 C37.2005

1a. edición, 2007

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
01210 México, D.F.
publica@uia.mx

ISBN 968-859-608-6
ISBN 978-968-859-608-1

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

9

Presentación

11

Introducción

27

LA EVANGELIZACIÓN JESUITA EN LA INDIA

43

CARTA DEL P. FRANCISCO LAINES, SUPERIOR DE LA MISIÓN DE MADURAI,
A LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA, QUE TRABAJAN EN LA MISMA MISIÓN.
TRADUCIDA DEL PORTUGUÉS, SOBRE LA MUERTE DEL VENERABLE PADRE JUAN DE BRITO,

11 DE FEBRERO DE 1693.

Pax Christi

63

CARTA DEL PADRE PEDRO MARTIN, MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
AL PADRE LE GOBIEN, DE LA MISMA COMPAÑÍA.

CAMIEN-NAIKEN-PATTY, EN EL REINO DE MADURÉ, 1 DE JUNIO DE 1700.

Pax Christi

111

CARTA DEL PADRE BOUCHET DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
MISIONERO DE MADURAI Y SUPERIOR DE LA NUEVA MISIÓN DE CARNATE,
AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE ARRANCHES.

LA MISIÓN JESUITA EN CHINA

CARTA DEL PADRE DE PREMARE, MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
AL REVERENDO PADRE DE LA CHAIZE,
DE LA MISMA COMPAÑÍA Y CONFESOR DEL REY.

CANTÓN, 17 DE FEBRERO DE 1699.

Pax Christi

CARTA DEL PADRE JEAN-FRANCOIS PELISSON MISIONERO DE LA COMPAÑÍA
DE JESÚS AL REVERENDO PADRE DE LA CHAIZE
DE LA MISMA COMPAÑÍA Y CONFESOR DE SU MAJESTAD.

CANTÓN (A), 9 DE DICIEMBRE DE 1700.

Pax Christi

PRESENTACIÓN

Tengo el gusto de presentar a los lectores la *Colección Palabra Viajera*, que tiene como finalidad la difusión de las cartas escritas por los misioneros jesuitas entre los siglos XVII y XVIII en su labor de evangelización en Asia, África y América. Las cartas fueron escritas a sus superiores y hermanos en Europa, algunas pocas escritas a familiares o amigos y, en ellas, nos hablan acerca del desarrollo de las misiones, de los logros y fracasos que tuvieron que enfrentar para realizar su labor.

Las misivas contienen información no únicamente sobre la forma en que evangelizaron a diferentes culturas, sino además proporcionan información sobre las formas de vida de esas culturas. Los jesuitas realizaron una importante labor etnográfica de las culturas que evangelizaron y, lo que sobresale de esa evangelización, es la variedad de métodos que utilizaron, según la forma de ser y quehacer de cada cultura, algunas tan antiguas como las de China e India, y otras menos evolucionadas como las de los habitantes de la región del noroeste de América.

En todas esas cartas se observa un interés por describir la naturaleza humana, la geografía, las costumbres y las diversiones de los habitantes que fueron conociendo. Pero también se percibe que todas las penalidades y sacrificios que padecieron se verán recompensadas al cumplir con su labor evangelizadora, y muchos de ellos estaban dispuestos a llegar a sufrir hasta el martirio.

De esta forma, la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México difunde aspectos básicos de la cultura universal, buscando así una mejor comprensión de nuestro tiempo a través del conocimiento de nuestro pasado.

Fernando Álvarez Ortega
Director de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero

INTRODUCCIÓN

El libro que a continuación se presenta comprende cinco cartas¹ de los misioneros jesuitas que fueron a evangelizar a la India y China, fueron escritas entre 1693 y 1705, y publicadas junto con otras, por el jesuita Charles Le Gobien en la obra *Lettres de quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus, écrites de la Chine et des Indes Orientales*. Este fue el principio de la colección que más tarde llevó el título de *Lettres édifiantes et curieuses écrites des missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus* (*Cartas edificantes y curiosas, escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*) que ejerció gran influencia sobre los escritores franceses del siglo XVIII fascinados por China.

El primer volumen de *Lettres édifiantes* fue publicado en París en 1702 por el padre Charles Le Gobien² junto con los ocho subsecuentes en los años siguientes hasta concluir el volumen 34 en 1776 a cargo de los padres jesuitas Jean Baptiste du Halde³, Louis Patouillet y Nicolas Maréchal. Fueron frecuentemente reeditadas a lo largo de los siglos XVIII y XIX, primero en francés y posteriormente traducidos a otros idiomas como el alemán, inglés y español.

Estas cartas constituyen una de las más importantes fuentes de información, no únicamente sobre la historia de las misiones católicas y la determinación con que se emprendió, sino también acerca de la etnología e historia de los pueblos a los que los jesuitas llevaron el Evangelio.

Una copia de la obra original se encuentra en la Biblioteca Nacional de París y los primeros ocho volúmenes de la primera edición en el British Museum. La edición que se consultó aquí fue la obra traducida por el padre Diego Davin S. J., profesor de idiomas del Real Seminario de Madrid, de 16 volúmenes publicados entre 1753 y 1757, que se localiza en el área de Acervos Históricos de la biblioteca Francisco Xavier Clavigero.

La obra original consiste en cartas escritas por miembros de la Compañía de Jesús en el campo misionero a sus superiores y hermanos en Europa, y contienen relatos del desarrollo de las misiones, y de los obstáculos que encontraban en su labor. Se tienen además cartas personales enviados a un pariente, a un amigo, que no tenían la finalidad de ser publicadas ni en el momento, ni probablemente nunca, pero que ante el interés que despertaron se decidió publicarlas.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y LAS MISIONES

La historia de las misiones jesuitas desde sus orígenes hasta la actualidad, ha despertado el interés de propios y extraños. Su forma de llevar a cabo la labor evangelizadora ha sido causa de admiración, pero también de controversia entre los diferentes miembros de la Iglesia.

En las deliberaciones de 1539, que llevaron a Ignacio y a sus compañeros a determinarse a fundar una Orden, el ideal de trabajar entre los infieles, el pensamiento misionero, aunque no exclusivo, fue el determinante principal. Consideraban que “para que el Papa pueda enviarnos donde crea que podemos más fructificar, debemos formar una sociedad estable con voto de obediencia”⁴.

Esta idea se reafirma en la Fórmula de Instituto aprobada por Julio III, que señala en el segundo capítulo:

"[...] hemos creído que será sumamente conducente que cada uno de nosotros y todos aquellos que en adelante harán la misma profesión, además del vínculo común de los tres votos⁵, se obliguen con voto especial a cumplir todo lo que el actual Romano Pontífice y sus sucesores nos mandaren respecto al provecho de las almas y propagación de la fe y a ir inmediatamente, en cuanto estará de nuestra parte, sin tergiversaciones ni excusas, a cualquier parte del mundo adonde nos quieran enviar, o a los turcos o a cualesquiera otros infieles, aun a aquellas partes que llaman Indias, o a otras tierras de herejes o cismáticos o fieles cristianos"⁶.

La inspiración bíblica de la misión en Ignacio de Loyola, tal como aparece en los textos legislativos y en sus normas para los enviados, hay que buscarla en el evangelio de San Mateo 9, 35: "*Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino*"⁷.

El primer deseo de Ignacio de Loyola y sus compañeros es ir a Jerusalén, pero ante la imposibilidad de hacerlo por causa de la guerra, el antiguo rector del Colegio de Santa Bárbara de París les recomendó orientar sus pasos más bien hacia la India portuguesa, donde la lengua era más fácil y los corazones más acogedores que los de los moros. Hacia allá se dirigirán los primeros misioneros: Xavier y tres compañeros más.

¿Cómo debían llevar a cabo la misión de evangelizar? Ignacio de Loyola a través de sus cartas y documentos lo aconseja, en su pedagogía misionera señala cómo se debe proceder en la vida social y religiosa, cómo había de adaptarse a las costumbres y a la psicología de los pueblos que se iban a evangelizar, cuidando de evitar todo peligro de error y superstición. Y en la parte séptima, capítulo 2 de las Constituciones se establece: *Adondequiera que envíe el Superior, dará instrucción cumplida, y ordinariamente en escrito, del modo de proceder y medios que quiere se usen para el fin que pretende*⁸.

Cumpliendo con ello, San Ignacio y sus sucesores informaron cuidadosamente a los misioneros que enviaban a tierras lejanas y a países desconocidos acerca de las peculiaridades de la región, de las costumbres de sus habitantes, de las autoridades que allí encontrarían, del carácter del pueblo, del clima, del modo de tratar a la gente y de mil otras cosas, en que tropezarían los predicadores de la religión, si no fueran exactamente prevenidos⁹.

Elemento fundamental de cómo efectuar la misión es la experiencia, ésta juega un papel primordial en el *ars gubernandi* de Ignacio de Loyola. La experiencia para él, es señal de Dios es maestra de vida. La experiencia está allí, como “reveladora” de lo que hay que hacer, de lo que no hay que hacer, de cómo hacerlo, lo que tal compañero puede llevar o soportar, de cómo hay que evangelizar esta región y cómo aquélla otra¹⁰.

Una forma que recomendaba el beato Pedro Fabro¹¹ para atraerse a la persona que se iba a evangelizar, era la no confrontación con el otro, ni la disputa, sino al contrario: *para que nos amen y nos tengan en buena posesión dentro de sus espíritus; se hace comunicando con ellos familiarmente en cosas que sean comunes a unos y otros, guardándose de todas disceptaciones¹² donde una parte parece que aplaste a la otra; antes hay que buscar la unión en lo que nos une, que en lo que separa¹³*.

San Ignacio y sus compañeros comprendieron que convertir es en primer lugar descubrir y respetar al otro, y en la India, China, Japón y las Indias, se dieron cuenta que convertir es también convertirse, en cualquier caso adaptarse, modelarse, plegarse a otra cultura. Por ello, como decía San Pablo, “*un hombre apostólico debe hacerse todo a todos*” y, para ganar las gentes del mundo, en ocasiones debe acomodarse un poco a sus debilidades¹⁴.

En ese adaptarse, acomodarse está el sello del misionero jesuita que se adelantó a lo dispuesto en las encíclicas *Gaudium et Spes* y *Evangelii*

✠
CARTAS
EDIFICANTES, Y CURIOSAS,
ESCRITAS
DE LAS MISSIONES
ESTRANGERAS,
POR
ALGUNOS MISSIONEROS
DE LA COMPAÑIA
DE JESUS;

TRADUCIDAS DEL IDIOMA FRANCÉS
POR EL PADRE DIEGO DAVIN,
de la Compañia de Jesus.

TOMO PRIMERO.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: En la Oficina de la VIUDA de MANUEL FERNANDEZ;
Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisicion, y de la Rezerenda
Camara Apostolica, Año MDCCLIII.

Portada original, 1753

*Nuntiandi: la evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su «lengua», sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, si no llega a su vida concreta*¹⁵.

LAS CARTAS DE LOS JESUITAS

Aprender de los misioneros que evangelizaban en un país e intercambiar esa información era muy necesario, no sólo para conocer lo que se estaba haciendo en otras regiones, sino también para salvaguardar la unidad de la Compañía, por lo que Loyola dejó establecido en las Constituciones:

“[...] teniendo mucha comunicación por letras, y siendo cuanto es posible, informado del suceso todo, proveerá desde donde él está (según las personas y negocios requieren), de consejo y las demás ayudas que le serán posibles, para que más se sirva Dios nuestro Señor y se ayude al bien común por las personas de la Compañía; lo cual tanto deberá con más cuidado hacerse, cuanto la cualidad del negocio (por ser importante o difícil) y de las personas enviadas (por tener necesidad de consejo y instrucción), más lo requiere”¹⁶.

Las cartas van a reflejar, desde un punto de vista más práctico en sus aplicaciones reales y concretas, la forma en que la evangelización se está llevando a cabo, a qué problemas se están enfrentando los soldados de Cristo en las diferentes regiones del mundo, y cómo los están resolviendo. El Superior basado en su conocimiento y en los escritos de Loyola deberá aconsejar qué hacer, teniendo presente que *aquellos misioneros guiados por su natural discreción y por las luces con que el Espíritu Santo los iluminaba, sabían poner más o menos en práctica sus principios [de la Compañía]*¹⁷

Esas misivas conocidas con el nombre de cartas *panorámicas*, circulaban entre los miembros de la Compañía con el propósito de que todos estuvieran informados de lo que se hacía y cómo se hacía, más aún, Ignacio, *confió los trabajos de cada uno a las oraciones de todos*¹⁸.

En la carta del fundador de la Compañía de Jesús escrita a su compañero jesuita Pedro Fabro, en Roma el 10 de diciembre de 1542, insistió en que en esas cartas llamadas *principales*, los misioneros debían dar noticia de su labor pastoral, que había de ser edificante. Estas cartas tuvieron una función biográfica y apologética; fueron textos escritos para exaltar las virtudes humanas de los miembros de la Compañía puestas al servicio de Dios, y debían ser un ejemplo para sus integrantes. Al fallecer el jesuita, su vida ejemplar debía difundirse, con ese propósito eran escritas por el Superior o por el hermano en Cristo que más lo conoció, y posteriormente, se enviaban copias a los demás, con la intención de que se imitaran sus virtudes; en estos casos, la carta principal pasaba a llamarse carta *edificante*¹⁹.

Este tipo de misivas fueron realizadas por los miembros de la Compañía de Jesús durante los siglos XVII y XVIII, con el propósito de que sirvieran de ejemplo a los hermanos y además, atrajeran jóvenes a la vocación misionera. En ellas se resaltaron principalmente las virtudes, el apostolado, la espiritualidad, la santidad, el sacrificio y el martirio de los misioneros jesuitas. También fueron biográficas e históricas y narraban las contribuciones más importantes hechas por los misioneros²⁰.

Un ejemplo de carta edificante es la que escribió el padre Francisco Laines, acerca del martirio que sufrió el padre Brito en la India:

“El hombre de Dios se hincó de rodillas delante de los verdugos, y levantando los ojos, y manos al cielo, esperaba en esta postura la corona del martirio; [...] le cortaron la cabeza. El cuerpo naturalmente debía caer hacia delante, porque

estaba así inclinado antes de recibir el golpe: cayó con todo ello hacia atrás, con la cabeza colgando aún, abiertos los ojos, y vueltos hacia el cielo. Se dieron prisa los verdugos, para separar del todo la cabeza de los hombros recelando, decían ellos, hallase medio con sus encantos de volverla a unir. Le cortaron luego los pies, y las manos, y ataron el cuerpo con la cabeza al palo, para que quedase expuesto a la vista y a los insultos de los pasajeros”²¹.

Otro género de cartas que San Ignacio recomendó fueron las que hablaban sobre la naturaleza y la geografía de las tierras que eran objeto de misión. Al misionero holandés en la India, Gaspar Berze, Ignacio le escribió el 24 de febrero de 1554 y le comunicó estas palabras:

“Algunas personas principales, que en esta ciudad leen con mucha edificación suya las letras de las Indias, suelen desear, y lo piden diversas veces, que se escribiese algo de la cosmografía de las regiones donde andan los nuestros; como sería, cuán luengos son los días de verano y de invierno [...] Finalmente, si otras cosas hay que parezcan extraordinarias, se dé aviso como de animales y plantas no conocidas”²².

En esas cartas denominadas *curiosas* los misioneros comunicaron sus impresiones sobre la sociedad, la descripción de la naturaleza, la organización del sistema de gobierno, las ciudades en que vivieron o recorrieron, la manera de ser y de comportarse de los habitantes que iban a evangelizar. Actuaron como antropólogos en un afán de observar las costumbres de los habitantes, su modo de pensar, hablar y obrar, entender su comportamiento y sus sentimientos, es decir, en tratar de conocer y comprender la cultura de los pueblos que evangelizaban.

En las cartas curiosas por ejemplo, los soldados de Cristo comunicaron las dificultades que tuvieron para aprender el idioma del país donde misionaban. Hay que tener presente que San Ignacio insistió

en que los compañeros *estuvieran donde estuvieran, aprendieran la lengua del país donde residieran*²³. Algunos misioneros aprendieron el idioma antes de llegar a la tierra donde llevarían a cabo el apostolado, otros lo hicieron en ella, pero hubo ocasiones en que llevar esa instrucción a la práctica no fue fácil.

Al aprender el idioma del imperio celeste el padre Emeric de Chavagnac²⁴, nos habla de las dificultades que tuvo para estudiarlo y finalmente hablarlo:

"[...] puedo asegurar a vuestra reverencia que puramente por Dios se puede tomar el trabajo de aprenderla. Cinco meses ha que gasto ocho horas día en estudiar con diccionarios: llegué en fin con este trabajo a saberla leer, y quince días ha que tengo un letrado, con quien paso tres horas por la mañana, y otras tres por la tarde, examinando los caracteres chinos, y deletreándolos como un niño. El alfabeto de este país tiene cerca de 45,000 letras, [...] conozco los bastantes para predicar, catequizar y confesar"²⁵.

Esa dedicación y paciencia para sortear las dificultades que había que tener el misionero en el aprendizaje del idioma del país que iba a evangelizar, era tolerada únicamente con el propósito de poder alcanzar su objetivo: evangelizar a los paganos.

En las cartas curiosas se observa un interés de carácter científico al observar y estudiar la naturaleza de los pueblos que misionaban; en sus recorridos a los diferentes lugares que comprendían su misión, los jesuitas describían lo que más les llamaba la atención como la exuberancia de la naturaleza, las diferentes ciudades, las diversiones, las costumbres de sus habitantes. Así nos narra el padre Barbier en la India:

"Los primeros pueblos que encontramos, nos sorprendieron por su modo extraordinario de vestir. Sus calzones son de tela picada, anchos, como los que

usan los marineros: llevan chinelas, camisa o chupa de tela: cubren la cabeza hasta las orejas una especie de solideo, cuyos cabos están doblados; y encima de todo una bata, que le sirve por la noche de cobertor, y de día de vestido de ceremonia²⁶.

El conocimiento del carácter y la personalidad de los pueblos, en este caso de los chinos, le permitió al jesuita “acomodarse y adaptarse” a la manera de ser del que quería convertir y puso en práctica lo aprendido. El misionero Bouvet explica cómo les enseñó la religión:

“Empezó la gente de letras a visitarme, y a proponerme sus dudas sobre nuestra religión. Me acuerdo de uno llamado Yven, de grande reputación entre los suyos, que en una visita me preguntó muy seriamente, como Dios podía gobernar al mundo, y sin cansarse, tener la aplicación necesaria para un trabajo tan inmenso. Procuré satisfacerle, dándole la idea conveniente de Dios, sirviéndome de comparaciones, para que mejor le conociese: que es el método mejor de instruir a los chinos; y una comparación, o mil aplicada bien, y a tiempo, vale más que una demostración sólida²⁷.

Ese acomodarse a las debilidades del otro, adaptarse a la forma de ser del interlocutor, unido a las habilidades de gran negociador que tuvo el padre Parrenin, resalta en su correspondencia:

“Comencé según la costumbre del país, declarando que tenía razón. Gusta mucho este cumplimiento a los príncipes orientales, se saborean con él, y están mejor dispuestos a escuchar las razones con que insensiblemente se les prueba que están engañados. Creo que no están menos en uso tales cortesías en las cortes occidentales, porque me parece, que en disputar con príncipes, es muy mal oficio²⁸.

Después de haber estado en China, conocido su cultura y la forma de ser de los chinos el padre Chavagnac especificó el carácter, las cualidades y virtudes que un misionero debía tener para realizar su labor con éxito:

“En primer lugar, deben ser hombres resueltos a mortificarse en un todo, no solamente en la mudanza de clima, vestido y alimentos, sino mucho más, en los modales opuestos enteramente a nuestras costumbres, y genio de nuestra nación. Quien no tuviere esta prenda, ni gana de trabajar en adquirirla, no piense en venir a la China. Hombres que se dejan arrastrar de su inclinación, y de un genio vivo con algún exceso, harían aquí grandísimo daño, y perjuicio. El genio de este país, pide que uno sea dueño de sus pasiones. [...] Aquí es preciso sufrir con paciencia, y sin alterarse la flema y natural lentitud de los chinos: tratar de religión, sin desanimarse con una nación que solo teme al emperador. [...] Quien no tuviese dulzura, moderación y longanimidad muy probada, se verá aquí en una continua aflicción”²⁹.

En algunas de estas cartas los misioneros dejan ver el por qué abandonaron sus países de origen, y estuvieron dispuestos a ir a lugares, a conocer pueblos con muy diferentes costumbres y culturas, soportar trabajos, aflicciones y en ocasiones hasta la cárcel o la persecución, el padre Petit misionero en Pondicherry, escribió:

“Tampoco nos faltan aquí esperanzas del martirio, que es la corona del apostolado. Dos de nuestros padres acaban de tener la dicha de confesar a Jesucristo en las prisiones; [...] fueron arrestados en la sangrienta persecución, que se excito, poco ha, contra los cristianos en el reino de Tanjaour, vecino a Pondicherry”³⁰.

El padre Le Gobien en el prólogo a las Cartas edificantes señala que las misivas de nuestros Padres nos instruirán *de lo que únicamente puede contrapesar sus trabajos, y sus aflicciones. Convierten cada año a millares*

*de infieles: y su vida, bien que muy trabajosa y austera, está endulzada con tantos consuelos de lo alto, que temen no sean dados en parte considerable de su recompensa, y galardón*³¹.

Las cartas que aquí se presentan son una muestra del tipo de misivas que los jesuitas escribieron, las tres primeras se refieren a la misión de la India. La primera es un ejemplo de una carta edificante sobre la vida del misionero Juan de Brito escrita por Francisco Laines, Superior de la misión de Madure. La segunda, del padre Pedro Martin se refiere a su recorrido por las misiones de Cotate, Malucas, Travancor y las costumbres de los pueblos visitados, como los pescadores de Paravas, la organización de las castas. La tercera del padre Bouchet escribe sobre el hinduismo.

Las otras dos cartas se refieren a la labor misionera en China, la del padre Premare narra la última parte de su viaje a China, pasando por el estrecho de Malaca, la llegada a Macao y las labores de algunos de los misioneros en la corte de Pekín. La última misiva es la del padre Jean Francois Pelisson, quien escribe sobre el apoyo que el anterior emperador daba a la religión cristiana, y el cambio con la promulgación del edicto referente a la destrucción de las iglesias y la persecución de los cristianos.

Estas cartas de los jesuitas franceses, despertaron la curiosidad y el interés de los europeos por conocer otras culturas. Si bien no fue su objetivo principal, su correspondencia cambió la imagen que Europa tuvo sobre sí misma y sobre otros pueblos, y también los otros pueblos, en especial, los chinos cambiaron su visión sobre los europeos. Los conocimientos intercambiados ampliaron la mentalidad de unos y otros, y los obligaron a darse cuenta de que más allá de sus fronteras existían otros pueblos con culturas, organizaciones de gobierno, religiones y civilizaciones diferentes a las propias, pero no por ello, inferiores a las suyas.

Al observar las costumbres de sus habitantes, su modo de pensar, hablar y obrar con el propósito de entenderlos, valorarlos y respetarlos, los misioneros jesuitas se adelantaron a los ideales del Concilio Vaticano II. La mayoría de sus cartas nos revelan un profundo respeto hacia el otro, una gran deferencia hacia el pueblo que conocieron y al que llevaron el Evangelio. Sus misivas reflejan la convicción profunda de que el cielo era el premio de sus penas y de sus trabajos; que ese era el camino para cumplir con los deseos de su fundador, contribuir a alcanzar la *mayor gloria de Dios*.

¹ En la transcripción se actualizó la ortografía con el propósito de facilitar su lectura. Agradezco a Graciela Estrada Hernández la captura de la carta del padre Martin.

² Escritor, procurador de misiones. Nació el 22 de diciembre de 1653 en Saint-Malo, Francia y murió el 5 de marzo de 1708 en París, Francia. Enseñó humanidades en Tours y filosofía en Alenzón. Destinado en 1698 a la casa profesa de París, fue encargado de escribir la historia de las misiones jesuitas en el oriente. En París conoció al misionero de China, Louis-Daniel Le Comte, que había vuelto a Francia para negocios de la misión. Durante la controversia de los ritos chinos, se puso de parte de Le Comte y trató de la cuestión en su *Histoire de l'edit de l'empereur de la Chine en faveur de la religion chrestienne*. Por ello, se le atacó duramente y algunas de sus opiniones fueron censuradas (18 de octubre de 1700) por la facultad de Teología de París. En 1702 publicó *Lettres de quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus, écrites de la Chine et des Indes Orientales*. En 1706, fue nombrado procurador de la misión jesuita de China en París, *vid* O'Neill, Charles E. y Joaquín Ma. Domínguez (directores) *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, Roma/Madrid, Institutum Historicum, S. J./Universidad Pontificia Comillas, 2001, vol. 3, pp. 2303-4.

³ Nació el 1 de febrero de 1674 en París, Francia y murió el 18 de agosto de 1743 en París. Escritor en la casa profesa de París desde 1709, publicó los volúmenes 9 al 26 en los años de 1711 a 1743 de las *Cartas curiosas*. Revisaba los originales para mejorar el estilo, y sobre todo para evitar las delicadas cuestiones de los ritos chinos en una Europa entonces en ebullición. Es el autor de la *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'Empire de la Chine et de la Tartarie chinoise, enrichie de Cartes generales et particulières* en cuatro volúmenes editada en París en 1725 y traducida al alemán, inglés y ruso, *vid*, *Diccionario histórico...* vol. 2, pp. 1152-3.

⁴ Francisco Javier Montalbán S. J. *La Compañía de Jesús misionera 1540-1940*. Bilbao, Editorial El Siglo de las Misiones, 1941, pp. 27-8.

⁵ La incorporación a un instituto religioso por medio de la profesión religiosa comporta el compromiso de observar los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, *vid Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3998.

⁶ San Ignacio de Loyola. *Obras*. Transcripción, introducción y notas de Ignacio Iparraguirre S.I., Candido de Dalmases S.I. y Manuel Ruiz Jurado S.I., 5ª. ed. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991, p. 457.

⁷ *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976.

⁸ Loyola, *Op cit...* p. 601.

⁹ Ricardo García-Villoslada S.J. *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1986, p. 1106.

¹⁰ André Ravier S.J., *Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús*. México, Obra Nacional de la Buena Prensa A.C., 1991, p. 368.

¹¹ Faber, Favre, Le Fèvre. Beato, Cofundador de la Compañía de Jesús. Nació el 13 de abril de 1506 en Villaret, Francia y murió el 1 de agosto de 1546 en Roma, Italia. En 1525 ingresó en el Colegio de Montaigu en la Universidad de París, pero pronto se trasladó al de Santa Bárbara, donde compartió alojamiento con Francisco Javier y después con Iñigo de Loyola. Fue el primer discípulo de Loyola. Se ordenó en 1534 y celebró su primera misa en Montmartre en donde Loyola y sus compañeros hicieron votos de pobreza, castidad y obediencia y de trabajar apostólicamente en Tierra Santa. Ignacio lo consideró el mejor director de Ejercicios Espirituales entre todos sus compañeros. Fue enviado por el Papa a los coloquios con los jefes protestantes en Works y Ratisbona. Fundó comunidades jesuitas en Valladolid y Alcalá. Se le mandó volver a Roma para asistir como teólogo papal al Concilio de Trento, pero murió antes de que comenzara. Tenía un extraordinario don para la amistad, su sencillez y simpatía, unidas a un sólido saber, despertaba el amor de Dios en los que trabajaba. Escribió su diario espiritual su *Memoriale*, que después de los *Ejercicios Espirituales* y las *Constituciones*, es el documento más precioso de la espiritualidad de la primera Compañía de Jesús. su propósito era relatar las gracias divinas que recibió, para discernir mejor la dirección del Espíritu que lo guiaba, *vid, Diccionario histórico...* vol. 2, pp. 1369-70.

¹² Disputar, argüir sobre algún punto o materia discurrendo y disertando sobre ella *vid Academia Española Diccionario de la lengua castellana*. Madrid, Imprenta de Manuel Rivadeneira, 1869, p. 283.

¹³ García-Villoslada, *Op cit...*p. 822.

¹⁴ Jean Lacouture, *Jesuitas. I*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1993, vol. 1 *Los conquistadores*, pp. 212-3.

¹⁵ Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo. Fiel a su propia tradición y consciente a la vez de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura; comunión que enriquece al mismo tiempo a la propia Iglesia y las diferentes culturas.

¹⁶ Parte VII capítulo 2 en Loyola, *Op cit...* p. 601.

¹⁷ Jesús María Granero S.I. *La acción misionera y los métodos misionales de San Ignacio de Loyola*. Burgos, El Siglo de las Misiones, 1931. (Bibliotheca Hispana Missionam ; VI), p. 188.

¹⁸ André Ravier S. J., *Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesús*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991. Prólogo y epílogo de Juan Plazaola. (Biografías Espasa, perfiles de siempre), pp. 354-56.

¹⁹ Loyola, *Obras...* pp. 763-65, citado por María Cristina Torales Pacheco en *Cartas de jesuitas y comerciantes en la Nueva España (XVI-XVIII)*, en prensa.

²⁰ Lazcano Sahagún, Carlos y Denis Pericic, *Fernando Consag. Textos y testimonios*. Ensenada, B. C., Carlos Lazcano y Denis Pericic, 2001. (Col. de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada, 4), p. 346.

²¹ Carta del P. Francisco Laines, Superior de la misión de Madurai, a los Padres de la Compañía, que trabajan en la misma misión. Traducida del portugués, sobre la muerte del venerable Padre Juan de Brito, 11 de febrero de 1693 en *Cartas edificantes, y curiosas escritas de las misiones extranjerias, por algunos misioneros de la compañía de Jesús*. Traducidas del idioma francés por el Padre Diego Davin de la Compañía de Jesús. Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernández, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, y de la Reverenda Cámara Apostólica, 1753, vol. 1 pp. 98-9.

²² García Villoslada, *Op cit...* p. 927.

²³ Ravier, André Ravier S. J., *Ignacio de Loyola...*, pp. 224-25.

²⁴ Misionero, escritor. Nació en Rouen, Francia en 1670 y murió en 1717 en Fuzjou, China. Llegó a China en 1701, en donde se dedicó sobre todo a dar los ejercicios espirituales de San Ignacio. Escribió varias cartas importantes sobre los ritos chinos, en especial sobre el uso de la palabra Tian (cielo) y sobre las ceremonias en honor de Confucio. Su nombre chino fue Sha Shouxin, véase, *Diccionario...* vol. I, pp. 758-9.

²⁵ "Carta del Padre Emeric de Chavagnac misionero de la Compañía de Jesús en China al padre Le Govien de la misma Compañía en Fout-Cheou-fou a 10 de febrero de 1703" en *Cartas edificantes y curiosas...* tomo VI, p. 349.

²⁶ Carta del padre Barbier, misionero de la Compañía de Jesús al padre... de la misma Compañía, Pontepondi, en la misión de Carnate, 15 de enero de 1723, vol. II, p. 276.

²⁷ “Carta del padre Joachim Bouvet, misionero de la Compañía de Jesús, al excelentísimo señor duque de la Force, par de Francia. Nan-tchang-fou, capital de la provincia de Kiamsi en la China, 26 de noviembre de 1702” en *Cartas edificantes y curiosas...* tomo III, p. 64.

²⁸ “Carta del padre Parennin misionero de la Compañía de Jesús a los señores académicos de las Ciencias, remitiéndoles la traducción de algunas obras que hizo en lengua tártara por orden del emperador de la China. Dirige la carta al señor de Fontanelle de la Academia francesa y secretario perpetuo de la Academia de las Ciencias. Pekín, mayo 1 de 1723” en *Cartas edificantes y curiosas...* tomo XI, p. 72.

²⁹ “Carta del padre de Chavagnac, de la Compañía de Jesús al padre Le Gobien de la misma Compañía. Gho-tcheou, 30 de diciembre de 1701” en *Cartas edificantes y curiosas...* tomo I, pp. 238-9.

³⁰ “Carta del padre Petit, misionero de la Compañía de Jesús al padre Trevou de la misma Compañía, confesor de su alteza real el duque de Orleans. Pondicherry, 12 de febrero de 1702”, en *Cartas curiosas...* vol. 1, p. 268.

³¹ Prólogo del padre Charles Le Gobien a las *Cartas edificantes...* vol. 1, p. 3.

LA EVANGELIZACIÓN JESUITA
EN LA INDIA¹

अड मयीरेम यूीरअमईडे।

A partir de 1500 Portugal sembró de factorías y de guarniciones todo el litoral occidental y oriental de la India, con lo que se hizo dueño de los mares y del comercio en aquellas regiones. Los portugueses en todas sus expediciones militares llevaron siempre misioneros, en este caso los primeros fueron franciscanos, pero eran un puñado insignificante para tan inmenso y dilatado campo de apostolado. Los franciscanos se establecieron en Goa en 1517 y posteriormente en Cochín, Meliapur, Salsete y Calicut; los siguieron los dominicos.

Los mayores y mejores frutos cosechados en esta labor entre los infieles, se obtuvieron entre los paravas, quienes en agradecimiento al auxilio que los portugueses les prestaron contra los príncipes musulmanes, sus enemigos y opresores, acudieron en masa a hacerse cristianos y fueron bautizados sin instrucción religiosa.

En Cochín los franciscanos emprendieron la conversión de los cristianos de Santo Tomás. El patriarca Simeón había consagrado en 1503 cuatro obispos nestorianos y los había enviado desde Persia a aquellas regiones. Estos obispos, en el camino, entraron en relación con los portugueses de Cranganor, y se mostraron favorables al catolicismo. De ahí que en 1504 dos franciscanos fueron a trabajar entre estos cristianos. Sus esfuerzos fueron coronados con éxito, unas treinta mil familias entraron en el seno de la Iglesia católica bajo el obispo Mar Jacob, único superviviente de los cuatro obispos nestorianos enviados en 1503.

En 1534 se dio una Bula, por la cual se erigía la diócesis de Goa y se separaba la inmensa región de la India de la jurisdicción de Funchal, en la isla de Madeira. Tres años más tarde fue designado primer obispo de Goa, el franciscano fray Juan de Alburquerque, las últimas disposiciones sobre este particular las dio en 1549 el Papa Paulo III en su bula *Romani Pontifices*².

Cuando se inició la Compañía de Jesús, las grandes potencias colonizadoras eran España y Portugal. La carrera de San Francisco Xavier³ y la evolución de las misiones en Oriente, en cuanto se refiere a su dirección geográfica y límites, estuvieron en gran medida determinadas por los establecimientos portugueses en Oriente, por las rutas mercantiles seguidas por los comerciantes portugueses, y el padroado⁴. Francisco Xavier el fundador de las misiones jesuitas llegó a Goa el 6 de mayo de 1542, después de un viaje de trece meses desde Lisboa⁵.

Francisco Xavier llegó a la India en calidad de nuncio apostólico, de visitador regio de las cristiandades orientales confiadas al patronato de la corona portuguesa y superior de los jesuitas en ellas establecidas, lo que explica su inmensa movilidad. El cumplimiento de sus funciones le imponía rapidez de movimiento, ya que Francisco Xavier debía informar al rey de Portugal sobre cuestiones de la India.

Debía procurar con el mayor celo la propagación e incremento de la religión católica en todas esas regiones acercándose a ellas o visitándolas; cumplir con este mandato de la Santa Sede suponía hacer de explorador, descubrir tierras donde pudieran trabajar sus compañeros de apostolado y los que en pos de ellos fueran viniendo.

Como superior de las misiones tenía que recorrerlas, verlas con sus ojos y conocerlas, para establecer misión allí donde, según los ideales de la Compañía y del mismo Ignacio, se podía esperar mayor servicio de Dios y bien de las almas y averiguar lo que en cada caso



S. Francisco Xavier

San Francisco Saverio.

San Francisco Javier

Gaume freres Editeurs

N. Roubaud del.

En *Historia general de las...*, vol. 2, entre pp. 520-1

particular se podía recomendar a los misioneros. Al General de la Compañía le debía informar sobre la manera de suscitar y escoger en Europa vocaciones selectas para el apostolado misionero que esa región necesitaba⁶.

En sus diez años como misionero, evangelizó primero la costa de Comorín, Ceilán, Las Molucas, Pesquería y Cochín (1542-1549); pasó después a Japón (1549-1551). Al mismo tiempo envió a sus pocos ayudantes y catequistas a otros centros, y en 1552 partió para China, pero murió a final de año frente a sus costas, en la isla de Sangchuan.

Su método misional consistió en aprender las lenguas y su opción pastoral fueron los niños. Ante la escasez de obreros evangélicos, fundó los *kanakappilei* o catequistas laicos, casados, “hombres de mayor capacidad y entendimiento y de mejores costumbres” que se responsabilizaban de las iglesias, bautizar en su ausencia, enseñar la doctrina cristiana a los niños en la mañana, a las niñas en la tarde y los domingos y días de fiesta a todo el pueblo.

Xavier redactó para los adultos un *modo de rezar*, dos catecismos para niños y una instrucción para sus catequistas. Amplió el contenido de la catequesis para incluir el Credo y el Padre nuestro, así como los mandamientos y otras cosas fundamentales, todo lo cantaba mientras cuidaba de los enfermos, los presos, los esclavos y los niños; este método captó la imaginación de los pescadores y campesinos, los cuales cantaban mientras trabajaban⁷.

Al conocer las necesidades y costumbres de las personas que se iban a evangelizar en la India, Xavier pidió insistentemente misioneros europeos, gente de fuerzas corporales y espirituales, muy probada en la Compañía y de mucha experiencia, obediencia, tesón y perseverancia. Demandó también predicadores para los portugueses, ya que debía atender a éstos no sólo por las obligaciones que se tenían con el rey y

sus súbditos, sino porque consideraba que la cooperación de los conquistadores haría notablemente eficaz la labor de los misioneros⁸.

Respecto al método en que se iba a llevar a cabo la labor misionera, Francisco Xavier manifestaba su apertura y respeto hacia la manera de ser del otro, del que iba a ser evangelizado y sus costumbres, consideraba que:

“Mientras algo no sea una ofensa a Dios, entonces paréceme los más acertado no cambiar nada, a no ser que ese cambio sea del servicio de Dios. Y quería que esto se aplicase a la vestimenta, a la comida y cosas por el estilo, que eran en sí mismas indiferentes, pero, si se cambiaban, podían causar disgusto”⁹.

Un ejemplo de esa adaptación cultural es la de Roberto de Nobili, quien llegó a la India cuando la provincia de Malabar se separó (1605) de la de Goa. Nobili se percató del daño que los prejuicios xenofóbicos hacían a la evangelización y que podían obstaculizarla. Si los misioneros querían ganar al Evangelio a los nuevos pueblos, tendrían que hacerse a la vida y a las costumbres de ellos. Nobili se puso la túnica de color amarillento de un *sannayasi*, dado que quienes vestían como los europeos eran *pranguis*, es decir, despreciados, y se presentó como un penitente que ha renunciado al mundo y a todas sus vanidades.

Nobili escribió un catecismo en tamil publicado en 1673 con el título de *Gnânôbadésam*, en la quinta parte se analizan los fundamentos para aceptar una religión revelada; escrito con la mentalidad y cultura propia de los brahmanes; no ataca directamente al paganismo, sino sólo se esfuerza en exponer con claridad la revelación: Dios, la creación de los ángeles y hombres con el pecado, los evangelios y Cristo, la oración, el pecado¹⁰.

Tras estudiar el Vedanta y examinar la historia de las prácticas hindúes, De Nobili dejó de comer carne, pescado y huevos, aprendió

el tamil y el sánscrito, y adoptó el nombre tamil de Tattuva Bodhakar. Además, permitió a sus nuevos convertidos las prácticas que consideraba principalmente civiles, no religiosos; el uso del *kudumi* (mechón de pelo), un signo distintivo de los brahmanes; el *punul* (hilo de rosca sagrado) llevado por los hindúes de casta; el *santal* (la señal en la frente); y las abluciones practicadas por las clases altas. Inclusive cristianizó algunas de estas costumbres, por ejemplo, sujetando una cruz al *punul*, una medalla al *tali*, una joya nupcial de oro o de metal dorado que el esposo colgaba del cuello de la esposa en señal de matrimonio¹¹.

CONTROVERSIA DE LOS RITOS MALABARES

Estas innovaciones tuvieron una recepción ambigua entre los brahmanes, así como entre los misioneros. El primer provincial de Malabar Alberto Laerzio y el arzobispo de Cranganor Francisco Ros, apoyaron a De Nobili, pero las autoridades eclesiásticas de Goa, y los portugueses en general se oponían a él. El provincial de Malabar, Pero Fernández, hizo escribir a Gonzalo Fernández su *Tratado sobre o induismo* [Tratado sobre el hinduismo] (1616), en el que se condenaron las teorías de De Nobili como contrarias a los cinco concilios de Goa. Entretanto, De Nobili respondió en 1613 con su *Informatio de quibusdam moribus nationis indicæ*¹².

Se aportó una solución temporal con el breve de Paulo V, *Cum sicut fraternitas* (1616), que daba normas para que se tuviese una plena discusión en Goa, adonde De Nobili fue acompañado por Ros. Distinguiendo entre ritos religiosos y costumbres civiles, De Nobili justificó estas últimas donde fueran necesarias, y con tal de eliminar los elementos supersticiosos, y aclarando su intención. Sus opositores cuestionaron que algunas costumbres fueran meramente civiles, y que al permitir a los nuevos conversos ciertos usos, se arriesgaba dejarlos



A. Minors del.

Roberto de Noldi

Roberto de Noldi

Roberto de Noldi

Comme frères éditeurs

17, rue de la Harpe

En *Historia general de las...*, vol. 2, entre pp. 402-3

con la idea de que el cristianismo no excluía sus antiguos modos de pensar religioso y su conducta anterior.

No se logró llegar acuerdo alguno y las discusiones e incertidumbres continuaron. El 31 de enero de 1623, por su constitución *Romanae Sedis Antistes* [Superior de la sede Romana], Gregorio XV declaró que el *punul* y el *kudumi* eran distintivos sociales que se permitían bajo ciertas condiciones. Ese era el caso también del *santal* y de las abluciones, de las que debía excluirse toda superstición. Se trataba de una solución provisional, que afectaba sólo a las misiones, relativamente pocas, entre los brahmanes.

De momento el método de adaptación había triunfado. De Nobili y sus seguidores se esforzaron por inculcar ideas cristianas en un ambiente hindú inalterado, y en mostrar que la fe cristiana era el cumplimiento de las doctrinas filosóficas y religiosas contenidas en las sagradas escrituras de la India.

Los jesuitas se dividieron en dos grupos: los *sannayasis* para evangelizar las castas superiores, y los *pandaraswamis* para las castas inferiores y los parias con resultados prometedores. Hacia 1704 los cristianos del distrito de Madurai eran 90 mil y aunque los brahmanes convertidos eran pocos, eran cristianos por convicción y permanecían indios en cultura¹³.

RENOVACIÓN DE LA CONTROVERSIAS (1703-1740)

Después de más de 75 años surgió de nuevo la polémica de los ritos malabares en Pondicherry, donde se había establecido un asentamiento francés. Los capuchinos franceses, que se habían encargado de los cristinos de la zona, se opusieron a la autoridad del obispo de Mylapor, Gaspar Alfonso Álvarez, que había decidido confiar la labor misional y el cuidado de los católicos indios de la localidad a la Compañía de

Jesús. Esto impulsó a los capuchinos a atacar los métodos jesuitas de acomodación misionera, que estaban empleando no sólo en Madurai, sino también en otras zonas y enviaron a fray Francois Marie de Tours a Roma con acusaciones contra los jesuitas en 1703.

Roma estaba preocupada con la cuestión de los ritos chinos y Clemente IX, que había nombrado al prelado Charles Thomas Maillard de Tournon legado suyo para examinar *in situ* la cuestión, le dio también orden de detenerse de camino en el sur de India, para estudiar el problema que existía allí. De Tournon estuvo en Pondicherry desde noviembre de 1703 hasta julio de 1704. Sin saber tamil ni portugués, y sin poder visitar las misiones del interior a causa de su salud, obtuvo sólo información de segunda mano. Basándose en ella, aunque defendía la autoridad del obispo de Mylapor y su entrega a los jesuitas del cuidado de los católicos locales, en vez de a los capuchinos, firmó (23 de junio de 1704) un decreto por el que condenaba en dieciséis puntos, varios usos permitidos por los jesuitas.

Según el decreto varias ceremonias suprimidas debían ser restablecidas en detalle, como el uso de la saliva y del aliento sobre la cara en el bautismo¹⁴, y la imposición de nombres cristianos. Los matrimonios tenían que celebrarse sólo después de la madurez, y el *tali* había de llevar la cruz o una medalla de la Virgen. Las abluciones rituales, el uso del *santal* y de ciertos hilos fueron prohibidos. Los jesuitas protestaron que algunas de las cosas prohibidas en el decreto no las habían practicado ellos. El legado replicó que permitía un tiempo de tres años para la ejecución del decreto. Mientras tanto, el arzobispo de Goa, Agostinho da Anunciacao, que creyó que su autoridad había sido soslayada, declaró públicamente la nulidad del decreto, ignorando que había sido confirmado por el Santo Oficio el 7 de enero de 1706. Al mismo tiempo había sido nombrado un consultor, para examinar el asunto más detenidamente¹⁵.

En 1704, los jesuitas Jean Venance Bouchet y Francisco Laines fueron a Roma para defender los métodos que usaban en el sur de la India. Laines publicó (1707) su *Defensio Indicarum Missionum Madurensis* [Defensa de las misiones de Madure] para probar que los misioneros no habían tolerado nada supersticioso y, nombrado obispo de Mylapor ese mismo año, dejó Roma. A su vez, Bouchet supo por un *vivae vocis oraculum* [de viva voz] de Clemente XI que los misioneros estaban obligados a cumplir el decreto de Tournon “en tanto que la Gloria Divina y la salvación de las almas lo permitiesen”. Apelando contra esto, los jesuitas de Madurai continuaron tolerando los usos condenados por Tournon, y Clemente XI se sintió obligado a dar un breve (17 de septiembre de 1712), que confirmaba el decreto del Santo Oficio de 1706, mientras que reprendía a Laines por descuidar su ejecución.

El 24 de julio de 1715, el cardenal prefecto de Propaganda envió este breve y el decreto de 1706, por medio del obispo Claude de Visdelou (un jesuita que disentía de sus compañeros de China), a Pondicherry, donde se promulgaron el 11 de enero de 1716, mientras tanto Laines ya había fallecido. Entonces el gobierno francés¹⁶, desafió la autoridad de Visdelou para proclamar el decreto sin su permiso, y la confusión creció aún más.

Inocencio XIII (1721-4) designó una comisión especial para que se siguiese examinando la cuestión de los ritos malabares, con Próspero Lambertini como su secretario. Por otra parte los jesuitas enviaron a Roma a Pierre Martin y a Antonio Brandolini, y este último publicó un amplio tratado en defensa de sus hermanos.

El escrutinio de los ritos por parte de la comisión continuó durante los pontificados de Benedicto XIII (1724-1730) y Clemente XII (1730-40). Ambos aprobaron el decreto de Tournon, el primero confirmó la obligación de administrar los sacramentos a los parias en sus casas. Y el segundo, por el breve *Compertum exploratumque* (1734) hizo algunas

concesiones como permitir el uso de la ceniza sobre la frente bajo ciertas condiciones. Los matrimonios debían celebrarse conforme a lo dispuesto en el Concilio de Trento, y los misioneros tenían que prometer obediencia a estos decretos, y un juramento a este respecto fue introducido por Clemente XII en mayo de 1739¹⁷.

LA DECISIÓN PONTIFICIA

Benedicto XIV era un eminente canonista y nada intolerante, que por mucho tiempo había estado al tanto de los problemas de los ritos nativos. Consideró durante más de un año el texto de su bula *Competum exploratumque* [Sabido y averiguado] sobre los ritos malabares, publicada el 12 de septiembre de 1744. La bula obligaba a los misioneros de Madurai, Mysore y Karnataka a prestar juramento sobre dieciséis puntos relativos a los ritos. Entre otras cosas, se obligaba el uso de la saliva y la insuflación en la administración del bautismo, imponer los nombres de los santos del martirologio romano, no permitir a las esposas cristianas llevar el talí, y administrar los sacramentos a los parias enfermos en sus casas públicamente.

Benedicto XIV ante las objeciones de los misioneros contra los juramentos y las censuras que les causaban grandes conflictos de conciencia, declaró con firmeza que un juramento constituía un medio excelente de unión entre los misioneros. En cuanto al uso de la saliva y del aliento en el bautismo, concedió una dispensa por otros diez años, pero consideraba que los misioneros no habían hecho lo suficiente para inducir a los indios a la debida disposición. Sobre la “contaminación” que los misioneros incurrían si entraban en la casa de los parias, el Papa aceptó como un experimento la solución sugerida por los misioneros, de que algunos de ellos se dedicasen exclusivamente a los parias.

Si bien no todos estaban convencidos de que la situación se hubiese mostrado con exactitud en el documento papal, todos hicieron el juramento prescrito y hay pruebas fidedignas de que los observaron. Cuando las misiones jesuitas portuguesas (1759-60) y en 1764 las francesas, se confiaron a las Misiones Extranjeras de París, había pocas trazas de los ritos prohibidos. Los misioneros especiales para los parias no tuvieron éxito, y en cambio se llegaron a construir iglesias especiales para ellos.

Es difícil evaluar el impacto que la prohibición de los ritos malabares produjo en la Iglesia de la India. Las consecuencias sobre el crecimiento en el número de fieles probablemente no fueron grandes, ya que los convertidos de las clases altas no habían sido muchos, y el decreto romano no provocó reacción entre ellos. Se dio un aumento en la centralización administrativa y fue un contratiempo para la adaptación cultural, aunque los esfuerzos por conseguirla no cesaron después de 1744. Pero la prohibición fue otra muestra de esa falta de comprensión y simpatía de Roma hacia las civilizaciones de Asia. Hasta el Concilio Vaticano II se recuperó el lugar de las culturas indígenas en la Iglesia universal¹⁸.

¹ Hasta 1947 la voz India significaba toda la India, desde la frontera de Afganistán al oeste hasta la de Birmania al este.

² Montalbán, *Manual de historia de...*, pp. 284-6.

³ Santo, cofundador de la Compañía de Jesús, misionero. Nació el 7 de abril de 1505 en Navarra, España y muere el 3 de diciembre de 1552 en Schangchuan, China. Fue proclamado patrono principal de las misiones por Pío XI. En la Universidad de París obtuvo el grado de maestro de artes, y en el Colegio de Santa Bárbara conoció a Pedro Fabro y después a Iñigo de Loyola. De carácter tenaz e infatigable, era emotivo, además de activo y contemplativo. Fue a misionar a la India y Japón donde predica y catequiza, *vid Diccionario histórico...* vol. 3, pp. 2140-1.

⁴ Patronato, ente jurídico del mayor interés para la expansión, no sólo política y comercial, sino también religiosa de Portugal en el Oriente, bajo cuya jurisdicción

trabajaron sus misioneros en la India, China y Japón más directamente, y luego en otros territorios, como en Indochina. Era una acumulación sucesiva de derechos y privilegios conferidos por la Iglesia a los reyes de Portugal. Se debió sobre todo al príncipe Enrique el Navegante, que era, además, gobernador de la Orden de Cristo. Como dirigente de la acción marítima portuguesa, tenía ante sí dos cuestiones: una de orden temporal, y otra de orden espiritual. La primera comprendía lo relativo al comercio, la navegación, etc.; y la segunda, rozaba con la salvación de los paganos en las tierras por descubrir y conquistar. El papa Eugenio IV confirmó (1444) esta donación, si bien el patronato se concedió a esta Orden, más tarde éste se vinculó a la Corona, casi como derecho propio. Confirmado por bulas pontificias, los derechos concedidos eran: la posesión de las diócesis; la presentación a la Santa sede por el rey de los candidatos a los obispados, así como a los obispos la de los canónigos y beneficiados. Entre sus obligaciones estaban la sustentación de las diócesis y de su clero, y la propagación de la fe en las tierras descubiertas o por descubrir. Agustín Fliche y Víctor Martín, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días*, Valencia, Edicep, vol. XXIX, pp. 57-61.

⁵ Goa iba a ser la capital y el centro coordinador del imperio lusitano oriental. La provincia de India de la Compañía con su centro en Goa, fue creada el 10 de octubre de 1549, *vid Diccionario histórico...* vol. 2, p. 2000.

⁶ Algunas apreciaciones simplistas lo acusan de demasiada movilidad, se aprecia su empuje arrollador y su celo inconmensurable, pero su método fallaba por ese afán de correrías apostólicas, de curiosarlo todo, por lo que habrían de lamentarse la escasez e inconsecuencia de sus resultados prácticos. Se olvida que el cumplimiento de sus funciones le imponía rapidez de movimiento, *vid Fliche y Martín, Op cit...* vol. XXIX, p. 66; *Cartas y escritos de San Francisco Javier* anotada por Félix Zubillaga S. J. Madrid, Biblioteca de autores Cristianos, 1953, p. 18-19.

⁷ *Diccionario histórico...* vol. 1, p. 714; vol. 3, pp. 2140; Luis de Guzmán S. J., *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en la India Oriental, en la China y Japón desde 1540 hasta 1600*. Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1891, pp. 27-8.

⁸ Georg Schurhammer S.J., *Francisco Xavier, su vida y su tiempo*. Navarra, Gobierno de Navarra/Compañía de Jesús/Arzobispado de Pamplona, 1992, tomo II, p. 23; después de la expedición a Japón insiste en sus cartas que envíen gente docta para aquella región y China. En sus peticiones tienen la preferencia los flamencos y alemanes, que supiesen castellano o portugués, porque son para muchos trabajos corporales y también para sufrir los grandes fríos del bando, *vid, Francisco Xavier, Cartas y escritos...* p. 23.

⁹ Schurhammer, *Op cit...* vol. 4, pp. 307-8.

¹⁰ *Diccionario histórico...* vol. 3, p. 2702.

¹¹ Jonathan Wright, *Los jesuitas. Una historia de los "soldados de Dios"*. Barcelona, España Random House Mondadori S.A., 2005, p. 130; *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3373; Fliche y Martin, *Op cit...* vol. XXIX, p. 92-94.

¹² Informe de algunas costumbres de la nación India. Todas las traducciones del latín al español fueron realizadas por el P. Rubén Murillo S. J., las cuales agradezco; *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3373.

¹³ *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3373-4; Fliche y Martin, *Op cit...* vol. XXIX...pp. 92-5.

¹⁴ La saliva es para los brahmanes la secreción humana más repugnante, su uso en las ceremonias del bautismo hubiera provocado el horror de los neófitos y de los testigos, y los hubiera llevado a pensar que el ministro del sacramento, al hacer uso de ella en la ceremonia, no era más que un prangui mal educado y nauseabundo. Nobili pensó que en tales circunstancias no sería ilícito el omitir esta parte del rito bautismal, *vid* Fliche y Martín, *Op cit...* vol. XXIX, p. 95.

¹⁵ *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3374; Fliche y Martín, *Op cit...* pp. 98-99.

¹⁶ Esta región había sido encomendada a los franceses en 1688 por las autoridades del reino del Gran Mogol, *vid* Fliche y Martín, *Op cit...* vol. XXIX, p. 88.

¹⁷ *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3374-5; Fliche y Martin, *Op cit...* vol. XXIX, pp. 100-102.

¹⁸ *Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3375.

CARTA DEL P. FRANCISCO LAINES¹,
SUPERIOR DE LA MISIÓN DE MADURAI²,
A LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA,
QUE TRABAJAN EN LA MISMA MISIÓN.

TRADUCIDA DEL PORTUGUÉS, SOBRE LA MUERTE DEL VENERABLE
PADRE JUAN DE BRITO³, 11 DE FEBRERO DE 1693.

Pax Christi

Reverendos Padres:

No se si debemos llorar la muerte de nuestro amado compañero el Padre Juan de Brito, y lastimarnos de la pérdida, que acaba esta cristiandad de hacer, de un pastor lleno de celo, y de un misionero infatigable: o si debemos regocijarnos de la utilidad, que en esta nueva Iglesia coge de la muerte del generoso confesor de Jesucristo que acaba de enviar al cielo; porque si como dice un Padre, la sangre de los mártires es semilla fecunda de nuevos cristianos: ¿no tenemos derecho de esperar, que ya esta cristiandad en razón de dar ciento por uno, y de extenderse en todos los inmensos países de el Oriente?

Permítanme, pues, vuestras reverencias que los convide a dar conmigo gracias al Señor de todos, de haber dado mártires a esta iglesia, y de haber hecho a uno de nuestros hermanos la gracia de derramar su sangre por la religión de Jesucristo: favor que debemos apreciar más, que los mayores del mundo. ¡Dichosos nosotros, si nos tiene Dios escogidos para semejante muerte! Trabajemos, para no hacernos indignos de ella, con nuestra mala correspondencia: renovemos nuestro celo: empleemos con más valor, y esfuerzo, que hasta aquí, en la salvación de las almas de los infieles, rescatados con la sangre de nuestro Salvador; y miremos la muerte de nuestro santo compañero, como una

viva exhortación que nos ofrece Dios, para que nos prevengamos, y dispongamos a recibir quizá la misma gracia.

Ya saben vuestras reverencias que hará como seis años, que *Ranganadadeven*, príncipe de Malabar (a)⁴, después de haber atormentado cruelmente al Padre Juan de Brito, le prohibió, so pena de la vida, mantenerse, y predicar el Evangelio en sus estados, amenazándole al mismo tiempo, que le haría descuartizar, si no obedecía sus órdenes. El siervo de Dios, entonces Superior de la misión, por no irritar más al príncipe infiel, se retiró luego, bien resuelto de volver cuanto antes, porque no podía determinarse a abandonar del todo la numerosa cristiandad, que había formado con cuidados, y fatigas increíbles; mayormente estimando las amenazas, que le hacían como la mayor dicha, que le podía suceder, y su mayor contento a Dios, por entonces, con el sacrificio de su voluntad; porque estando ya para volver a Malabar, le enviaron los Superiores a Europa por Procurador general de esta provincia. Obedeció, y llegó a Lisboa a fines de 1687.

El rey de Portugal, de quien tenía la honra de ser conocido, y la de haber sido educado con su Majestad, se alegró mucho de su vuelta, y pretendió detenerle en su corte para empleos importantes. Más el santo hombre, que no respiraba más, que por la conversión de los infieles, se excusó fuertemente, diciendo al rey con respeto: "Tiene vuestra majestad en sus dominios infinitos vasallos, capaces de los empleos, con que me quiere honrar; pero la misión de Madurai tiene muy pocos operarios, y aunque se ofrecieran muchos a cultivar tan dilatado campo, tengo sobre ellos la ventaja de saber ya la lengua del país, de estar instruido en sus leyes, y costumbres, y acostumbrado al modo extraordinario, que tiene de vivir".

Libre el Padre Brito del peligro de quedarse en la corte de Portugal, y terminados los negocios de que estaba encargado, volvió todos sus pensamientos a su partida de Lisboa, y a su vuelta a Indias. Luego

que llegó a Goa (b)⁵ tomó sus medidas para venir a su misión, cuyo visitador estaba nombrado. Como se consumía de celo por la casa de Dios, no tomó el tiempo preciso para descansar de tan largo viaje, ni para convalecer de la peligrosa enfermedad, que tuvo a bordo del navío. Todos sus pensamientos fueron cumplir con las obligaciones del nuevo cargo, que se había fiado a su cuidado. Dio principio a él, visitando las casas, que tenemos en Madurai. Después se acercó a los Malabar, sus queridos hijos en Jesucristo, que eran todas sus delicias.

Bien saben vuestras reverencias que tenemos muchas iglesias dispersas en los bosques de este reino. Las recorrió todas con mucha incomodidad e infatigable celo. Se desenfrenaron contra el Padre los sacerdotes de los gentiles, y llegó su odio a tal extremo, que cada día se hallaba en peligro de perder la vida, de tal modo, que no podía estar dos días continuos en un mismo paraje, sin correr mucho riesgo; pero el Señor, con las grandes bendiciones, que derramaba sobre sus trabajos apostólicos, le sostenía y defendía en sus peligros y fatigas. En el espacio de tiempo, que vivió en Malabar, desde su vuelta de Europa, hasta su muerte, que fueron quince meses, tuvo el consuelo de bautizar ocho mil catecúmenos, y convertir a uno de los señores principales del país. Fue este el príncipe *Teriadeven*, a quién de derecho pertenecía el principado de Malabar; pero habían sido sus antepasados despojados de él, por la familia *Ranganadadeven*, ahora reinante. Como el nacimiento, y mérito de *Teriadeven* le dan mucho crédito en el reino, y le hacen amable a toda la nación, hizo mucho ruido su conversión, y dio ocasión a la muerte del Padre Brito.

Estaba este príncipe asaltado de una enfermedad que sus médicos calificaron de mortal. Reducido al último extremo, sin esperanza de alcanzar alivio de sus falsos dioses, se resolvió a buscarlo en el Dios de los cristianos. A este fin envió muchas veces a pedir al Padre, que le fuese a ver; o a lo menos, que le enviase un catequista, que le ense-

ñase la doctrina cristiana, en cuya virtud afirmaba, que ponía toda su confianza. No tardó el Padre en cumplir su deseo. Fue un catequista a visitarle, dijo sobre el enfermo el Evangelio, y en el mismo instante se halló perfectamente sano.

Un milagro tan evidente, aumentó en *Teriadeven* el deseo, que, días había, tenía de ver al predicador de una ley tan santa, y tan maravillosa. Presto logró esta satisfacción, porque no pudiendo el Padre dudar más de la sinceridad de los deseos del príncipe, de quien hasta entonces se había recelado, hizo viajes a las tierras de su gobierno; y como este paraje no era aun sospechoso a los sacerdotes de los ídolos, se detuvo allí algunos días, para celebrar la fiesta de los Santos Reyes. Los cristianos celebraron esta solemnidad con devoción extraordinaria, y con tan feliz suceso, que bautizó por su propia mano el Padre Brito en aquel sólo día doscientos catecúmenos. Las exhortaciones vivas, y eficaces del siervo de Dios: su celo, y el gozo, que manifestaban todos los cristianos: la majestad de las ceremonias de la iglesia: y más que todo la gracia de Jesucristo, que quiso servirle de esta favorable coyuntura para la conversión del príncipe penetraron tan vivamente su corazón, que sin dilación pidió el bautismo. “No sabéis aun (le dijo el Padre) la pureza de vida, que se debe guardar en la profesión del cristianismo. Me haría reo delante Dios, si os confiriera el bautismo, antes que os instruyese, y dispusiese a recibir este sacramento”.

Le explicó luego el Padre lo que prescribe el Evangelio tocante al matrimonio. Era este punto sumamente necesario, porque *Teriadeven* tenía actualmente cinco mujeres, y un gran número de concubinas.

Esta plática lejos de arredrar al nuevo catecúmeno, sirvió para animarle más, y hacer patente su fervor, y sus ansias de recibir el bautismo: *Presto quitaré yo*, respondió el príncipe, *esta dificultad, y tendrás motivo de estar satisfecho de mí.* Al instante vuelve a su palacio, llama a todas sus mujeres, les habla de su salud milagrosamente recobrada, por

favor del verdadero Dios, en virtud del Santo Evangelio: y les declara, que estaba resuelto de emplear lo restante de su vida en servir a tan poderoso y buen Señor: que este soberano dueño prohibía tener más de una mujer, que quería obedecerle, y quedar con una sola. Añadió, para consuelo de las otras, que repudiaba, que nada les faltaría, y que les estimaría siempre como sus propias hermanas.

Una conversación tan poco esperada, puso a sus mujeres en terrible consternación. Hizo en la más joven mayor impresión. Suplicó, lloró, derramó arroyos de lágrimas para vencer a su marido, y hacerle mudar de determinación. Más viendo, que todos sus esfuerzos eran inútiles, no guardó más medidas y resolvió vengar en el Padre Brito, y los cristianos, la injusticia que pretendía que la hacían. Era sobrina de *Ranganadadeven*, príncipe soberano de Malabar, ya nombrado. Va a verse con él, para quejarse de la ligereza de su esposo. Lloro, gime, le pinta la triste situación a que se ve reducida, e implora la autoridad, y justicia de su tío. Le hace saber, que *Teriadeven* tomaba esta resolución, por haberse entregado totalmente a la conducta, y consejo del más infame mago de todo el Oriente, quien le había hechizado de tal modo, que con sus persuasiones ganó de su marido, que a ella, y a todas sus mujeres, a excepción de una sola, las repudiase afrentosamente. Pero para lograr más felizmente su intento, habló esta señora con más viveza, y eficacia a los sacerdotes de los ídolos, que buscaban, mucho tiempo había, ocasión favorable de prorrumpir contra los ministros del Evangelio.

Entre ellos había un brahmán⁶ llamado *Pampavanan*, famoso por sus embustes, y por el odio irreconciliable, que tenía a los misioneros, y más que a todos al Padre Brito. El malvado, gozoso de hallar ocasión tan proporcionada para vengarse de él, que destruía el honor de sus ídolos, le quitaba sus discípulos, y por tanto le reducía a él, y a toda su familia a la mayor pobreza; junto a los demás brahmanes⁷,

y consultó con ellos sobre las medidas, que se habían de tomar para perder al santo misionero, y arruinar su nueva Iglesia. Todos votaron ir juntos en cuerpo de comunidad a hablar al príncipe. Se puso el brahmán *Pampavanan* al frente de todos, y se encargó de la arenga, la cual empezó quejándose, de que ya no se tenía respeto a los dioses, que muchos ídolos estaban echados por tierra, que los más de los templos estaban abandonados, que no les ofrecían sacrificios, ni celebraban fiestas; y que todo el pueblo seguía a la secta infame de los europeos: que no pudiendo sufrir más los ultrajes, que se hacían a sus dioses, iban todos a retirarse a los reinos vecinos, porque no querían ser testigos de vista de la venganza, que los dioses, irritados, estaban ya para fulminar contra los desertores de su culto, y todos aquellos, que debiendo castigar delitos tan enormes, los toleraban con tanto escándalo.

No fue menester tanto para encolerizar a *Raganadadeven*, prevenido ya contra el Padre Brito, y solicitado vivamente por las quejas, y lágrimas de su sobrina; y según se pensaba, no tenía por otra parte motivo de querer a *Teriadeven*. Al instante mandó flaquear todas las casas de cristianos, que hubiese en sus estados; que sacasen una gran multa a los que perseverasen firmes en su creencia; y sobre todo, que quemasen todas las iglesias. Se ejecutó con tanto rigor y exactitud la orden del príncipe, que muchísimas familias cristianas quedaron arruinadas, porque quisieron más perder sus bienes, que renunciar su fe. El trato que dieron al Padre, fue aun más violento. El tirano, que le miraba como el autor de todos estos pretendidos desórdenes, mandó expresamente, que se apoderasen de él y le llevasen a su presencia. Pretendía el bárbaro, que la crueldad con que le iba a tratar, sirviese de escarmiento a otros cristianos, y atemorizándolos, los hiciese mudar de resolución.

Aquel día, que el 8 de enero de este año de 1693, había el santo misionero administrado los sacramentos a un gran número de fieles,



R.P. IOANNES DE BRITTO Societatis IESU,
Missionarius Madurensis, in habitu Pandari Malabarici,
a Regulo Maravâ pro fide occisus 4. Februa. 1693.

non fecit delin.

Henricus Caupé fecit

En Alfred Harry, *Gallerie...*, vol. 8

y ya fuese que sospechase lo que se tramaba contra él, o que por algún conducto, que no sabemos, tuviese conocimiento cierto de ello, aconsejó repetidas veces a los cristianos, que se hallaban juntos, que se retirasen, para resguardarse de la sangrienta persecución, que los amenazaba. Pocas horas después le avisaron, que una tropa de soldados avanzaba para prenderle; y les salió al encuentro con alegre semblante, y sin manifestar la menor turbación; pero apenas le echaron de ver los impíos, cuando se arrojaron sobre él con furia, y a golpes le postraron en tierra. No trataron con menor crueldad a un brahmán cristiano que le acompañaba; ataron fuertemente a los dos confesores de Jesucristo, mucho más sentidos de las blasfemias que oían pronunciar contra Dios, que de los malos tratamientos que padecían. Dos muchachos cristianos, que habían seguido al Padre Brito, de los cuáles el mayor no tenía aún catorce años, lejos de amedrentarse, ni vacilar por las crueldades, que ejercitaban en el Padre, y por los oprobios de que le cargaban, se animaron y fortificaron tanto en su fe, que con increíble fervor corrieron a abrazar al santo hombre en sus cadenas, sin querer apartarse de él, viendo los soldados, que ni los golpes, ni las amenazas bastaban para separarlos, agarrotaron también a los dos inocentes víctimas, juntándolos con su Padre, y pastor.

De este modo hicieron marchar a los cuatro; pero el Padre Brito, que era de una complexión delicada, y a quien habían consumido las fuerzas, los largos y penosos trabajos, y la vida penitente, que había tenido en el Madurai por más de veinte años, se sintió extremadamente debilitado. Le sostuvo poco tiempo todo su grande corazón: pues se sintió tan cansado, y abrumado, que se caía a cada paso. Los guardias, que querían darse prisa, a empujones le hacían levantar y caminar, aun viéndole con los pies corriendo sangre, y horrorosamente hinchados.

En este estado, semejante a aquel en que se halló su divino Maestro, cuando iba al calvario, llegaron a un lugar grande, llamado

Anoumandacouri, donde recibieron nuevos ultrajes los defensores de Cristo; porque para dar gusto a un numeroso pueblo, que acudió de los alrededores, a ver espectáculo tan nuevo, los colocaron sobre un carro elevado, en que acostumbran los brahmanes llevar en triunfo sus ídolos por las calles, y en él los dejaron día y medio expuestos a la mofa, y escarnio público. Mucho tuvieron que sufrir, del hambre, sed y peso de sus gruesas cadenas de hierro, de que estaban cargados.

Después de haber saciado la crueldad, y furor de tanta gente, los hicieron continuar su viaje hacia Ramanadabouram. Antes de llegar, los alcanzó otro confesor de Jesucristo. Era éste el catequista *Montapen*, que había sido preso en Candaramamicon, adonde fue enviado por el Padre, para asistir a una iglesia, que allí había fundado. Los soldados, habiendo cogido al catequista, quemaron la iglesia, echaron a tierra las casas de los cristianos, conforme a sus órdenes, y le trajeron fuertemente atado a la ciudad de Ramanadabouram. Dio este encuentro mucho gusto a todos los siervos de Dios, y se valió el Padre Brito de esta ocasión, para animarlos a una fervorosa perseverancia en la confesión de la fe de Jesucristo. *Rangadadeven*, que estaba ausente, algunas leguas de la ciudad capital, cuando llegaron los gloriosos confesores, mandó ponerlos en la cárcel, y que hasta su vuelta no los perdiesen de vista.

Entretanto el príncipe *Teriadeven*, el celoso catecúmeno, que había sido causa inocente de la persecución, hizo viaje a la corte, para solicitar la gracia de aquel, a quién creía deber la vida del alma, y del cuerpo. Teniendo aviso del cruel tratamiento, que habían hecho al siervo de Dios durante todo el viaje; pidió a los guardias, que trataran con más blandura a un prisionero, de quien hacía tanto caso. Por algún tiempo tuvieron atención, por la recomendación del príncipe, y se portaron con menos rigor; pero no por ello dejó de padecer mucho, y aun pasar algunos días, sin más alimento, que un poco de leche una vez al día.

En este intervalo, los sacerdotes de los ídolos hicieron nuevos esfuerzos para obligar al príncipe de Malabar a dar muerte a los confesores de Jesucristo. Se presentaron todos de tropel en palacio, vomitando execrables blasfemias contra la religión cristiana, e imputando al Padre los delitos más enormes. Pidieron con grandes instancias al tirano, que le hiciese ahorcar en la plaza pública, para que nadie tuviese el atrevimiento de seguir la ley que enseñaba. Al oír tan violenta petición, se irritó mucho el generoso *Teriadeven*, que entonces se hallaba con el príncipe, y reprendió vivamente a los brahmanes, que pedían la ejecución. Se encaró luego con *Ranganadadeven*, y le pidió, que mandase venir a su presencia a los más hábiles brahmanes, y que disputasen con el nuevo doctor de la ley del verdadero Dios: añadió, que este sería medio seguro; y fácil de descubrir la verdad.

Se ofendió el príncipe de la libertad de *Teriadeven*, y con cólera le dijo: que defendía el partido infame de un doctor de una ley extranjera, y le mandó adorar sin dilación alguna los ídolos que había en la sala: "No quiera Dios, replicó el generoso catecúmeno, que yo cometa semejante delito. No ha mucho, que por virtud del Santo Evangelio, fui curado de una enfermedad mortal; como, después de ello, me había de atrever a renegar de la fe, para adorar a los ídolos, y perder juntamente la vida del cuerpo y del alma".

Encendieron más estas palabras el furor del tirano; pero por razón de estado, no juzgó conveniente pasar adelante. Se volvió hacia un señor joven, a quien amaba, llamado *Puvarodeven*, y le mandó lo mismo. Éste, que algún tiempo antes, por medio del bautismo, había sido curado de una molesta indisposición, que por nueve años le había afligido, se detuvo dudoso al principio; pero temeroso de disgustar al rey, a quien veía irritado hasta lo sumo, se resolvió a obedecer ciegamente. Apenas acabó su sacrificio, cuando se sintió atacado de su antigua enfermedad, y con tanta violencia, que en corto tiempo

se vio reducido al último extremo. Castigo tan pronto, y terrible, le hizo volver en sí: acudió a Dios, de quien tan cobardemente acababa de apostatar. Pidió, que le diesen un crucifijo, se echó a sus pies, pidió humildemente perdón del delito, que acababa de cometer; y suplicó al Señor, que tuviese misericordia de su alma, sin olvidarse de su cuerpo. Lo mismo fue dar fin a su oración, que conocer, que había sido oído: desapareció otra vez el mal y confió, que aquel Señor, que con tanta bondad le restituía la salud del cuerpo, había usado de su misericordia, y le perdonó su apostasía. Entretanto que *Puvarodeven* sacrificaba a los ídolos, mandó otra vez el príncipe de Malabar a *Teriadeven*, con grandes amenazas, que siguiese su ejemplo. Pero le respondió éste con brío, que primero moriría, que cometer tan gran pecado; y para quitar al tirano toda esperanza de vencerle, hizo un largo panegírico de la virtud del Evangelio, y de la religión cristiana. Fuera de sí el príncipe, con una respuesta tan firme, le interrumpió con mofa, diciendo “Ea, pues, presto verás cual es el poder del Dios, que adoras, y cual es la fuerza de la ley que te ha enseñado tu infame doctor. Yo confío, que dentro de tres días expirará este malvado, sin que nadie lo toque, por la virtud sola de nuestros dioses”.

Dicho esto, mandó se hiciese a los ídolos el sacrificio, que llaman *patiragalipuci*. Es ésta una especie de sortilegio, al cual atribuyen los infieles la mayor eficacia, asegurando, que nadie lo puede resistir, y que infaliblemente morirá aquel contra quien se destina. Por ello lo suelen llamar también *santurovesangaram*, que quiere decir destrucción total del enemigo. Gastó este príncipe idolatra tres días enteros en estos diabólicos ejercicios, variándolos de diversas maneras, para no errar el golpe. En vano algunos gentiles, que se hallaban presentes, y que habían oído algunas exhortaciones del confesor de Jesucristo, le representaban, que todas sus diligencias serían inútiles, y que nada podrían todos los maleficios contra un hombre, que se burlaba de

todos sus dioses. Irritó furiosamente este discurso al príncipe, y como el primer sortilegio no le había salido bien, imaginó haber faltado en alguna circunstancia, y por tres veces empezó el mismo sacrificio, sin salir con su intento.

Queriendo algunos ministros principales de los ídolos sacar al príncipe del grande embarazo, y confusión, en que se hallaba, le pidieron licencia para hacer otra suerte de sacrificio, contra cuya actividad, decían, que no había remedio, ni defensa. Es este sortilegio el *salpechiam*, que según ello, tiene virtud tan infalible, que no hay poder divino, ni humano, que pueda eximirle de su eficacia; y que así, sin falta moriría el predicador al quinto día. Tono tan positivo, calmó un poco el espíritu de *Ranganadadeven*, desesperado de verse confundido así, y a todos sus dioses, por un hombre, que tenía en prisiones, y que miraba con desprecio. Pero fue el *salpechiam* para él, y los sacerdotes, nuevo aumento de despecho, cuando al fin de los cinco días, en que debía morir, no había el santo hombre perdido un solo cabello de su cabeza.

Dijeron los brahmanes al tirano, que el doctor de la nueva ley, era uno de los mayores magos del mundo, y que solamente había resistido a la virtud de los sacrificios, por la fuerza de sus encantamientos. Se dejó fácilmente impresionar el príncipe: mandó trajesen al Padre Brito, y mostrándole el breviario, que cuando le prendieron le habían quitado, le preguntó, ¿si de aquel libro sacaba la virtud, que frustraba todos sus esfuerzos? Como el santo hombre respondiese, que en aquello no había que dudar. Ea, pues (dijo el tirano) *quiero ver si este libro te hace también impenetrable a mis mosquetes*. Ordenó al mismo tiempo, que le atasen el breviario al cuello, y que le pasasen por las armas. Ya estaban los soldados por hacer su descarga, cuando *Teriadeven*, con valor heroico, gritó en alta voz contra un mandato tan tiránico, y arrojándose en medio de los soldados, declaró, que él también quería morir, si quita-

ban la vida a su amado maestro. *Ranganadadeven*, percibiendo alguna conmoción en la tropa, temió una sublevación, porque sabía bien, que no faltaría a *Teriadeven* partido, y que no permitiría, que se insultase públicamente de este príncipe. Estas reflexiones enfrenaron la cólera de *Ranganadadeven*, y fingió revocar la orden dada, mandando, que volviesen a la cárcel al confesor de Jesucristo.

Con todo eso, aquel mismo día decretó contra el Padre la sentencia de muerte; y para que se ejecutase sin dificultad, hizo partir secretamente al Padre, bajo una buena escolta, con orden de llevarle a *Uriardeven*, su hermano, señor de un pueblo, situado a dos jornadas de la corte, para que sin dilación le hiciese morir. Cuando notificaron al siervo de Dios esta sentencia, el gozo de hallarse tan cercano a lo que con tanto ardor deseaba, se templó algo con el sentimiento, que tuvo, de dejar a sus amados hijos en Jesucristo, compañeros suyos en la prisión; le fue tan sensible esta separación, que no pudo contener las lágrimas al tiempo de despedirse de ellos. Les dio a todos cuatro, uno después de otro, un tierno abrazo, y animó a cada uno en particular a la constancia, con las razones más eficaces, y más proporcionadas a su alcance, y a la situación en que se hallaban. Luego, hablándoles a todos juntos, les hizo un discurso fervoroso y patético, exhortándolos a mantenerse firmes en la fe, y a dar generosamente sus vidas por aquel Dios verdadero, de quien las había recibido. Se enternecieron los gentiles, hasta verter lágrimas, admirándose de la ternura, que mostraba el siervo de Dios a sus discípulos, y viéndole insensible a la muerte tan cercana que iba a padecer: no les sorprendió menos la santa resolución de los otros cuatro confesores de Jesucristo, que manifestaban grande impaciencia de derramar su sangre por amor de su Salvador. Salió, pues el Padre de su prisión de *Ramanadaburam*, seguido de los ardientes deseos de sus discípulos, que con instancia pedían la gracia de acompañarle y morir con él.

Partió al anochecer con los guardas que le dieron; pero siendo su debilidad aún mayor, que en el viaje antecedente, llegó con increíble trabajo al lugar de su martirio. No sabemos, si, porque no se les quedase muerto entre las manos, le hicieron al principio montar a caballo; pero presto le hicieron apear. Marchaba con los pies desnudos, y sus reiteradas caídas, ya hinchadas, que quedaban sus huellas señaladas con su sangre. Se esforzaba no obstante a andar, cuando sus guardas, viendo que no podía mantenerse en pie, le arrastraron lastimosamente todo lo demás del camino.

Además de tan horrible fatiga, y de un tratamiento tan cruel, en los tres días de viaje, no le dieron más alimento, que una medida pequeña de leche; de suerte, que los paganos mismos no comprendían cómo había podido llegar al término de su viaje, y los cristianos lo atribuyeron a particular favor de Dios.

En este lastimoso estado, llegó este hombre, verdaderamente apostólico, el día treinta y uno de enero a Urejur, donde había de consumir su martirio. Urejur es una grande población, situada sobre el río Pambaru, en los confines del principado de Malabar y del reino de Tanjore⁸. Luego que *Uriardeven*, hermano cruel de *Ranganadadeven*, y más inhumano que él, supo la llegada del siervo de Dios, mandó, que se lo llevasen a su presencia. Le recibió al principio bastante bien. Hacía ya algunos años, que era ciego y paralítico de pies y manos, y como había varias veces oído hablar de las maravillas, que Dios obraba por medio del Santo Evangelio, concibió alguna esperanza, de que siendo su prisionero el doctor de la nueva ley, no le negaría una gracia, que muchos otros habían logrado. Por lo cual, después de haberle tratado con bastante agrado en la primera audiencia, en que no se habló sino de religión, le envió al día siguiente todas sus mujeres, quienes postrándose a sus pies le suplicaron, que diese salud a su marido. Las despidió el Padre Brito, sin prometer cosa alguna. Le hizo llamar

Uriardeven a audiencia secreta, para empeñarle, a cualquier precio, a que hiciese un milagro en su favor, dándole palabra, que si le concedía su petición, no solamente le libraría de la cárcel, y de la muerte, sino que lo colmaría de ricos presentes; a lo que respondió el Padre: “No son, señor, semejantes promesas las que pudieran obligarme a daros salud, si en mi mano estuviera: Tampoco penséis, que el temor de la muerte, me pudiera obligar a ello. Dios sólo, cuyo poder es infinito, puede concederos este beneficio”.

Irritado el bárbaro con tal respuesta, mandó al instante volverle a su encierro, y prevenir, sin dilación, los instrumentos de su suplicio. No obstante se dilató la ejecución por tres días, en los cuales le acortaron aun su poquísima comida; de suerte, que a no haberle apresurado a darle la muerte, verdaderamente hubiera muerto de hambre, y miseria. El día tres de febrero, víspera de su martirio, halló modo de enviarme una carta, dirigida a todos los Padres de esta misión, la que guardo como una preciosa reliquia. Le faltaba entonces pluma y tinta, y así para escribir, se valió de una paja y de un poco de carbón desleído en agua. Los propios términos de esta carta son las siguientes.

Mis reverendos Padre y amados compañeros.

Pax Christi.

Ya han sabido vuestras reverencias por el catequista *Canaguén*, lo que ha pasado en mi prisión, hasta su partida el día siguiente, 28 de enero, me hicieron parecer en juicio, en el cual fui condenado a ser arcabuceado⁹. Ya había llegado al lugar del suplicio, y todo estaba dispuesto, cuando el príncipe de Malabar, temiendo alguna sedición, mandó, que me separasen de los otros confesores de Jesucristo, mis amados hijos, para ser entregado a su hermano *Uriardeven*, a quien al mismo tiempo se daba orden, que no dilatase mi muerte.

tanta multitud de gente, volviéndose hacia la viga, en la cual habían de colgar su cuerpo, cortada la cabeza; pareció entrar en una profunda contemplación. Fácil es pensar, cuáles serían los afectuosos suspiros de este santo religioso en tales circunstancias, seguro de ir, dentro de pocos instantes, a gozar de la gloria de los bienaventurados, y unirse por toda la eternidad con su Dios. La tierna devoción, que resplandeció en su semblante, conmovió a los gentiles de manera, que no pudieron detener las lágrimas. Muchos de ellos, públicamente, condenaban la crueldad, que con este santo hombre se hacía.

Pasado como un cuarto de hora de oración, se levantó el Padre con semblante risueño, que indicaba bien la tranquilidad, y paz de su alma, y acercándose a los verdugos, que se habían retirado un poco, los abrazó a todos de rodillas, con tal cariño y gozo, que quedaron pasmados. Luego volviéndose a poner de pie, les dijo: *Ahora podéis, hermanos míos, hacer de mí lo que queréis.* Añadió otras muchas expresiones de dulzura, y caridad, que hasta ahora no hemos podido recoger, palabra por palabra.

Los verdugos, medio embriagados, se echaron sobre el Padre, y despedazaron su vestido, no queriendo tomar trabajo, ni gastar tiempo para quitárselo. Pero viendo el relicario, que solía traer al cuello, asustados se volvieron hacia atrás, diciéndose unos a otros: Sin duda que en esta cajita tiene encerrados los hechizos, con que encanta a los que siguen su doctrina: que se guardasen bien de tocarla, a menos de quedar embaucados como ellos. Con este tan ridículo ofrecimiento, tomando uno de ellos su sable para cortar el cordón de que pendía el relicario, hizo al Padre una gran herida, de la cual salió mucha copia de sangre. El fervoroso misionero lo ofreció a Dios, como primicias del sacrificio, que iba a consumir. En fin, persuadidos estos bárbaros, que los encantos mágicos de los cristianos, eran bastantes para resistir a los filos de sus espadas, hicieron traer una pesada hacha, que servía

donde estaban la cabeza y el cuerpo, y quedó allí por algún tiempo en oración, antes de retirarlo.

Tal ha sido, Reverendos Padres, el glorioso fin de de nuestro amado compañero el reverendo Padre Juan de Brito. Suspiraba muy de antemano por este dichoso término de su carrera, y lo logró en fin. Como ha sido nuestro intento el mismo, que el suyo, desde que dejando la Europa, vinimos a las Indias, quizá podremos algún día esperar la misma dicha. Quiera la misericordia infinita de Nuestro Señor Jesucristo hacernos tal gracia, y la de que no la desmerezcamos con nuestras culpas. La cristiandad de Malabar se halla en el mayor desamparo, por la muerte de su santo pastor. Ruego a vuestras reverencias unan sus oraciones a las nuestras, para que la sangre de su primer mártir no sea inútil, y que vuelva la misión a hallar en la intercesión de este nuevo protector otros misioneros tan poderosos, como él lo fue, en obras, y palabras, y que mantengan y acaben, lo que con tanta gloria comenzó el Padre Brito.

Al instante mismo, que llegó a mis oídos la prisión de nuestro glorioso confesor, me puse en camino para ir a Malabar a asistirle, y hacerle los buenos oficios, que pudiese. Marchaba con increíble diligencia, y ya había andando una buena parte del camino, cuando recibía noticia cierta de su martirio. Determiné pasar adelante, pero los cristianos, que me acompañaban, y los gentiles, que se hallaban presentes, me representaron que si me internaba más en el país, expondría, sin esperanza de fruto, a aquella afligida cristiandad a nueva persecución. Este recelo me hizo mudar de intento, y me retiré a un pueblo vecino, para estar en paraje de socorrer a los que estaban en las cárceles, y para retirar las reliquias del santo mártir, o hacerlas enterrar en decencia.

Si refiero aquí a vuestras reverencias menos de los que quisieran saber, les aseguro, que nada escribo, que no haya sabido de hombres

CARTA DEL PADRE PEDRO MARTIN¹⁰,
MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
AL PADRE LE GOBIEN¹¹, DE LA MISMA COMPAÑÍA.
CAMIEN-NAIKEN-PATTY, EN EL REINO DE MADURÉ,
1 DE JUNIO DE 1700.
Pax Christi.

Reverendo Padre.

Participé a vuestra reverencia en mis últimas cartas el deseo, que tenía de dedicarme a la misión de Madurai, buscaba los medios para poner en práctica esta voluntad, que ya hacia tiempo, que Dios me había inspirado, cuando llegó a Pondichery¹² el Padre Bouchet. No puedo explicar los afectos de mi corazón a la vista de este ilustre misionero, quién en el espacio de doce años tuvo la dicha de bautizar treinta mil almas. No podía oírle hablar de los trabajos de nuestros Padres misioneros, del fervor de los cristianos, del gran número de conversiones, que cada día se hacen en esta nueva Iglesia, sin sentirme penetrado de un nuevo ardor de unirme con sus operarios evangélicos, y tener parte en sus fatigas, y penalidades.

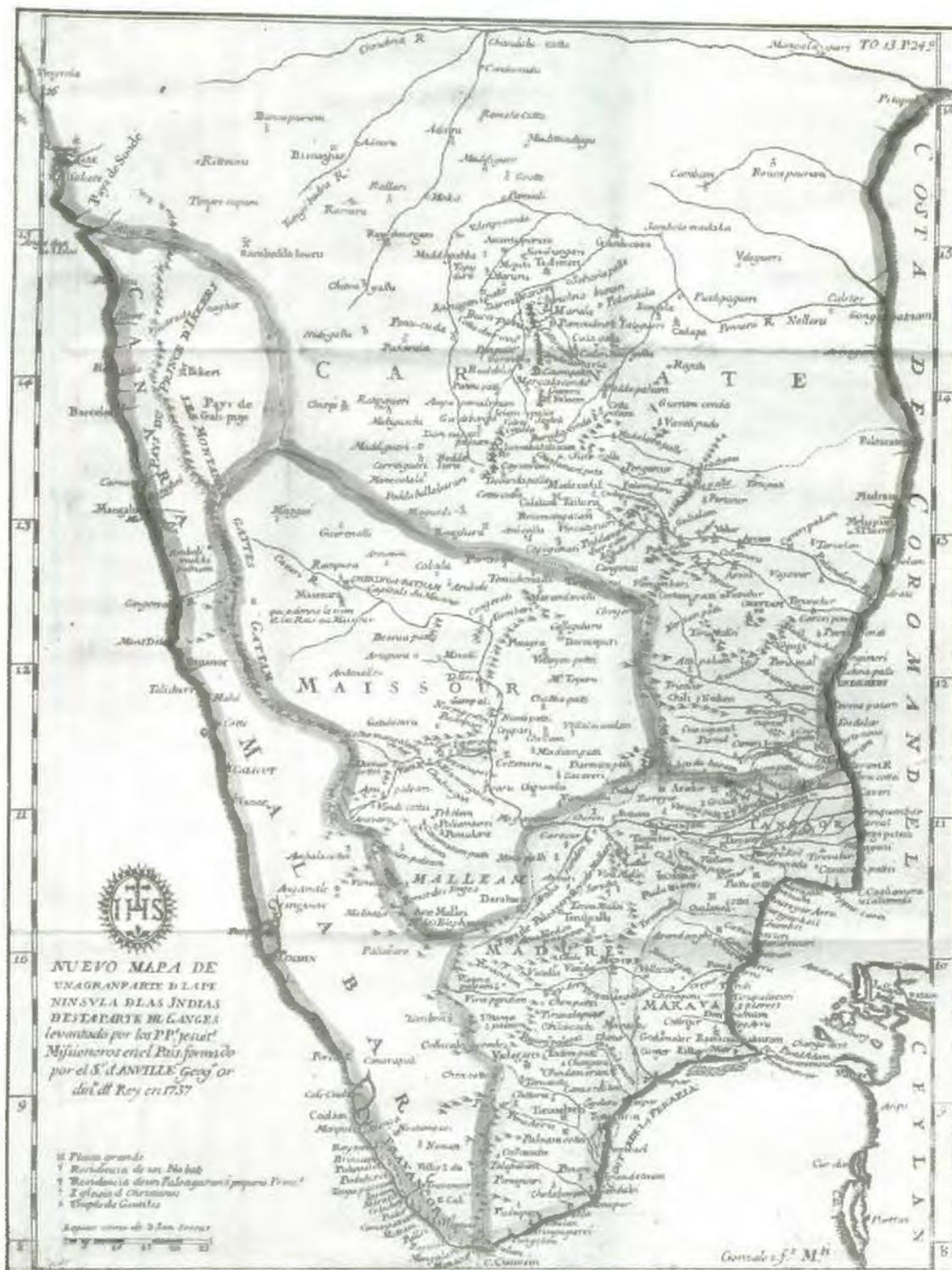
El parecer de mis Superiores no se halló conforme con mis intentos. Pensaban en establecer una nueva misión en los reinos de Carnate, de Gingi, y de Golconda, como ya sabe vuestra reverencia y en plantearla sobre el modelo de la misión de nuestros Padres portugueses en el reino de Maduré: sobre la cual, más ha de ochenta años, está Dios derramando singulares bendiciones.

Para salir bien de una empresa tan de la gloria de Dios, y tan ventajosa a la Iglesia, era necesario enviar algunos de nuestros Padres franceses a esta antigua misión, para aprender la lengua, instruirse

de las costumbres, y modales de los pueblos, formar catequistas, leer, y copiar los libros, que el venerable Padre Roberto De Nobili¹³, y otros Padres compusieron; y en una palabra, recoger todo lo que el trabajo, y la experiencia de tantos años había enseñado a tan hábiles misioneros, para aprovecharnos de ello, en la empresa muy semejante a la suya. Cayó la elección sobre el Padre Mauduit, y sobre mí; pero pareció conveniente, que tomásemos diferentes caminos. El Padre Mauduit, después de visitar en Maliapur el sepulcro de Santo Tomás apóstol, había de juntarse en el Maduré con el Padre Francisco Laynez¹⁴; y yo había de verme con el Padre Provincial de los jesuitas portugueses, que a la sazón se hallaba en el reino de *Travancor*¹⁵, para pedirle licencia en nombre de los dos, para trabajar por algún tiempo en la misión del Maduré.

Me embarqué, pues, en Pondichery á últimos de septiembre de mil seiscientos y noventa y nueve, a bordo de un navío de guerra francés, mandando por el caballero des Augers, que mandaba una pequeña escuadra, y con mucha cortesía ofreció ponerme en tierra en la Costa de *Travancor*. Quince, o veinte días nos bastaban para doblar el cabo Comorin, si el viento nos fuera favorable: pero nos fue tan opuesto, que por más de un mes tuvimos que luchar contra huracanes, y tempestades. Demás de esto, esta desgracia fue seguida de otra: enfermaron muchos del equipaje, no bien convallecido aún de lo que padeció en *Negralles* (a)¹⁶.

No se nos murieron con todo esto sino seis, o siete personas, por el gran cuidado que puso el caballero Augers en la asistencia de los enfermos. Este oficial, tan distinguido por su piedad, como por su valor, extendía su caridad igualmente a las almas, que a los cuerpos; de suerte, que cogiéndonos en el viaje el día de Todos Santos, confesó, y comulgó, dando providencia, para que la mayor parte del equipaje, tanto los sanos, como los enfermos, hicieron lo mismo. En fin, después



En Cartas edificantes..., vol. 16

de cuarenta días de mar, avistamos las montañas de cabo de Camarín, tan famoso por las primeras navegaciones de los portugueses. Estaba en ánimo de tomar tierra; pero creciendo el viento contrario considerablemente durante la noche, nos hallamos la mañana siguiente unas quince leguas del otro lado del cabo. Está llena la costa de bosques; pero no aparecía población alguna. Pedí al caballero Augers me dejase saltar a tierra con dos Padres, que otro capitán de la pequeña escuadra, por nombre *de la Roche-Hercule*, había tenido la atención de recibir en su navío. De los dos Padres uno era italiano, otro portugués, e iban también a Travancor a pedir licencia para trabajar en la misión de Maduré. El comandante nos hizo el favor de darnos una chalupa armada, que nos llevase a tierra, y nos defendiese, en caso necesario, de los corsarios, que por lo común infestan estos mares. Como estábamos a cosa de tres leguas de la costa, nos lisonjeábamos, que fácilmente nos pondríamos en la playa; pero conforme nos acercábamos a ella, crecía nuestra desconfianza, porque el mar quebraba sus olas con violencia, y no se veía paraje seguro donde desembarcar; de manera, que el oficial, sobrino del caballero Augers, que mandaba la chalupa, nos hubiera vuelto al navío, de no haber visto, después de haber costeado mucho trecho, un humo espeso en los bosques, y poco después a un pescador sentado en su *catamaran*¹⁷; esto es, sobre algunos gruesas tablas, unidas unas con otras a manera de barca.

Se dejaba llevar el Pescador con sus redes, al impulso de las olas: pusimos la proa hacia él, y aunque hizo todos sus esfuerzos para huir, teniéndonos por corsarios, le alcanzamos en breve, lo bastante para obligarle a arrimar. Su temor se mudó en excesos de gozo, y contento: luego que vio en la chalupa a los tres Padres, semejantes a los que cuidan de los cristianos en la costa de Malabar, y que le hube yo mostrado un rosario; lo besó mil veces, haciendo repetidas señales de la cruz: de aquí conocimos, que este buen hombre era cristiano. Nos

dio a entender, que se echase ancora [ancla] en el mismo paraje en que nos hallábamos, porque infaliblemente se haría pedazos la chalupa, acercándose más a la rivera; pudimos también saber de él, que donde habíamos visto el humo, había una pequeña población, y que los más de sus vecinos eran cristianos: que iba a avisarlos de nuestra llegada, y que con gusto vendrían a recibirnos en un pequeño barco. Cumplió su palabra. A poco rato vimos, que salían muchos hombres del bosque, y entraban en el mar en una pequeña canoa, sostenida a cada lado por un *catamaran*, para que no se volcase. Sin esta precaución, y socorro, no nos hubiéramos atrevido a arriesgarnos, porque la canoa era la corteza de un árbol, ancha de dos pies, y larga de ocho o diez a lo más. Daba susto el entrar en ella: la vimos una vez volcarse de repente, y por fortuna no contenían aún más que un poco de ropa, que se echó a perder. En fin, puedo asegurar a vuestra reverencia que habiéndome visto en muy grandes peligros en el Mediterráneo, en el mar Negro, y en el de Indias, jamás me vi en más peligro que aquel día. Al acercarnos a la orilla en la canoa, uno tras otro, la buena gente que había venido a desembarcarnos, se echó al agua, y cargando con barco, piloto, y misionero, nos llevaron sobre sus hombros a la orilla. De esta manera tomamos tierra en la costa de *Travancor*.

Luego que nos vimos en tierra, nos pusimos de rodillas, y dimos gracias al Señor por habernos conservado: besamos el suelo, santificado por las pisadas del apóstol de las Indias San Francisco Xavier. No era más de medio día, y el sol había ya abrasado los arenales sobre que debíamos caminar: y estaban tan encendidos, que no pudimos sufrir más el fuego, que despedían. Apretándonos más, y más, llegó a ser tan intolerable, que nos fue preciso quitarnos los sombreros, y cubrir con ellos por algún tiempo los pies, para que del todo no se nos asasen. Los indios, que nos guiaban, viendo que apenas podíamos dar un paso, nos hicieron tomar el camino de un bosque, en el cual ni el piso, ni el

aire eran tan encendidos: pero los matorrales, y espinas eran tantas, que se nos entraban en los pies, y nos ensangrentaban las piernas. El Padre italiano, que estaba convaleciente de una enfermedad, padeció mucho más, que mi compañero, y yo. Habiendo atravesado el bosque, llegamos a una pequeña iglesia, que no venía a ser más que una cabaña hecha de tierra, y cubierta de paja, pero por adentro estaba muy aseada: una pequeña imagen de Nuestra Señora hacia todo el adorno del altar. Aquí, después de haber hecho oración, y tomando un ligero alimento de algunas hierbas cocidas, y unos cocos, con que nos regalaron los cristianos, nos pusimos otra vez en marcha al anochecer: y habiendo andado una legua, nos hallamos en casa del Padre Manuel López, jesuita que tiene a su cuidado parte de los cristianos de la costa de *Travancor*.

Más ha de cincuenta años, que con incansable celo, trabaja este misionero en la conversión de los malabares. Es el último jesuita que anduvo en el Maduré vestido, como lo estamos en Europa: bien que el Padre Roberto De Nobili fundó, ya más de ochenta años ha, esta célebre misión sobre el mismo pie, en que ahora está, que es acomodándose a la costumbre del país, por lo que mira al vestido, alimento y habitación, como también las otras usanzas, que no se oponen a nuestra Santa Fe, y buenas costumbres. No obstante, no pudieron los portugueses resolverse a no parecer aquí más en traje europeo, hasta que les convenció una larga experiencia a que esta conducta era muy perjudicial a la religión, y a la propagación de la fe, por la aversión, y desprecio que han concedido estos pueblos a los europeos. Nos edificó mucho la hermosura, y aseo de la iglesia de Padre López, y mucho mas el número, y piedad de los fieles, que están a su cuidado, pues se distinguen de los demás malabares por su docilidad, y fe viva, y verdadera: y así, tiene la reputación de ser la cristiandad más floreciente de la costa de *Travancor*.

Nos recibió el Padre López con un gozo indecible, que fue testimonio de su buen corazón; pero no pudo detener las lágrimas, ni dejar de dar profundos suspiros, cuando le dije, que iba a verme con el Padre Provincial, para pedirle licencia de entrar en la misión de Maduré: “¡Dichoso vuestra reverencia amado Padre mío! (respondió abrazándome tiernamente) que no pueda yo ser su Compañero! Pero ay soy indigno de trabajar ni un día con aquella tropa de santos, que allí están empleados. Aunque el Padre estaba dotado de grandes talentos, y de igual celo para la conversión de las almas: sus superiores no juzgaron a propósito darle licencia, para que volviese a la misión de Maduré, y vestirse del traje, que ahora usamos allí, por haber vivido muchos años en la misión con vestido de europeo. Jamás se hubiera podido disfrazar de modo, que no le conociesen; lo que le hubiera hecho inútil a la conversión de los pueblos, y quizá sospechosos a todos los demás de ser de su país, y de vivir según los mismos estilos. Habiendo descansado dos días con este caritativo misionero, proseguimos nuestro viaje a lo largo de la costa, que me pareció bien poblada, más de tanta gente, sola la casta de los pescadores ha recibido la religión cristiana.

Aunque vuestra reverencia haya oído hablar muchas veces de *castas*, dudo que esté informado con bastante particularidad de lo que son. Se llama *casta* un agregado de muchas familias, de una misma clase, o de una misma profesión: hablando con rigor, esta diferencia, o definición se halla solamente en el imperio del Mongol, en el reino de Bengala, en la isla de Ceilán, en la península grande de Indias, que está enfrente, de la cual ahora vamos a hablar. Son cuatro las *castas* principales, la de los *Brahmanes*, que sin contradicciones tiene el primero, y más noble lugar: la de los *Rajas*, que pretende ser descendiente de diferentes familias reales: la de los *Choutres*, y la de los *Parias*. Se divide cada una de ellas en muchas ramas, unas más nobles, y distinguidas que las otras. La *casta* de los *Choutres* es la más extendida y numerosa



En *Cartas edificantes...*, vol. 16

en sus ramas; porque bajo el nombre de *Choutres*, se comprenden los pintores, escribanos, sastres, carpinteros, albañiles, tejedores, y otros. Cada oficio está limitado a los de su casta, y no puede ser ejercitado por otros, cuyos padres no hayan sido de la misma profesión: y así, el hijo del sastre no puede ser pintor, ni el hijo del pintor puede ser sastre. No obstante, algunos oficios hay, que son comunes a todas las castas. Pongo por ejemplo: cada uno puede ser comerciante, o soldado, diferentes castas pueden también ser labradores, pero no todas. Aunque la de los parias es la única tenida por infame, y que casi excluye a los que son de ella de todo el comercio de la vida civil; hay también algunos oficios, que humillan a los que los ejercitan, y abaten a la casta de los parias; tales son los zapateros, y en muchos distritos los pescadores, y pastores son tenidos por parias.

No conociendo al principio los portugueses la diferencia entre las castas bajas, y las distinguidas, no hicieron dificultad de tratar indiferentemente con las unas, y las otras de tomar por domésticos a los parias, y pescadores, y de servirle sin distinción de ellos en sus diversos menesteres. Chocó a los indios esta conducta de los primeros portugueses, y llegó a ser de gran perjuicio a nuestra Santa Religión; porque desde entonces miraron a las gentes de Europa como hombres infames, y dignos de desprecio, con quienes no se podría tratar sin deshonorarse. Si desde aquellos principios se hubieran guardado los prudentes reglamentos, que casi un siglo ha se guardan en el Maduré, hubiera sido fácil aficionar primeramente todos estos pueblos a la nación portuguesa, y ganarlos después a Jesucristo; pero hoy día es como imposible a los operarios del Evangelio la conversión de los indios, si son conocidos por Europa, aunque hagan milagros.

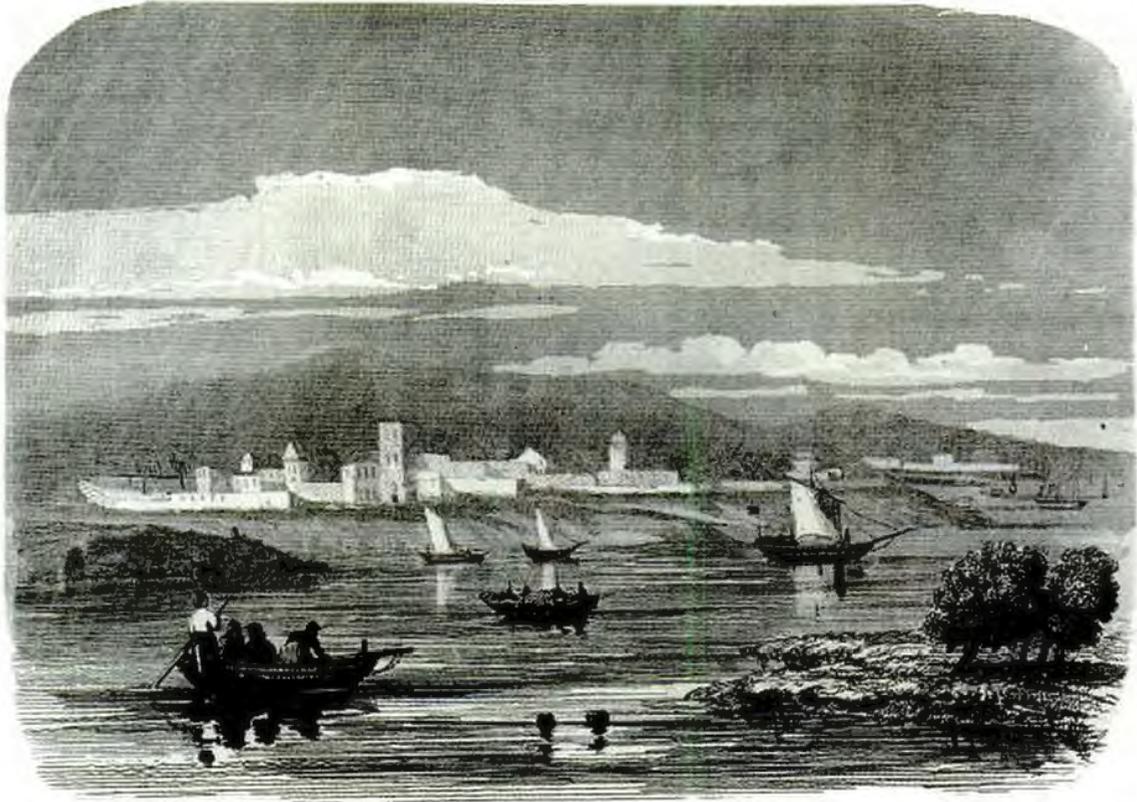
De todos los hombres apostólicos, que ha enviado Dios en estos últimos tiempos para traer a las naciones al gremio de su Iglesia, se puede asegurar, que San Francisco Xavier ha sido el más poderoso en

obras, y palabras. Predicó en la grande península de la India, cuando los portugueses estaban en su más alta reputación, y la fuerza de sus armas autorizaba prodigiosamente la predicación del Evangelio; en ninguna otra parte hizo milagros más estupendos, y no convirtió casta alguna de consideración. El mismo Santo se queja en sus cartas de la ceguedad, e indocilidad de estos pueblos, y repara, que los Padres, que empleaba en su instrucción, apenas podían llevar con paciencia el disgusto, que les causaba el poco fruto que en ellos hacían. Los que conocen el temple, y modales de estos pueblos, no se admiran tanto de esta obstinación a primera vista tan sin fundamento. No basta que conozcan, que la religión es la verdadera; atienden al conducto por donde les viene, y nunca se determinarán a recibir la de los europeos, a quienes miran como los hombres más infames, y más abominables del mundo.

Por todo lo dicho, entre los indios sólo tres especies de gentes han recibido la religión de Cristo, cuando se les ha sido anunciada por los misioneros de Europa, conocidos por tales. Los primeros son los que se pusieron bajo la protección de los portugueses, para librarse de la dominación tiránica de los moros. Así lo hicieron los *Paravas*¹⁸, o habitantes de la costa de la Pesquería, los cuales, aun antes que San Francisco Xavier fuese a Indias, se llamaban cristianos: bien que en realidad lo fuesen solo de nombre. Para instruirlos en la religión, que sin conocimiento habían abrazado, recorrió el santo Apóstol con increíble trabajo toda esta parte meridional de la India. En segundo lugar se cuentan los que fueron sujetados a fuerza de las armas por los portugueses, porque desde luego hicieron profesión exterior de la religión de sus vencedores. Tales fueron los pueblos de Salsete¹⁹, de los contornos de Goa, y de las otras plazas, que ganó Portugal en la costa occidental de la península grande de la India. Se les obligó a renunciar sus *castas*, y a tomar las costumbres de Europa: lo cual los irritó en extremo, y casi los hizo desesperar.

En fin la última especie de indios, que en aquellos tiempos se hicieron cristianos, fueron o de la hez del pueblo, o esclavos comprados tierra adentro por los portugueses, o gentes degradadas, y expulsadas de sus castas, por sus desórdenes, y mala conducta. Por razón de estos principalmente, a quienes se recibía con la misma bondad que a los demás, cuando querían ser cristianos, concibieron los indios tanto desprecio de todos los europeos: juntase a todo esto el aborrecimiento natural, que se tiene a una sujeción forzada, y quizá la memoria de alguna expedición militar, en que se cometiese alguna crueldad, y se conocerá la fuerte impresión que ha hecho en ellos todo lo referido. No se les ha borrado todavía: y según toda apariencia, jamás se desengañarán. Dirá por ventura alguno, que será por falta de operarios, o de celo, el que los indios gentiles de tierra adentro no hayan abrazado la fe? si quisiere salir de su error, haga un poco de reflexión sobre lo que voy a decir.

En la ciudad de Goa están casi tantos a tantos los sacerdotes, y religiosos con los seglares de Europa. Las ceremonias, y oficios de religión se hacen allí con tanta dignidad, y magnificencia como en las primeras catedrales de Europa: el cuerpo de San Francisco Xavier, hasta ahora incorrupto, ha sido, y es un milagro continuo, y prueba auténtica de nuestra sagrada religión católica; y con todo eso, contándose en esta gran ciudad de cuarenta a cincuenta mil idólatras, apenas llegan a ciento los que en el discurso de un año se bautizan, y de los ciento, los más son huérfanos, que por orden del virrey se quitan a sus parientes. No se puede alegar aquí, que sea por falta de operarios, o de luz, y conocimiento en los gentiles: muchos de los cuales dan oídos a la verdad, la perciben, se convencen, y quedan como consta de si propia boca, persuadidos de ella; pero les da vergüenza rendirse a ella, porque les es anunciada, a su entender, por órganos viles, y sucios, manchados con mil costumbres bajas, ridículas, y abominables.



Vue de Goa.
Veduta di Goa Vista de Goa

En *Historia general de las misiones*, vol. 2, entre pp. 402-3

No pudieron por mucho tiempo comprender esto los misioneros, que llegaban a acá de Europa; o si lo conocieron, se contentaron con llorar tan extraña ceguedad, sin buscar algún remedio. La experiencia en fin ha convencido a los mas tercos, de que no hay otro, que el de renunciar, y dejar enteramente las costumbres de Europa, y tomar las de los indios, en todo cuanto no se oponen a la fe, y buenas costumbres, según la regla llena de prudencia que ha participado a los misioneros la Congregación de *Propaganda*.

No se puede, pues, tener esperanza de introducir sólida y felizmente la fe en el dilatado imperio de las Indias, sino observando una vida austera, y penitente entre ellos, hablando sus idiomas, connaturalizándose a sus modos de vivir. Por extravagantes que sean; y en fin, borrándoles toda sospecha de que somos de la casta de los *Pranquis*²⁰. Hablo aquí solamente de los pueblos donde no hay europeos; porque en las costas donde éstos suelen establecerse, es impracticable el referido método; y no hay que pensar, que se introduzca muy tierra adentro el cristianismo de las costas. Mas ha de ciento y cincuenta años, que se vive en este error, y vana expectación: en el centro, y en medio del país es donde conviene echar sólidos cimientos de religión, y fe, y después llevarla hacia la circunferencia, y las costas, en las cuales sola una parte de la ínfima plebe es cristiana.

El Padre Roberto De Nobili, ilustre por su nacimiento, cercano pariente del Papa Marcelo segundo, y sobrino del cardenal Belarmino²¹, pero más ilustre aún por su espíritu, su intrepidez, y el celo de la salvación de las almas, en que se consumía, fue el primero, que en los principios del siglo pasado puso en práctica el medio, de que acabo de hablar. El prodigioso número de gentiles, que desde aquel tiempo ha abrazado, y reciben cada día nuestra santa religión en los reinos de Maduré, Tanjavur, Maravas, y Maissaur, muestra sobradamente, que Dios inspiró este medio a este admirable misionero, para procurar no

solamente por sí, sino también por sus hermanos, que le imitan, la conversión de estos países meridionales de la India, y para convencer a todos los demás misioneros, que quisiesen dedicarse a la salvación de las almas en el imperio del Mogol, que no les queda otro medio para ganar a Jesucristo los infinitos pueblos de estos países. En fin sin salir del reino de Travancor los misioneros, que yo he visto, me han confesado, con todo el talento que tienen de anunciar la palabra de Dios, que el fruto no corresponde con mucho a sus trabajos. A ejemplo de San Francisco Xavier, que tantas persecuciones padeció en esta costa, riegan cada día con sus sudores estos arenales tan encendidos, y apenas cogen sino espinas: a excepción de los cristianos de *Reytoura*, y de algunas otras Iglesias, todos los demás hacen llorar a los operarios evangélicos con su indocilidad y obstinación. Vea vuestra reverencia aquí una demostración de lo que acabo de decir, en un hecho reciente, cuando pasé por el país.

Un cristiano de la *casta* de los pescadores murió sin haber querido recibir los sacramentos, y después de haber llamado a los sacerdotes de los ídolos para que invocasen al demonio en su ayuda. Sin embargo de una muerte tan funesta, pretendía sus parientes que se le diese sepultura en la iglesia. El Padre les representó que sería profanarla, y que un hombre, que había muerto impenitente, y aun apóstata, no podría tener parte en los sufragios de los fieles, ni debía ser enterrado en tierra santa. Hicieron tan poca impresión estas razones en los parientes del difunto, que se resolvieron a llevar el cuerpo a la iglesia. Habiendo el Padre cerrado bien las puertas, determinaron los obstinados, que se volviese el día siguiente en mayor número para echarlas por tierra: entretanto depositaron el cadáver en una casa vecina, sin que se quedase alguno para guardarlo: volviendo al tiempo señalado, y con ánimo de llevarlo a la iglesia, hallaron, con mucho espanto suyo, que los *adibes*, que son una especie de zorras, se lo habían comido, sin dejar más que

los huesos. Habían estos animales minado, y abierto brecha en la pared, que era una tapia de tierra, y se habían comido las entrañas, y carnes del desdichado. Causó este suceso mucha consternación a todos los vecinos del lugar, y reconocieron los mismos parientes del difunto el castigo de la justicia divina, y con grandes gritos, y llantos vinieron a echarse a la puerta de la iglesia implorando la misericordia de Dios; recibieron con sumisión la penitencia, que el Padre les impuso, y arrojaron en el mar lo que había quedado del cadáver. Son necesarios sucesos tan trágicos, para despertar el temor de los cristianos, y hacerlos más dóciles, y humildes; lo que no es menester en las misiones de Maduré.

Atravesando el Reino de *Travancor*, donde tiene tan hondas raíces la idolatría, no me fue poco consuelo ver a lo largo de la costa muchas cruces puestas en todas partes sobre la ribera, y muchas iglesias fabricadas para adorar en ellas a Jesucristo; las principales son: *Mampulain, Reytura, Pandaturcy, Culechy, Cabripatan, Topo, y Cuvalan*. Además de éstas, hay otras muchas, que son como tenencias, y dependientes de aquéllas. Encontré en *Culechy* al Padre Andrés Gómez, Provincial de la provincia de Malabar, hombre de mérito distinguido, y que era Prepósito de la casa profesa de Goa, cuando fue elegido para gobernar la Provincia de Malabar. Hacía, según costumbre, la visita de esta cristiandad: y sabiendo que mi compañero, y yo habíamos de llegar a allí en breve, se detuvo para esperarnos. Nos recibió con verdaderas muestras de grandísimo gozo, y alegría, y nos condujo a *Topo*, que es su habitación ordinaria, y se llama el colegio de *Travancor*.

Está situado este colegio en uno de los pueblos más pequeños de la costa: sus paredes son de tierra, y su techo de hojas de palma silvestre: la iglesia, que está dedicada a María Santísima, corresponde en fábrica a la casa, y la vida que tienen los Padres: es tan pobre como la una y la otra. Me causó notable edificación el ver a unos hombres tan venerables

por sus canas, y por sus trabajos habitar en tan desdichadas chozas, faltos casi de todas las comodidades de la vida. La mira, que tienen puesta en Dios, a quien únicamente desean, los mantiene en perfecta paz, y tranquilidad, aunque expuestos a los insultos de los idólatras, que viven más adentro en el país, y a las irrupciones de los piratas, que infectan estos mares, y más de una vez han ido a echar por tierra sus cabañas, y saquear los pocos muebles que en ellas han hallado.

Luego que el Padre Provincial me concedió la misión, que le pedí, de Maduré, apliqué todas mis mientes [voluntad] a aprender la lengua *tamul*, o *malabar*, para habilitarme cuanto antes para el oficio de misionero; porque los Padres de esta Provincia han determinado, con mucho acuerdo; y prudencia, que ninguno entré en la misión de Maduré, sin que sepa antes la lengua del país. Sin esta providencia conocerían en breve, quiénes y de dónde somos, y todo se perdía. No es el *Topo* lugar a propósito para hacer en la lengua los progresos que yo deseaba; ni tampoco se habla bien el *tamul* en las costas, donde no se halla sino gente grosera, y sin cultivo. Me hizo el Padre Provincial el favor de enviarme a *Cotate*, donde con menos distracción hallaría más socorro, y comodidad. Lo que más gusto me dio, fue encontrar allí al Padre Maynard, que tenía a su cuidado la iglesia de aquel pueblo. Como ha nacido en las Indias de padres franceses, sabe con perfección las dos lenguas: la francesa, que aprendió de sus padres; y la malabar, que desde su niñez aprendió en el país, y le es como natural.

Cotate es una ciudad bastantemente grande, situada al pie de las montañas del cabo de Comorin, del cual distan como cuatro leguas. Ha llegado a ser famosa en Europa, y en todas las Indias, por una infinidad de milagros, que en ella ha obrado, y obra cada día San Francisco Xavier. Esta ciudad, que por la parte de mediodía sirve de límites al reino de Travancor, está no menos expuesta, que las otras, a las correrías de los *Badagas*²², que casi todos los años entran desde

Maduré a asolar los estados del rey de *Travancor*. La llanura, donde San Francisco Xavier, con el crucifijo en la mano, detuvo solo un ejército de estos bárbaros, está a dos leguas por parte del norte de *Cotate*. No sé, si cuando hizo el Santo este prodigio, hacían los reyes de Travancor muy diferente papel en el país, del que hoy día hacen; más si su poder no ha padecido una enorme rebaja desde entonces, aquel en cuyo favor puso San Francisco Xavier a los bárbaros en huida, ciertamente no tenía razón de apellidarse el *Gran Rey*, porque ahora es uno de los mas pequeños príncipes de las Indias, y tributario del reino de Maduré; pero con paga de mala gana el tributo, los badagas se ven alguna vez precisados a entrar en sus estados de mano armada para exigirlo. No le fuera difícil aun siendo tan cortas sus fuerzas, liberarse de sus incursiones, y hacer su reino inaccesible por aquel lado; porque no pueden los badagas entrar en el Travancor, sin pasar por un desfiladero de montañas; y si se cerrara bien este paso con una buena muralla, y se apostara allí un pequeño cuerpo de tropas, los más numerosos ejércitos no le forzarían; y por consiguiente eximiría a *Cotate*, y a todo el país de un pillaje, y saqueo casi anual. Sin esto no puede el rey de Travancor hacer frente a sus enemigos, a quienes una sola vez ha vencido, por la imprudencia que cometieron. El caso es singular, y merece tener lugar aquí.

Los *badagas* habían penetrado hasta *Corculán*, capital, y principal fortaleza de Travancor; y el rey mismo, por un rasgo de política, que quizá no ha tenido ejemplar, les había entregado la ciudadela. El príncipe, conociendo en sí más capacidad, y calor del que por lo común tienen los indios, estaba sentido en extremo de ver su reino en manos de ocho ministros, que desde tiempo inmemorial, dejando al reinante el título de soberano, usurpaban todo el poder, y autoridad, y repartían entre sí las rentas de la corona. Para deshacerse de vasallos, que por su usurpado dominio podían llamarse los amos, hizo con los badagas

un tratado secreto, por el cual se obligaba a cederles algunas tierras, y entregarles su fortaleza, con tal, que le librasen de sus ministros, que le tenían como en pupilaje. Hubiera sido locura en el príncipe dar de esta manera entrada a sus enemigos en el corazón de sus estados, y fuera, por romper ocho cadenas ligeras, echarse al cuello una, que pesase con mucho exceso más que todas las otras, a no haber tomado las más justas medidas para echar de su reino a los *badagas*, después de haberse servido de ellos para recobrar su autoridad de soberano. Entraron, según costumbre, los *badagas* en el Travancor, casi sin resistencia, y avanzaron hasta la capital. Allí, con algunas tropas, que el príncipe había hecho más de su parte, se juntó con ellos, y los puso en posesión de la plaza. Dieron la muerte a uno, o dos de los ocho misioneros, los otros huyeron, o salvaron la vida a fuerza de dinero: también el príncipe hizo como que tenía miedo: más en lugar de ocultarse, juntó las tropas, que estaban dispersas, y de repente se dejó caer sobre la fortaleza de *Corculán*. Los *badagas*, que nada menos esperaban, fueron forzados, y muertos en gran número en la ciudad, y los demás en desorden tomaron el camino por donde habían entrado. Los siguió el príncipe, y antes que puedan ponerse en orden, mata a muchos de los bárbaros: de manera que muy pocos de ellos pudieron volver a sus casas.

Después de la victoria, entró el rey de Travancor en triunfo en su capital, y tomó sobre sí el gobierno del reino. Comenzaba a hacerse temer de sus vecinos, cuando aquellos ministros, a quiénes no había castigado con el último suplicio, antes bien había dejado bastante hacienda para vivir honradamente, le hicieron asesinar un día, que salía de palacio. Vendió cara su vida el valeroso príncipe, matando dos de los asesinos, e hiriendo gravemente a otro; mas al fin cayó pasado de mil heridas, y murió con general sentimiento de sus vasallos, y más de los cristianos, a quienes amaba, y favorecía con particularidad.

Los ministros, que habían sido los autores de la conspiración, se apoderaron otra vez del gobierno: y para conservar alguna apariencia de majestad, colocaron en el trono a una hermana del rey, haciendo de ella un fantasma de reina. Un hecho solo le hará a vuestra reverencia conocer su autoridad y le dará una idea cabal de la grandeza, y poder del reino. Habiendo unos pescadores cogido un búfalo, que por no sé qué, se había echado en el mar, querían venderlo por motivo de interés; pero los oficiales de la reina se apoderaron del animal, y lo enviaron como un regalo de importancia a esta princesa. No lo tuvo mucho tiempo en su poder, porque uno de los gobernadores, a quien le dio gana de tenerlo, se le envió a pedir con despotismo. La reina, aunque sorprendida del modo nada cortesano del ministro, no tuvo otro partido que tomar, sino el de enviarle, excusándole de haberle admitido sin consentimiento suyo.

La tragedia, de que acabo de hablar, había sucedido dos, o tres años antes de mi llegada a *Cotate*. Esta ciudad, que es una de las principales de este pequeño estado, está repartida entre los ministros del reino, sin que la reina, si no me engaño, tenga en ella la menor autoridad. Se haya nuestra iglesia situada en el cuartel del primer ministro. Gasta once doce, o quince años en acabar su fábrica, sobrando seis meses para edificarla, porque los ministros, que no tienen más dios, que su interés, hacían a cada instante suspender la obra, para sacar más dinero: de suerte, que la iglesia ha costado cuatro veces más de lo que vale. El sitio, en que está, es lo que tiene de más apreciable, estando el santuario, y el altar en el mismo paraje, que ocupaba la cabaña, adonde San Francisco Xavier se retiraba por la noche a descansar, después de haber empleado el día en la instrucción de estos pueblos. Pegaron fuego los gentiles a la choza, con intento de hacerle morir en las llamas: fue reducida a cenizas, fin que al Santo, que no se movió de allí, se atreviese el fuego a quemarle un hilo de la ropa. Los cristianos, para

honrar un lugar tan santo, y milagroso, plantaron allí desde luego una gran cruz, que a poco tiempo hizo Dios respetable aún a los idolatras mismos, por una infinidad de milagros.

Me acuerdo haber leído en otro tiempo muchos, que trae el Padre Bartola en la *Vida del apóstol de las Indias*, y entre ellos, el milagro de las Lámparas de delante de la imagen del Santo en las cuales ardía el agua, como si fuera aceite. Como este prodigio duró por mucho tiempo, lo he hallado muy fresco en la memoria de los gentiles, y en el lugar mismo algunos me lo refirieron; pero por lo que mira a las lámparas no me causó poca admiración el no encontrar en la iglesia el gran número, que en otro tiempo ardía en ella. Una sola queda encendida día, y noche, y los gentiles vienen hoy día por devoción a llevarse aceite de ella, y juzgo que gastan tanto, como consume el fuego. Me habían también contado, que la estatua estaba toda cubierta de perlas: ninguna he visto, y no hay que admirarse, porque las revoluciones, que son frecuentes en este reino dan ocasión a los gentiles de saquear impunemente la iglesia, como lo demás del país: y los *Paravas*, que habitan la costa de la Pesquería, han llegado a tal pobreza, y desdicha, desde que no están sujetos a los portugueses, que no tienen con que adornar la estatua del Santo. La diadema, que adorna su cabeza, ha sido por muchos años de plomo; y poco ha, que se hizo una de plata, en que se han engastado algunos diamantes, que me regalaron, y que de todo corazón consagré al culto del santo.

Llegué a *Cotate* algunos días antes de la fiesta de San Francisco Xavier, y fui testigo del extraordinario concurso del pueblo, que cada año viene a esta solemnidad; acuden de más de veinte leguas: y el año que estuve allí, parecía que toda la costa de la Pesquería, y la de Travancor se había juntado. Los Padres jesuitas, a cuyo cuidado están la iglesia de estas dos grandes riveras, vinieron también con sus cristianos, y se aplicaron a oír confesiones la víspera, y el día de la fiesta.

Mucho sentía yo no poder ayudarlos en tan santo ministerio, por no saber la lengua del país: mas tuve el consuelo, mientras los Padres los confesaban, de dar la comunión a más de ochocientos cristianos. Llegada la hora de la misa mayor, se echaron los gentiles de la iglesia, y uno de los más famosos predicadores del país subió al púlpito, que se había puesto en una de las puertas de la iglesia, para que fuese oído igualmente de los que estaban afuera, y dentro de ella y pronunció la oración panegírica del Santo. Habiendo hecho una pintura de los trabajos del Santo Apóstol en la predicación de la fe en el reino de Travancor, cabo de Comodín, y costa de la Pesquería, se extendió sobre los prodigios que obraba, y continuaba haciendo cada día en la iglesia de *Cotate*, tomando por testigos a todos los oyentes de un milagro, que acababa el santo de hacer casi en aquella misma hora, y los refirió con todas sus circunstancias.

Viendo una idolatra, que uno de sus hijos, a quien tiernamente amaba, perdía la vista por una obstinada fusión, acudió a la intersección del santo apóstol, haciendo voto de dar a la iglesia de *Cotate* ocho *fanames*, que hacen como cuarenta cuartos de nuestra moneda, si su hijo sanaba de tan penosa incomodidad. Sanó del todo el hijo, y el padre vino a *Cotate* a cumplir su voto con su hijo, y le presentó al Santo, pero en lugar de ocho *fanames*, a que se había obligado, no dio más de cinco, y comenzaba ya a retirarse. Apenas llegó a la puerta de la iglesia, cuando mirando al niño, que llevaba en brazos, reparó que sus ojos, que estaban buenos, y sanos cuando le trajo a la iglesia, estaban en mucho peor estado que antes que hubiese hecho el voto. Atemorizado de un suceso tan funesto, y no dudando que fuese castigo del santo apóstol, por su mala fe en el cumplimiento de su promesa, se postra a los pies del altar, confiesa, y publica a todos la falta que ha cometido, y el caso que le sucede: ofrece las tres *fanames*, con que se había quedado, unta con el aceite de la lámpara del santo los ojos del

niño, y saliendo luego de la iglesia, ve con mucho gozo los ojos de su hijo, sin apariencia alguna de mal: da gritos, que el santo le ha oído; vuelve a entrar, y se echa otra vez a los pies del altar, para dar al santo gracias del favor, que segunda vez recibe por su intersección. Todos los cristianos y gentiles del concurso se persuadieron a que era milagro. El Padre, que predicó una hora después, hizo ver a los cristianos que en estos últimos tiempos no se había abreviado el brazo de Dios, y los exhortó a alabarle, y darle gracias por lo que acababa de obrar en su presencia, para confirmarlos más, y más en la fe. Procuró al mismo tiempo convencer a los idolatras, para quienes había Dios hecho el prodigio, a que reconociesen al único Dios todo poderoso, y creyesen unas verdades, que la majestad divina hacia cada día más ciertas con tantos, y tan esclarecidos milagros.

No me venía la menor duda, de que una cura tan auténtica, abriría los ojos a un gran número de gentiles, o a lo menos, de que el padre del niño pediría que le instruyesen a él, y a toda su familia; pero con la mayor extrañeza, y admiración vi, que de toda aquella infinidad de Infieles, que no podrían negar un hecho tan público, y tan palpable, ni uno siquiera pensó en hacerse cristiano. Miran a San Francisco Xavier como el mayor hombre, que ha nacido en estos últimos siglos; le llaman *Paria Pariar*, que quiere decir el gran Padre; y por más que se trabaja en instruirlos del culto, que le es debido, no se puede temer, que le pongan en la clase de sus falsas deidades. Con todo eso quedan con mucho sosiego en su error: y cuando les instamos para que se conviertan, responden con frialdad, que no pueden dejar su religión, por tomar la de una casta tan baja, y despreciable como la de los *Parangis*.

Casi en el mismo tiempo vino también una mujer cristiana a cumplir un voto, que había hecho. Catorce años llevaba de matrimonio, sin haber tenido hijos, lo que la afligía en extremo, porque entre estas gentes, no es de menor oprobio la esterilidad, que lo fue antiguamente

en el pueblo hebreo. Vino, pues, a *Cotate*, e hizo una novena al Santo, para alcanzar un hijo, a quien desde luego le ofreció por esclavo suyo. Así ofrecen en este país a sus hijos, y no vestirlos de algún hábito, como en otras partes. A cierta edad los llevan a la iglesia, y los declaran públicamente por esclavos del santo, por cuya intersección vinieron al mundo, o fueron perseverados de la muerte. Hecho esto el pueblo se junta, y se pone el niño en rifa, como un esclavo; y sus padres se lo llevan, pagando el precio mayor, que se ofreció por él. La mujer cristiana de quién hablo, habiendo tenido una hija en el año mismo que hizo el voto, la crió con cuidado por tres años, para que el precio que por ella ofreciesen, fuese más considerable, y por consiguiente su ofrenda fuese mayor; y vino después, según costumbre, á presentarla a la iglesia. El dinero, que se saca de esta especie de rescates, se gasta de ordinario en mantener huérfanos, o en dar de comer a los pobres, que de muy lejos vienen en peregrinación á *Cotate*.

No debo pasar en silencio otra calidad de voto, que vino un gentil á hacer en la iglesia; pocos días antes de la fiesta del Santo. Suele esta gente convenirse, y formar una compañía de quinientas, y de mil personas, á modo de lotería, o rifa. Echa cada uno por meses un *fanom* en una bolsa; ya he dicho, que un *fanom* vale como cinco cuartos de nuestra moneda. Habiéndose juntado la cantidad, que convinieron rifar, se juntan todos en el día, y lugar señalado. Cada uno escribe su nombre en una cédula separada, y se echan en una urna, o cántaro, y se les da varias vueltas, y revueltas en presencia de todos: hecho esto, llaman a un niño, que saque la cédula, y aquel, cuyo nombre sale el primero, se lleva todo el dinero. Por este medio inocente muchos, de muy pobres que eran, llegan a tener con que pasar honradamente, saliendo de miseria.

Un gentil, que había puesto su parte en dos rifas, y deseaba ganarlas ambas con notable ardor, vino un día antes a la iglesia de *Cotate*, y

prometió darle al Santo cinco *fanames*, si le favorecía en la primera rifa. Lleno de confianza fue con los demás a la plaza donde se habían juntado, y delante de todos publicó el voto, que había hecho el día precedente al *gran Padre*. Se burlaron todos del hombre; pero se convirtió presto [rápido] la burla en admiración, al ver que el primer billete, que se sacó, era el suyo. Tomó el dinero, y sin parar fue a la iglesia a dar gracias a su bienhechor, y pagar la deuda, que había contraído. Añadió, que si era tan feliz, que por su intersección ganase la otra suerte, doblaría de muy buena gana la ofrenda, que acababa de hacer. La confianza que le animaba fue tan viva, que habiendo vuelto a la plaza, dijo a sus asociados, que no tenían que esperar, porque el gran Padre de los cristianos, que le había protegido en la primera rifa, le favorecería también en ésta. En efecto algunos temieron el poder del santo: otros hicieron mofa de él, y muchos le apostaron a que no ganaba la suerte. Expone en estas apuestas la primera cantidad que había ganado. Escriben los billetes: los echan en la urna; los mezclan, y revuèlven: un niño los saca: y la cédula de este hombre vuelve a salir la primera, con grande admiración de los presentes, que no quisieron que en adelante entrase en sus rifas: poco cuidado le dio, habiendo ya ganado sumas considerables. No dejó de ir a la iglesia, y cumplir tan fielmente, como la primera vez, el voto que había hecho, y dio aún más de lo que había prometido. Se le habló, como puede vuestra reverencia imaginar, para que mudase de religión, y reconociese al verdadero Dios, en cuya virtud el gran Padre le había tan liberal, y milagrosamente favorecido. Ni dio respuesta, ni se siguió su conversión. Qué dolor jamado Padre mío, traspasar nuestros corazones, al ver la ceguedad tan lastimosa en que están sumergidos estos idolatras! y al ver como el demonio ha hallado el secreto de detenerlos en su esclavitud, inspirándoles un horror tan enorme de los europeos, por cuyo medio solamente pueden conocer la verdad! Porque no se puede

dudar, que el desprecio que hacen de nosotros, como *Parangis*, es la verdadera causa de su obstinación; pues vemos, que en el Maduré, y en otros reinos, en que los ministros del Evangelio no son tenidos por europeos, se convierte un gran número de infieles.

Pasada la fiesta de San Francisco Xavier, volví a *Topo*, habiendo dado palabra de volver a *Cotate* para las Pascuas de Navidad, a aplicarme muy de veras a la lengua malabar: hice mucho progreso en poco tiempo, porque el Padre Maynard me hizo el favor de enseñármela con tesón, y trabajo increíble. En todo el tiempo que viví con este amable misionero, bautizamos solamente siete, u ocho adultos de *casta* muy baja: el de mayor consideración era albañil, que hizo nuestra iglesia: como era dócil de genio, suave, y sin vicios, Dios le hizo la gracia de que penetrase las verdades de la fe; no obstante las densas nubes del *Parangismo*, que las eclipsa, y oculta de los ojos de los gentiles, que nos conocen por europeos; fue el primero a quien tuve el consuelo de enseñar el catecismo, y las oraciones en lengua malabar.

Pero lo que vi de mas singular, durante mi mansión en *Cotate*, fue la aventura de un famoso penitente idolatra, que había ocho, o nueve meses que recorría todo el país. El estado de este hombre era digno de compasión: se había hecho poner al cuello una especie de collar de rara hechura, que era una plancha de hierro de tres pies y medio en cuadro, gruesa a propósito, en medio de la cual había un agujero bastantemente ancho: después de haber entrado en ella la cabeza, hizo que se pusiese alrededor de la abertura una lámina de hierro, que cerraba el cuello, y le unía con la plancha con gruesos clavos bien remachados, para que no pudiese a su voluntad descargarse de carga tan pesada, y molesta. La plancha ajustada de modo dicho, no le dejaba echarse, ni apoyar la cabeza contra cosa alguna: y así cuando había de tomar algún descanso, era menester poner, o estacas, u otra cosa que mantuviese por ambos lados el terrible collar. Se había él mismo impuesto esta penitencia, con

el fin de juntar, recorriendo el país, una suma de dinero, que destinaba a abrir un *Tarpaculán*; esto es, un estanque de piedra en una llanura, donde por falta de agua, padecían los viajeros mucha sed; porque esa gente mira como devoción, y un modo de honrar a sus dioses, y una obra de las más meritorias, hacer depósitos de agua en los caminos reales; mantener a algunos, que den de beber a los pasajeros; o edificar unas grandes salas, donde los forasteros puedan retirarse, y ponerse al abrigo de la intemperie de la noche. Éste, de quien hablo, juzgó que el medio más eficaz para sacar limosnas, era mostrarse en la situación tan lastimosa, que acabo de referir: y había siete, u ocho días que le había yo encontrado en las calles de *Cotate* abrumado con el peso del enorme collar, recibiendo las limosnas, que con mano liberal le daban los gentiles. Me dio golpe su buena fisonomía; y sus modales, más humildes, y modestas que las que por lo común suelen ostentar los penitentes, que corren el país, me movieron a lástima: y me sentí en aquel mismo instante como inspirado de pedir a Dios nuestro Señor, que se compadeciese de aquel infeliz, que podría sufrir mucho por su amor, instruido de la obligación, que tienen todos los hombres, de amarle sobre todas las cosas, y a todas por él. No sé si Dios atendió a mis pobres ruegos; pero ocho días después extrañé mucho ver a la puerta de nuestra iglesia al penitente, que preguntaba por el *Gourou*; esto es, por el Padre. Pensé, que venía por limosna, y procuré darle a entender, que no tenía que esperarla de nosotros, por el fin que tenía en pedirla; pero como hablaba yo muy mal la lengua malabar, conocí, que él no me entendía. Avisé al Padre Maynard, que viniese a hablarle; vino y acercándose al penitente, le dijo: *¿Qué vienes a buscar en la iglesia de los cristianos, donde se adora al Dios verdadero, tú, que adoras a los ídolos, y eres esclavo de los demonios?* Respondió con modestia el penitente: *Vengo, porque me han dicho, que esta es la casa del verdadero Dios, y a ver si encuentro en él más consuelo, que en los dioses que adoro,*

de quienes no tengo razón de estar satisfecho, con todo lo que veis que hago, por servirlos. Vengo, pues, a tomar noticias de vuestro Dios, y a aprender a conocerle, para poner en paz mi espíritu, inquieto, y agitado mucho tiempo ha. Y añadió luego: ¿No es este el templo de aquel ser soberano, creador del cielo, y tierra, que recompensa a los que le sirven, y castiga con pena eterna a los que adoran a otros dioses? Yo he adorado, y servido a mis dioses, por no haber conocido otros mayores; pero si podéis convencerme, que el vuestro es superior a todos, renunciaré a todos ellos, y los dejaré para siempre.

Muy penetrantes nos fueron estas palabras, y hubiéramos derramado lágrimas de gozo, a no temer, que quizá pretendía engañarnos. Para probar, pues, su sinceridad por lo que creímos le sería más repugnante, le dijimos: *Si quieres conocer al soberano Señor, y aprender de nosotros las perfecciones infinitas, que le distinguen de tus pretendidas deidades, da principio, y muestras de ello, quitándote del cuello ese instrumento de tan vana mortificación que te abruma, y que no llevas sino por vanidad, y soberbia, y por honrar al enemigo del ser soberano; porque mientras estuvieres cargado de él, no entrará en tu corazón la palabra divina, o no podrá ser de tu gusto, y aprobación.* Tenía yo algún escrúpulo de obligarla a dejar su vestido de penitente, antes de entrar más en el asunto, y disponerle mejor a lo que quería de él, y temía que tal prueba le hiciese volver atrás; pero no mostró el menor sentimiento de hacerlo: *Pronto estoy (dijo) a despojarme de todo, si es menester, para conocer el soberano bien; mas no me le puedo quitar sin ayuda de un cerrajero.*

Si me fuera permitido comparar a un hombre aún idolatra con un gran santo, dijera, que no mostró el célebre San Simeón Estilita más sumisión, y prontitud para bajar de su columna, a la primera orden de los Padres del concilio, que éste, para renunciar las señales propias del penitente, de que hacía ostentación entre los gentiles. Vino el cerrajero, y con mucho trabajo, y después de mucho tiempo, pudo sacar los clavos, que tenían unido el pequeño collar al grande. Quién así lo

había clavado verisímilmente no pretendía, que en algún tiempo se desclavasen. En la iglesia misma de San Xavier libramos a este pobre esclavo de Satanás, del yugo que su formidable amo le había impuesto. La plancha pesaba tanto, que apenas yo la podría levantar del suelo; la colgamos en la pared cerca del altar, como despojo arrancado al mismo infierno, y como una de las más preciosas ofrendas, que jamás se han hecho al Santo. El penitente, al verse libre, parecía rebosar de alegría, por el gusto que se le acababa de hacer, y quizá por la esperanza que tenía, de que habiendo obedecido íbamos a instruirle en la ciencia del cielo. Sin perder tiempo empezó el Padre Maynard a explicarle los misterios de nuestra santa religión, y yo de mi parte a enseñarle las oraciones, y el catecismo, no estando aún bastantemente hábil en la lengua, para trabar conversaciones con él.

Bien que pareciese satisfecho de nuestras instrucciones, y que le agradase lo que le decíamos de la grandeza de Dios, y de su amor a los hombres, no obstante leíamos más de una vez en sus ojos, que algunos pensamientos tristes atormentaban su corazón. Los que le habían conocido en la ciudad, antes que hubiese venido a nosotros, le daban terribles aprehensiones, no precisamente por su mudanza de religión, sino porque se había hecho discípulo de los doctores *Parangis*, siendo él de las mejores castas del país. En efecto esta idea del *Parangismo* era la que tanto le molestaba. Luego que lo supimos, tomamos la resolución de enviarle a Maduré, para que allí le bautizase alguno de los nuestros, que viven allí vestidos como *Sanias*, o religiosos de las Indias. Le dijimos, pues, que nosotros no éramos más que *Gourous*, o doctores de las castas bajas, que viven en la costa, y que le convenía a él, que era hombre de calidad, ir a los doctores de las castas nobles, que viven tierra adentro, y ser del número de sus discípulos: que en el Maduré hallaría tales doctores, y que le enseñarían la ley del verdadero Dios: que fuese a buscarlos, y siendo bien instruido, le pondrían en el

número de los fieles. Este buen hombre, que nos había cobrado cariño, tuvo mucha repugnancia en tomar el partido que le proponíamos; pero en fin, habiéndole persuadido, que era para mayor bien suyo, nos creyó, y partió a buscar uno de nuestros misioneros, que le bautizó, y le envió a su país, para que trabajase en la conversación de sus parientes, hacia quienes mostraba tener mucho celo, y amor.

Entretanto hacia progresos en la lengua malabar, y el deseo que tenía de entrar cuanto antes en la misión de Maduré, me hacia parecer mas adelantado en ella, que lo que era en realidad. Me castigó Dios esta vanidad, haciendo que esta buena opinión de mí mismo, atrasase, en lugar de avanzar, mi entrada. El Padre Manuel López, de quien llevo ya hecha mención en esta carta, cayó malo a fines de febrero, y no hallando el Padre Provincial quien pudiese asistir a sus iglesias en la cuaresma, que se acercaba ya, me llamó a *Topo*, y me propuso, que fuese a pasar la cuaresma, al norte de la costa de Travancor, para cuidar del Padre López enfermo, y ayudar a los fieles en su ausencia, dándome palabra, de que pasada la Pascua, me enviaría a la misión de Maduré, que era el objeto de todas mis ansias. Represente [informé] a su Reverencia, que aún no me hallaba capaz de cumplir semejante comisión, y mucho menos en tiempo de cuaresma, y Pascua, en que todos se confiesan: que absolutamente no podía encargarme de la asistencia de las iglesias al norte del reino de *Travancor*, por estar allí la lengua malabar muy corrompida, y mezclada con la que llaman Malcamela; pero que sin embargo, si faltaban operarios en el tiempo Pascual para asistir a los cristianos, juzgaba hallar un medio y era, que enviase al norte de Travancor a algunos de los Padres que trabajaban en la costa de la Pesquería, y a mí a suplir en su ausencia, porque hablando bien los cristianos de esta costa la lengua *tamul*, podía entenderlos, y explicarme con mayor facilidad. Le pareció bien al Padre Provincial este expediente, y me envió a *Tala*, en la costa de la Pesquería.

Me puse en camino, y noté en mi viaje por tierra dos cosas, que no había observado, cuando doblé por mar el Cabo de Comorín. La primera es una iglesia dedicada a María Santísima en la punta meridional de este cabo; y más debajo de esta punta una roca, que se avanza en el mar, y forma una como isleta. A este peñasco se retiraron en tiempos pasados los cristianos de la costa de la Pesquería, huyendo del furor de los moros, que los perseguían con rabia: y les sirvió este paraje de asilo por muchos meses, viviendo todo el tiempo del pescado que cogía, y de las conchas, que podrían juntar al pie de la roca. Después se enarboló allí una cruz, que se descubre de muy lejos. La segunda cosa que reparé, es un gran Pagode de piedra, que está algo más tierra adentro que la iglesia de la Virgen, bien que en la misma punta. Como el Pagode está al norte, y sur, y directamente opuesto a las montañas, que separan el reino de Travancor del de Maduré, si se tirara una línea por el Pagode, y las montañas, distantes legua y media, se tendría una división exacta de los dos reinos: el de Travancor se extiende lo largo de la costa occidental, y el de Maduré, de la costa oriental; pero entrando más tierra adentro del lado del norte.

Puntualmente en el cabo de Comorín empieza la costa de la Pesquería, tan famosa por la pesca de las perlas: forma una especie de bahía, que es de más de cuarenta leguas, desde el cabo de Comorín hasta la punta de *Ramanancor*, adonde la isla de Ceilán se une casi con la tierra-firme por una cadena de rocas, que algunos europeos llaman puente de Adán. Cuentan los gentiles, que el puente es obra de los monos de los siglos pasados: y están persuadidos de que estos animales, más valientes, y hábiles, que los de su especie en estos tiempos, se hicieron camino desde la tierra firme a la isla de Ceilán, y pusieron en libertad a la mujer de uno de sus dioses, que habían llevado allá por fuerza. Lo que hay de cierto es, que el mar en su mayor altura tiene allí a lo más cuatro, o cinco pies de agua; de manera, que solamente

las chalupas, o baxeles chatos pueden andar en el paso que dejan las rocas, los navíos de Europa no pueden arrimarse a la costa, porque en toda ella quiebran terriblemente las olas. Solamente en *Tutucurin* pudieran pasar el invierno, por ser segura esta playa por dos islas que la abrigan. Siendo la costa de la Pesquería tan afamada por todo el mundo, hacía yo juicio de hallar allí muchos grandes, y opulentos pueblos: los había efectivamente en otro tiempo, más desde que el poder de los portugueses se disminuyó tanto en las Indias, y desde que no se hallan en estado de proteger esta costa, todo lo que había de considerable, ha sido abandonado, y arruinado. Hoy día no quedan sino unos pobres lugares; los principales son *Tala, Manapar, Alandaley, Pundicael* y pocos más. Exceptúo siempre a *Tutucurin*, que es una población de más de cincuenta mil habitantes, entre cristianos, y gentiles.

Cuando parecieron los portugueses en las Indias, los *Paravas*, pueblos de la costa de la Pesquería, gemían bajo la tiranía de los moros, que se habían hecho en alguna manera dueños del reino de Maduré. En esta necesidad tomó su jefe la determinación de implorar el socorro de los portugueses, y ponerse a sí, y a toda su *casta* en su protección. Los portugueses, siempre muy celosos de extender la religión cristiana, vinieron a protegerlos: mas con condición, de que abrazarían el cristianismo, a lo cual se obligaron los *Paravas*. Concluido este tratado, echaron los portugueses a los moros de todo el país, e hicieron diferentes establecimientos. En este tiempo llegó la costa de la Pesquería a ser una cristiandad muy florida por los trabajos tan sabidos de San Francisco Xavier, que edificó muchas iglesias, asistidas desde entonces por nuestros Padres con grandísimo celo, La libertad, que los *Paravas* tenían a la sombra de los portugueses de traficar con sus vecinos, los hacía ricos, y poderosos; pero desde que les faltó su protección, se ven oprimidos, y reducidos a la mayor necesidad. Su principal comercio viene hoy día de la pesca, y transportan el pescado tierra adentro,

para cambiarlo por arroz, y otras provisiones necesarias a la vida, de las cuales carece casi del todo esta costa, cubierta solamente de bosques erizados, y áridos, y abrazados arenales. No hallé otra cosa en el espacio de doce leguas, desde el cabo de Comorín hasta Tala; a excepción de siete, u ocho poblaciones, cuyas iglesias están anexas a la de dicho pueblo de Tala.

No pude sin lágrimas ver la miseria en que viven los pobres cristianos, que me eran encargados: procuré aliviar sus trabajos, que no pueden menos de ser muy meritorios, considerada la viveza de su fe, y su asistencia fervorosa a todos los ejercicios de devoción, que los han enseñado nuestros Padres portugueses. Uno de los medios que más contribuyen a hacer tan floreciente esta cristiandad, es el cuidado de enseñar desde luego el catecismo a los niños más tiernos. Esta santa costumbre se ha conservado, sin la menor interrupción, desde el tiempo de San Xavier. Estaba el Santo persuadido a que no puede la fe dejar de echar profundas raíces en los corazones, si desde la primera infancia se les instruye bien en los misterios, y preceptos de la religión. El tiempo ha mostrado, que no se engañó; porque en ninguna parte de las Indias se halla más temor de Dios, ni más confianza en la religión, que entre la gente *Parava*. Desde que empieza el niño a hablar hasta que toma estado, está obligado a ir cada día a la iglesia: las muchachas al salir el Sol, y los muchachos al ponerse. Dan principio rezando juntos las oraciones ordinarias de la mañana, y de la noche: después se reparten en dos coros, y sentándose en el suelo los demás, dos de los más aprovechados de cada coro, en pie, y en medio de la iglesia repiten todo el catecismo por preguntas, y respuestas: acabada la repetición, en que ellos solos hablan, lo pregunta a los dos coros que los han oído, y todos juntos responden a la pregunta que se les hace. Finalmente, el catecismo comprende no solamente la explicación de los misterios, y los preceptos de la religión; sino también el modo de confesar, y de



Processione di castrense degli Indiarum *Processione del Senalesi in Varacar*

En *Historia general...*, vol. 4, entre pp. 472-3

viéndolas correr por tanta abundancia de los ojos de estos fervorosos cristianos, quiénes, al juzgar por lo que se veía, no hubieran besado a Jesucristo en persona los pies con más agradecimiento, y ternura. Por la tarde se expuso la imagen del Santo Sudario, como se practica en muchas iglesias de Europa, y se renovaron en esta devota ceremonia los llantos, y suspiros: hablé también un poco sobre este triste asunto, y se hicieron las preces, e himnos en honra de la pasión de Nuestro Señor. Gasté el sábado Santo, el día de Pascua, y las fiestas en confesar a los que no habían todavía cumplido con esta obligación: después de lo cual partí a visitar segunda vez mis iglesias, con ánimo de instruir a fondo a aquellas personas, que en mi primera visita había hallado ignorantes; pero el mismo día, que me puse en camino, recibí carta del Padre Provincial, en la cuál me daba orden de entregar el cuidado de esta misión á dos Padres, que me enviaba, y al mismo tiempo me avisaba que me previniese para entrar sin tardanza en la misión de Maduré, conforme á la palabra que me había dado.

Al instante partí para Topo á recibir las órdenes, y últimas instrucciones de mi Superior. Me las dio, y tomé camino de Maduré; y pasando el cabo de Comodín, fui por *Tala, Manapar, Alandaley, y Punicael, a Tutucurín*. Esta ciudad dista casi igualmente de dicho cabo, que del paso de *Remanancor*. Como *Punicael* está sobre la orilla de un pequeño río, que entra por dos bocas en el mar, se va desde aquí fácilmente por agua a Tutucurín. Para esto se ha de observar la marea, y en el flujo se sube desde *Punicael*, que está en la primera boca, hasta la punta de los dos brazos del río; con el reflujó se baja hasta la segunda boca, y allí está *Tutucurín*.

Esta ciudad parece muy hermosa a los que arriban a ella por mar. Se descubren muchos edificios altos en las dos islas que la cubren, una pequeña fortaleza, que los holandeses han levantado algunos años ha, para defenderse de los insultos de los que salen del interior

del país, y muchos grandes almacenes orilla del mar, que hacen una bella vista; pero echando pie a tierra, desaparece toda esta hermosura, y no se halla sino una grande población hecha de palotes. Sacan los holandeses grandes riquezas de *Tutucurín*, aun no siendo absolutamente dueños de la ciudad. Pertenece toda la costa de la Pesquería, parte al rey de Maduré, y parte al príncipe de *Marava*, quien, poco ha, sacudió el yugo del de Maduré, de quien era tributario. Quisieron los holandeses, algunos años ha componerse con el príncipe de *Marava* sobre sus derechos en la costa de la Pesquería, y todo el distrito, que de ella depende; para eso le enviaron una célebre embajada con magníficos presentes. El príncipe los recibió, y dio grandes esperanzas, pero hasta ahora nada se ha efectuado.

Sin ser los holandeses dueños de la costa; se han portado muchas veces como si lo fueran. Años pasados quitaron a los pobres *Paravas* sus iglesias para convertirlas en almacenes, y sus casas a los misioneros para viviendas de sus factores. Los Padres ejercían entre los gentiles su ministerio con más libertad que entre los holandeses. El celo de los *Paravas* debía de haber ofendido a estos Señores, a quienes se les puso en la cabeza hacer que estos pueblos abrazasen su religión. Con este proyecto llamaron de Batavia²⁴ a un ministro para instruir, decían ellos, a estos pobres engañados; pero les salió muy mal la tentativa. En la primera conferencia que tuvo el jefe de los *Paravas* con el predicante, le confundió con este discurso.

Habéis de saber, Señor, que, bien que nuestra casta hubiese abrazado la religión católica, antes que aportase a las Indias el gran Padre, (hablaba de San Francisco Xavier) éramos cristianos, sólo de nombre, y gentiles en realidad. La fe que profesamos no echó raíces en nuestros corazones, sino a fuerza de muchos milagros, que obró nuestro grande apóstol en todos los pueblos de nuestra casta; por tanto, antes que nos habléis de mudanza de religión, habéis de hacer a nuestra vista, no solamente tantos milagros como ha hecho

el gran Padre, sino muchos más; que queréis probar que la ley, que queréis enseñarnos, es mejor que la que él nos predicó: y así empezad resucitando por lo menos doce muertos, porque San Francisco Xavier resucitó cinco, o seis en esta costa; sanad todos nuestros enfermos, haced que nuestro mar abunde otro tanto más en pesca, y hecho todo esto, veremos que respuesta os hemos de dar. El pobre ministro, no sabiendo qué replicar, y viendo el tono de voz, y la fortaleza, que no esperaba de un desdichado pescador, no pensó sino en volverse a embarcar con mucha presteza; pero antes que le dejasen partir los holandeses, quisieron probar si la violencia, sería más eficaz que la exhortación. Intentaron, pues, forzar a los Paravas a que fuesen a sus juntas de religión. Tuve el jefe de la *casta* la valentía de hacer poner en la puerta de la casa holandesa un cartel, en que se declaraba, que si algún *Parava* iba al templo de los holandeses, sería en el instante mismo tratado como rebelde a Dios, y traidor a su nación. Nadie, sino uno solo, tuvieron la tentación de ir. Era éste un hombre rico, poderoso, cuya fortuna dependía de los holandeses, y por no caer en su desgracia, tuvo la flaqueza de ir allá una vez.

Se avisó al jefe, y éste, animado de un celo semejante al de Phinees, resolvió hacer en él un escarmiento. Puso, pues, sus gentes en armas, cogió las bocacalles, para que a la salida del templo el reo no se le escapase, y al punto que se dejó ver, le hizo dar la muerte. Quisieron los holandeses defenderle; mas ya no era tiempo, y ellos mismos se vieron en necesidad de retirarse, por no irritar un pueblo determinado a mantener su religión a costa de su vida.

Gracias a Dios que han cesado estas persecuciones, y han venido directores más detenidos, y racionales, que lejos de inquietar a los pueblos, y hacerles violencia sobre su religión, han consentido, que vuelvan sus antiguos pastores a vivir en las poblaciones, y continúen sus ministerios, como los han ejercido desde el tiempo de San Francisco Xavier. Finalmente debe hacer justicia a los actuales directores,

y decir que he encontrado entre ellos hombres muy atentos, que ganan el afecto de los pueblos, y se hacen estimar de los misioneros, los cuales de su parte los han hecho servicios oportunos, y de no poca importancia.

Por lo que mira al comercio, que tienen los holandeses en esta costa, además de las telas que sacan de Maduré, y cambian con el cuero del Japón, y las especierías de las Malucas, sacan un provecho muy considerable de dos géneros de pesca, que se hacen en estos mares, la de las perlas, y las de los *Xanxus*. Estos son unas conchas grandes, semejantes a aquellas, con que pintan a los tritones. Es increíble cuan celosos son los holandeses de este comercio: le costaría la vida a un indio, si se atreviera a venderlas a otro que a la Compañía Holandesa; ésta la compra casi por nada, y enviándolas a Bengala, las venden muy caras. Las cierran por en medio, según su anchura; y como quedan redondas, y huecas, hacen de ellas brazaletes tan vistosos, como el marfil más brillante. Las que aquí se pescan con grande abundancia tienen su vuelta, o rosca de la derecha a la izquierda; y si se hallara alguna que la tuviera al revés de la izquierda a la derecha, sería un tesoro, que los gentiles apreciarían en millones; porque imaginan, que en un *Xanxus* semejante, se vio obligado uno de sus dioses a esconderse, para librarse del furor de sus enemigos, que le seguían por el mar.

La pesca de las perlas enriquece de otra manera a la compañía de Holanda. No la hace por su cuenta; sino da licencia a cada vecino del país, cristiano, gentil, o mahometano, para proveerse para la pesca del número de barcos, que pueda, y cada barco les paga sesenta pesos, y algunas veces más. Este derecho sube a una suma considerable, porque acuden a la pesca a veces seiscientos, o setecientos barcos. No deja a cada uno ir al paraje, que quiere, a pescar, sino al que ellos señalan. Años pasados determinaban los holandeses, por el mes de enero, el lugar, y tiempo, en que se había de pescar aquel año, sin hacer antes prueba,

ni ensayo; pero aconteciendo muchas veces, que la estación, o el sitio señalado no era favorable, y que había falta de otras, lo cual causaba notable perjuicio por los gastos que era preciso hacer de antemano, tomaron otro método; y el que hoy día practican, es el siguiente:

Al principio del año envía dicha compañía diez, o doce barcos al paraje donde se tiene ánimo de pescar. Se reparten los bancos a diferentes ensenadas, y cada uno de los buzos pesca algunos millares de ostras, que saca a la orilla. Cada millar se abre aparte, y se ponen también aparte las perlas, que en él se hallan. Si el valor de lo que se encuentra en cada millar monta a un peso, o más, es prueba de que en aquel sitio la pesca será muy ventajosa, y abundante; mas si lo que se saca de cada millar, se valúa solamente en seis reales poco más, o menos, como el provecho no abonaría con alguna utilidad los gastos, no hay pesca aquel año. Saliendo bien la prueba, y publicándose que habrá pesca, acuden al tiempo señalado de toda la costa un concurso grande de pueblo, y de barcos, con todo género de mercaderías. Los comisarios holandeses van allá de Colombo, capital de la isla de Ceilán, a asistir a la pesca. El día que se empieza dan la señal muy de mañana, disparando una pieza de artillería. Al punto parten todos los barcos, entran mar adentro, precedidos de dos grandes chalupas holandesas, las cuales echan ancora [ancla], una a la derecha y otra a la izquierda, para señalar los límites del paraje, donde se debe hacer la pesca, y los buzos sin perder tiempo se arrojan de los barcos en cuatro, o cinco brazas de agua. Cada barco tiene muchos buzos, y por su turno se echan al agua, entrando uno al punto que vulva el otro. Se atan con una cuerda, y esta se afianza a la entena²⁵ del barco, con tal disposición, que los banqueros, por medio de una garrucha, la pueden fácilmente aflojar, o tirar, según fuere menester. Cada buzo lleva una gruesa piedra atada al pie para zambullirse más aprisa, y una especie de saco prendido a la cintura para echar las ostras que coge. Llegando a lo hondo, junta

con ligereza las que halla a mano, y las echa en el saco; cuando halla más de las que puede llevar, hace de ellas un montón, y saca la cabeza fuera del agua para tomar aliento; y vuelve después, o envía a uno de sus compañeros, que las tome. Para subir, no tiene que hacer más que tirar un cordelillo diferente del cordel con que está atado, y uno de los marineros, que está en el barco, y tiene el otro cabo de la cuerda, para observar su movimiento, hace al instante señal a los demás, y en un abrir de ojos le tiran arriba: él de su parte, para subir más aprisa, desata, si puede, la piedra que tiene al pie. No se alejan tanto los barcos unos de otros, que no se encuentren los buzos, y combatan entre sí, para quitarse las ostras, que han amontonado.

No ha mucho tiempo que uno de los buzos, echando de ver que uno de sus compañeros le había hurtado varias veces seguidas las ostras, que con tanto afán había recogido, trató de poner en ello remedio: le perdonó la primera, y segunda vez; pero viendo que proseguía en su robo, le dejó zambullirse el primero, y siguiéndole de cerca con un cuchillo en la mano, le mató debajo del agua, y no percibieron la muerte hasta que sacaron el cuerpo del infeliz sin vida, y sin movimiento. No son las riñas lo que más tienen que temer en esta pesca, porque corren estos mares unos requiems, o lobos marinos tan fuertes, y tan terribles, que se llevan consigo a los buzos, y las ostras, sin que jamás vuelvan los pobres a parecer.

El aceite que se dice, que los buzos se ponen en la boca, o la especie de campana de vidrio, en que dicen que se encierran, son cuentos ridículos, o de personas poco instruidas. Como desde la primera edad se acostumbran los habitantes de la costa a zambullirse, y a detener el aliento, se hacen en ello muy diestros, y según su habilidad son pagados. Con todo eso el oficio es de tanto trabajo, que no pueden bajar al fondo más de siete, u ocho veces al día. Algunos se dejan llevar tanto de la codicia de coger ostras, que pierden la respiración, y la cabeza;

tiempo de la pesca reinan, por lo común, en esta costa grandes enfermedades, ya sea por el concurso extraordinario de gente, que acude de todas partes, y no está bien alojada, o ya sea porque muchos viven, y se alimentan de la carne de las ostras, que es dañosa, e indigesta; o ya en fin por causa de la infección del aire, porque la carne de las ostras expuesta a los ardores del sol, se corrompe en pocos días, y exhala una hediondez tal, que ella sola puede producir enfermedades contagiosas.

La pesca, que en este año se ha hecho en *Tutucurin*, ha sido desgraciada. La prueba fue muy feliz, y acudieron gentes de todas partes; mas cuando se hizo la abertura a últimos de marzo, se vio, con no poca admiración, que todos los buzos juntos habían pescado solamente dos, o tres millares de ostras, y casi todas sin tener perlas. La aflicción creció en los días siguientes, porque, desapareciéndose las ostras, no se halló siquiera una. Atribuyeron muchos este triste acaso a las corrientes, que habían acarreado mucha arena, la cual sepultó las ostras, pero es mucho más creíble, que fue castigo del cielo. Desde tiempo inmemorial estaba en uso dar a la iglesia más cercana al paraje, donde se hacia la pesca, las perlas primeras que cogían los pescadores cristianos; pero este año, antes de dar principio a la pesca, resolvieron no guardar una costumbre tan piadosa, y antigua: lo que da razón de pensar, que ha querido Dios castigar la ingratitude, y avaricia de los autores de tal economía. Los moros mismos, y los gentiles no han discurrido otra causa de esta desgracia. Los cristianos, y los amos, para quienes trabajaban, han reconocido su culpa, mas la pesca se ha perdido con grande daño de los holandeses, de los vecinos de la costa, y de muchos extranjeros, que habían adelantado grandes sumas. Como no hacía más de dos meses, que esto había surdido, cuando llegué a *Tutucurin*, era todavía el asunto de las conversaciones comunes, y muchos no habían vuelto aún del susto, y consternación, que les había causado.

Entretanto que me informaba de esta manera de las novedades del país, escribí al Padre Xavier Borghese²⁷, misionero de Maduré, que se hallaba el más cercano a *Tutucurín*, avisándoles de mi designio, y pidiéndole que me enviase quién me dirigiese; y al mismo tiempo suplicándole que me remitiese sus instrucciones sobre el modo de portarme en la entrada del país, que era ya de antiguo el objeto de mis deseos. El Padre, que era de la ilustre casta de los príncipes Borgheses de Italia, me respondió con la misma cortesía, que si el tiempo fuera favorable, lejos de valerse de guías, que me condujesen, vendría en persona a Tutucurin a recibirme, y servirme; pero que estando todo el país en armas, si me ponía en camino, me exponía a riesgo manifiesto de ser robado, o muerto. Añadió, que acababan de prender al Padre Bernardo de Saa, su vecino, por haber convertido a un hombre de alta casta, y que le habían arrastrado delante de los jueces, y a grandes golpes hecho saltar de la boca algunos dientes, desgarrando al mismo tiempo a los catequistas con azotes: que el levantamiento contra los cristianos era general en todo el país: y que en fin, hallándose él mismo en cada instante con peligro de ser preso, no podía aconsejar a otro, que no conocía el terreno, viniese a donde él estaba en tan malas circunstancias. Me fue muy sensible la persecución contra los cristianos, pero mucho más el no serme permitido participar de sus aflicciones. Con todo eso, sin acobardarme de su respuesta, que parecía quitarme todo esperanza, volví a escribirle, suplicándole que hiciese todo esfuerzo para que yo pudiese entrar en mi deseada misión; añadiendo, que si no venía en lo que pedía, estaba resuelto a embarcarme, y buscar entrada, o por el reino de *Tanjavur*, o por cualquier otro paraje, y que no había peligro, ni dificultad capaz de detenerme. Por mi fortuna cayó esta segunda carta en canos del Padre Bernardo Saa, que acababa de ser desterrado por la fe de donde había estado, después de haber sido tratado cruelmente: y había dos, o tres días, que se había retirado a *Camien-naiken-patty*. Allí

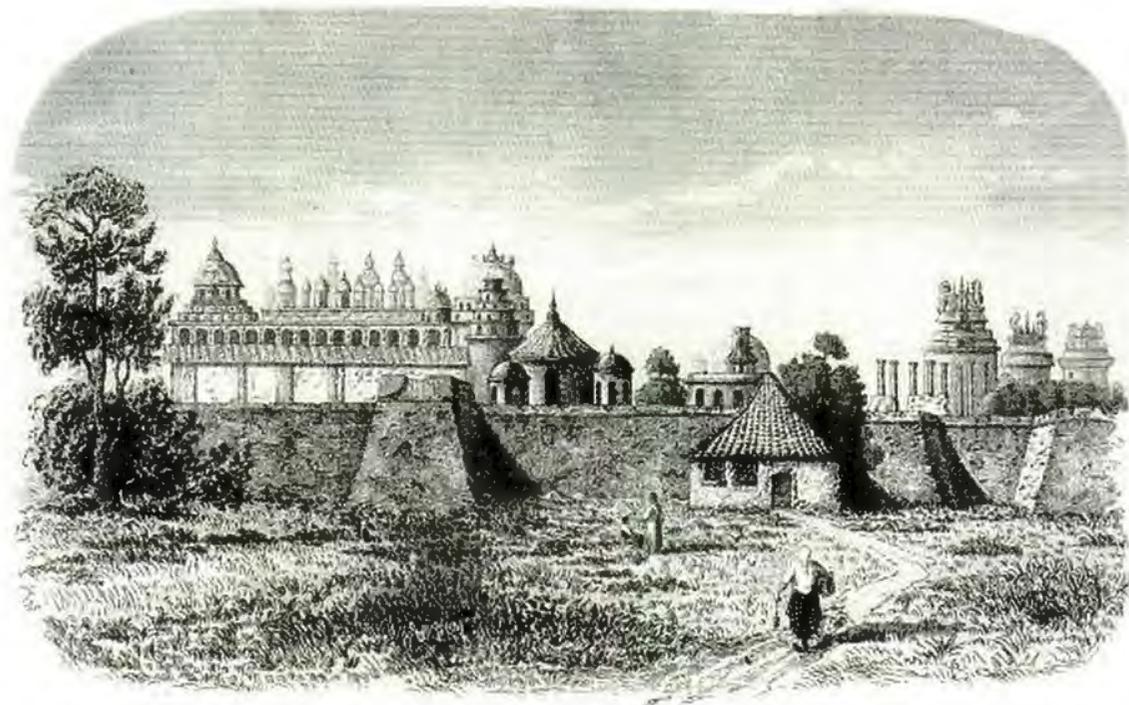
recibió mi carta, y la abrió, según la licencia que para ello le había dado el Padre Borghese. Viendo a un hombre así arrestado a todo trance, creyó que sería inútil hacerme ir a buscar entrada a la misión por otra parte, hallándome tan cerca, y que peligro por peligro, valía más que yo me fiase de los del pueblo de donde estaba señalado, que de otros, con riesgo de perecer sin fruto alguno. Así me lo escribió enviándome sus catequistas para que me sirviesen de conductores. La llegada de estos cristianos tan esperados, entre los cuales había algunos que habían padecido mucho para la verdadera religión, me causó singular gozo, y alegría. Partí con ellos sin dilación de *Tutucurín*, domingo por la tarde, fiesta de la Santísima Trinidad, día en que se lee en el Evangelio de la misa el orden, que dio Nuestro Señor a sus apóstoles, de ir a predicar el Evangelio por todo el mundo. Salí de la ciudad, como que iba a confesar a un enfermo, y a la entrada de la noche, hallándome en el bosque, quitándome el vestido ordinario de jesuita, me puse el de los misioneros de Maduré. Se volvieron los *Paravas*, que hasta allí me habían acompañado, y me entregué a la conducta de mis guías; o por mejor decir, a la providencia de Dios Nuestro Señor. Marchamos casi toda la noche con grande oscuridad, hasta que salió la luna. Querían mis conductores salir del camino real, y conducirme por medio del bosque, para apartarse de un pequeño castillo, cuya guarnición suele hacer grandes extorsiones a los viajeros, y en las circunstancias era mucho más de temer estando en armas el reino. Mas, o fuese que los guías tomaron mal las sendas, o que se engañasen en las tinieblas de la noche, nos hallamos sin pensar casi al pie de la fortaleza, y precisados a pasar por cerca del cuerpo de guardia, que estaba en la puerta. Tomé al punto mi partido de no mostrar ni miedo, ni desconfianza, y dije a mis compañeros, que hablasen entre sí, como si fueran paisanos del pueblo vecino. Siguiéron mi consejo, levantaron la voz, y con un aire familiar hablaron a algunos de los soldados como gentes del país.

Nos salió la estratagema con facilidad, y pasamos adelante, sin que a ninguno de la guardia diese la gana de examinar quienes éramos. Así vela la divina Providencia sobre nosotros.

Pasado el peligro, proseguimos nuestro camino, y llegamos un poco antes de que fuese de día a *Camien-naiken-patti*, donde me esperaba el Padre Saá con gran inquietud, por haber sabido que el día antes se había hecho un robo considerable en el camino mismo, que debía yo tomar. No puede explicar a vuestra reverencia el gozo, y ternura con que me abrazó este confesor de Jesucristo, que acababa de verse libre de la cárcel, y de los golpes de los enemigos del nombre cristiano, ni el consuelo, que Dios me llenó al tomar posesión de esta tierra de bendición, después de tantos suspiros, trabajos, caminos, y sustos de nunca llegar a ella. Ahora debiera dar a vuestra reverencia cuenta de la nueva persecución, y del estado actual de las iglesias; pero es ya muy larga esta carta, y me remito con su licencia a la primera ocasión, en que tendré la honra de comunicar a vuestra reverencia muchas cosas muy curiosas. Entretanto me encomiendo más que nunca en sus santos sacrificios, como encomiendo también a los discípulos, que el Señor me quisiere dar. Y quedo con mucho respeto.

Reverendo Padre mío, su muy humilde, y muy obediente servidor,
Pedro Martín, misionero de la Compañía de Jesús.

Tomada de Cartas edificantes, y curiosas escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la compañía de Jesús. Traducidas del idioma francés por el Padre Diego Davin de la Compañía de Jesús. Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernández, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, y de la Reverenda Cámara Apostólica, 1753, Vol. 3, pp. 1-57.



Vue de l'Armée de Madureira

Vista del Armado en Madureira

Vista del brazenas en Madureira

En *Historia general...*, vol. 3, entre pp. 182-3

de merecer su atención. Se enderezan todas a probar que los indios han tomado su religión de los libros de Moisés, y de los profetas: que todas las fábulas con que han llenado sus escritos no han obscurecido tanto la verdad, que no se pueda conocer; y en fin, que además de la religión del pueblo hebreo, que aprendieron a lo menos en parte por su comercio con los judíos y egipcios, se descubran ente ellos algunas huellas bien señaladas de la religión cristiana, que les predicó el apóstol Santo Tomás, Panteno y otros grandes hombres de los primeros siglos de la Iglesia.

No dudo señor, que vuestra señoría ilustrísima me perdonará la libertad, que me tomó de enviarle esta carta. He creído que unas reflexiones, que pueden ser útiles para confirmar y defender nuestra santa religión, debían ser en justicia dirigidas a vuestra señoría ilustrísima como más propias a una persona, que ha demostrado la verdad de nuestra fe con la más vasta erudición, y con el más exquisito conocimiento de la antigüedad sagrada y profana.

Me acuerdo señor, de haber leído en su erudito libro *De la demostración evangélica*, que la doctrina de Moisés había penetrado hasta en las Indias: y su cuidado en notar los autores cuánto en ellos se encuentra de favorable a la religión, ha hecho que vuestra señoría ilustrísima anticipase una parte de las cosas, que tenía yo que decir. Añadiré, pues, lo que precisamente he descubierto de nuevo en los mismos lugares con la lectura de los más antiguos libros de los indios, y con la correspondencia, que he mantenido con los sabios del país.

Es cierto, señor, que por lo común los indios no han dado en los absurdos del ateísmo. Tienen de la divinidad ideas bastantemente ajustadas, bien que alteradas, y corrompidas con el culto de los ídolos. Reconocen a un dios infinitamente perfecto, existente en toda la eternidad, y que comprende así en sí los más excelentes atributos. Hasta aquí van bien, y conformes con el concepto de la divinidad, que

tenía el pueblo de Dios. Ahora entra lo que con tanta desgracia suya ha añadido la idolatría.

Aseguran los más de los indios, que el gran número de dioses, que al presente adoran, son unos meros dioses subalternos, sujetos al supremo ser, igualmente señor de los dioses y de los hombres. Este gran dios (dicen ellos) es infinitamente superior a todos los entes, y esta incomprendiblemente distancia impide toda comunicación con las pobres criaturas. En efecto (prosигuen) ¿qué proporción entre un ser infinitamente perfecto, y unas criaturas llenas, como nosotros lo somos, de imperfecciones y miserias? Por ello, según ellos, *Parabaravastou*, esto es, el dios supremo, creó tres dioses inferiores; es a saber *Brahma*³⁰, *Vishnu*³¹ y *Routren*, dando al primero el poder de crear, al segundo el derecho de conversar, y el tercero el derecho de destruir.

Pero estos tres dioses, que adoran los indios, son, según sus sabios, los hijos de una mujer a quien llaman *Parachatti*, que quiere decir Poder supremo. Reduciendo esta fábula a lo que era en su origen, se descubrirá fácilmente la verdad, por afeada que esté con las manchas de ideas ridículas, que le ha añadido el espíritu de la mentira.

No pretendían los primeros indios significar otra cosa, sino todo cuanto se hace en el mundo, o por la creación, que atribuyen a Bruma, o por la conservación, que es la jurisdicción de *Vishnu*, o en fin por las diferentes mudanzas, que son la obra de *Routren*, viene únicamente del poder absoluto del *Parabaravastou*, o del dios supremo. Estos entendimientos carnales hicieron después una mujer de su *Parachatti*, dándole tres hijos, que son los principales efectos de la omnipotencia. En efecto *Chatti* significa en la lengua indiana poder y *Para* supremo o absoluto.

Esta idea, que tienen los indios de un ser infinitamente superior a las otras divinidades, denota a lo menos, que en realidad no adoraban sus antepasados sino a un dios, y que no se introdujo

asunto es, que formó al hombre de lodo de la tierra todavía nueva, y reciente. A la verdad le costó su obra algún trabajo: la empezó algunas veces y hasta la tercera tentativa no se hallaron ajustadas sus medidas. Esta última circunstancia fue añadida por la fábula, y nadie se admire que un dios de segunda clase tuviese necesidad de haber sido aprendiz para crear al hombre con la perfecta proporción de todos los miembros de que se compone; pero si se hubieran atendido a lo que la naturaleza, y verosímilmente el comercio de los judíos les había enseñado de la unidad de Dios, se hubieran contentado con lo que por el mismo camino habían aprendido de la creación del hombre, y se hubieran detenido en los límites de decir, como ahora lo hacen con la Sagrada Escritura, que el hombre fue formado del cieno de la tierra nuevamente creada por las manos del creador.

No es esto todo, señor. Ya que estaba creado el hombre por Bruma con el trabajo, que acabamos de referir, el nuevo creador, tanto más se enamoró de su criatura, cuanto más le costó perfeccionarla. Veamos ahora cómo se colocó esta en una morada digna de su perfección.

Es magnífica en la escritura la descripción que se hace del paraíso terrenal. No lo son menos los indios en los retratos, que hacen de su *Chorcám*. Según ellos, es un jardín de delicias, adonde se hallan todas las frutas en abundancia, y también se halla un árbol, cuya fruta comunicaría la inmortalidad si fuera concedido comer de ella. Sería muy extraño que unos hombres, que jamás hubieran oído hablar del paraíso, hubieran hecho, sin saberlo, una pintura, que tanto se le parece.

Lo que hay de más maravilloso, señor, es que los dioses inferiores, que desde la creación del mundo se multiplicaron infinitamente, no tenían seguridad de lograr la inmortalidad, en que tanto se interesaban. A esta ocasión cuentan los indios una historia: y por fabulosa que parezca, seguramente no tiene otra fuente, que la doctrina de los hebreos, y quizá también de los cristianos.

Los dioses (dicen los indios) tentaron todos los caminos para llegar a la inmortalidad. A fuerza de reflexionar les vino el pensamiento de recurrir al árbol de la vida plantado en el Chorcám. Les salió bien este medio, y comiendo de cuando en cuando de la fruta del árbol, se conservaron el precioso tesoro, que tanto les importaba no perder. Una famosa serpiente, llamada *Cheien*, viendo que los dioses de segunda orden habían descubierto el árbol de la vida, como según toda apariencia estaba entregado a su cuidado, concibió tan grande cólera de la sorpresa que se habían hecho, que al instante arrojó una gran cantidad de veneno, inficionando toda la tierra, de manera que no se libró ni un hombre de este mortal veneno. Pero tuvo lástima el dios Chiven de la naturaleza humana; y pareciendo en la forma de hombre, se tragó, sin más ni más, todo el veneno con que había inficionado el universo la maliciosa serpiente.

Ya se ve vuestra señoría ilustrísima que conforme adelantamos se aclaran algo las cosas: le pido aún un poco de paciencia para oír una nueva fábula, que voy a contar, porque ciertamente engañaría a vuestra señoría ilustrísima si me empeñara en contarle cosas más serias: no costaría dificultad sacar de ella la historia del diluvio, y sus principales circunstancias, como las refiere la Escritura. El dios *Routrén*, quiero decir, *el gran destruidor de las cosas creadas*, tomó un día la resolución de anegar a todos los hombres, de quienes afectaba tener algunos motivos de queja. No pudo ser tan secreto su designio, que no fuese conocido a tiempo por *Vishnu*, el conservador de las criaturas. Ya verá vuestra señoría ilustrísima que le debieron éstas en tan terrible lance la más esencial obligación. Averiguó, pues con exactitud el día en que había de suceder el diluvio. No alcanzaba su poder a suspender la ejecución de los proyectos del dios *Routrén*; más su calidad de dios conservador de cosas creadas, le autorizaba a embarazar, por todos los medios posibles, tan pernicioso efecto. Se valió, pues, de la astucia siguiente.

Se apareció, pues, un día a su gran confidente *Sattivarti*, y le avisó en secreto, que dentro de poco sucedería un diluvio universal, en que la tierra sería inundada, y que no menos pretendía Routrén, que acabar con todo el género humano, y con los animales. Le afirmó no obstante, que en cuanto a su persona no tendría que temer, y que a pesar de Routrén hallaría modo de conservarle, y que por su parte tomaría Providencia para volver a poblar el mundo. Su ánimo era hacer parecer una barca portentosa cuando más descuidado estaría Routrén, y encerrar en ella una buena provisión a lo menos de ochocientos y cuarenta millones de almas, y semillas de entes; pero que era condición precisa, que se hallase *Sattivarti* al tiempo del diluvio sobre cierto monte muy alto, que tuvo cuidado de señalarle, y hacer que lo conociese bien. Algún tiempo después, como se había profetizado, vio *Sattivarti* una infinidad de nubes que se juntaban, y con ánimo sereno miró la tempestad, que se formaba sobre la cabeza de los culpados. Cayó del cielo la más terrible lluvia, que jamás se ha visto. Crecieron los ríos, y con rapidez cubrieron toda la superficie de la tierra. Rompió el mar sus diques, y mezclándose con los ríos, que habían salido de madre, cubrió en poco tiempo las montañas más elevadas: árboles, animales, hombres, ciudades, reinos, todo fue sumergido: perecieron y fueron destruidos todos los entes animados.

Entretanto *Sattivarti*, con algunos de sus penitentes, estaba retirado sobre la montaña. Allí esperaban el socorro prometido: y no dejó de tener algunos ratos malos de susto. El agua, que tomaba sin cesar continuas creces, y se acercaba insensiblemente a su morada, le ponía de cuando en cuando en terrible consternación; pero en el instante en que se daba por perdido, vio aparecer la barca en que se había de salvar. Entró en ella sin perder tiempo, con los devotos que le acompañaban: en ella se hallaron encerrados los ochocientos y cuarenta millones de almas y semillas de entes.

Toda la dificultad estaba en conducir la barca, y fortificarla contra el ímpetu de las olas, que estaban en furiosa agitación. Dio providencia el dios *Vishnu*, haciéndose al punto pez, y valiéndose de su cola como de timón para gobernar el navío. El dios pez y piloto, maniobró con tanta destreza, que espero *Sattivarti* con mucha paz en su asilo, que las aguas corriesen encima de la superficie de la tierra. Bien ve vuestra señoría ilustrísima que la aplicación es clara, y que no se necesita de mucha penetración para descubrir en esta relación, mezclada de fábulas y ridículas imaginaciones, lo que nos enseñan los libros sagrados del diluvio, del arca, y de la conservación de Noé con su familia. No pararán en esto nuestros indos, y después de haber desfigurado a Noé bajo del nombre de *Sattivarti*, podrían también haber atribuido a *Brahma* las aventuras más singulares de la historia de Abraham. Daré de ello algunas pinceladas, que me parecen muy conducentes.

Desde luego podría apoyar mis conjeturas con la conformidad del nombre. Es claro que no hay mucho trecho entre Brama y Abraham, y ojalá nuestros eruditos, en materia de etimología, no hubiesen adoptado otras menos racionales, y más violentas.

Este Brahma, cuyo nombre es tan parecido al de Abraham, se había casado con una mujer, a quien llaman todos los indios *Sarasuadi*. Hará juicio vuestra señoría ilustrísima del peso, que añade a mi primera conjetura el nombre de esta mujer. Las dos últimas sílabas de la palabra *Sarasuadi* son en lengua de los indios una terminación honorífica; y así *uadi* corresponde a nuestra palabra Señora. Se halla este final en los nombres de muchas mujeres distinguidas, como en el de *Paruadi*, mujer de Routrén. Es, pues, evidente que las dos primeras sílabas de la palabra *Sarasuadi*, que componen enteramente el nombre de la mujer de Brahma, se reducen a *Sara*, nombre de la mujer de Abraham.

Aún falta otro rasgo muy singular. Brahma entre los indios, como Abraham entre los judíos, fue cabeza de muchas *castas* o *tribus* dife-

rentes. Se conformaron los dos pueblos bastante en el número de las tribus. En *Ticherapali*, adonde está el más famoso templo de la India, se celebra cada año una fiesta, en la cual lleva delante de sí un venerable anciano doce niños, quiénes, según ellos, representan a los doce jefes de las principales castas. Es verdad que algunos doctores son de opinión, que en esta fiesta hace el anciano el papel *Vishnu*; pero no es el parecer común de los sabios, ni del pueblo, los cuáles por lo común piensan que Brahma es el jefe de todas las tribus.

Sea lo que fuere de esto, señor, no juzgo que para reconocer en la doctrina de los indios la de los antiguos hebreos, sea menester que todo se encuentre en perfecta conformidad de una parte, y otra. Los indios reparten muchas veces en diferentes personas lo que nos cuenta la escritura de una sola, o juntan en una sola la que distribuye la escritura entre muchas; pero esta diferencia, muy lejos de destruir nuestras conjeturas, debe servir, si no me engaño, para apoyarlas: y creo que la semejanza demasiado afectada, servirá solamente para hacerlas sospechosas.

Esto supuesto, señor, prosigo en referir lo que sacaron los indios de la historia de Abraham, o atribuyéndolo a Brahma o haciendo de ello honor a alguno de sus dioses, o de sus héroes. Honran los indios la memoria de uno de sus penitentes, quién, como el patriarca Abraham, se dispuso a sacrificar su hijo a uno de los dioses del país. Le había pedido esta víctima, pero se contentó con la buena voluntad del padre, y no permitió que llegase a su ejecución. No obstante dicen algunos, que fue sacrificado el hijo, pero que le resucitó el dios.

En una de las castas de las Indias hallé una costumbre, que me sorprendió, y es la que llaman la Casa de los ladrones. No adelante vuestra señoría ilustrísima su juicio creyendo, que porque en estos pueblos hay una tribu entera de ladrones, todos los que son de tan honrado oficio componen un cuerpo particular, y gozan, a exclusión de todos los otros,

estas palabras: ¿Cuándo nacerá el Salvador? ¿Cuándo aparecerá el redentor?

El sacrificio del carnero, en mi juicio, tiene mucha relación con el del cordero pascual: porque se ha de notar, que como tenían obligación los judíos de comer parte de la víctima; así los brahmanes, aunque no comen carne, están dispensados de su abstinencia el día que ofrecen el sacrificio del *Ekiam*, y la ley los obliga a comer el carnero que se sacrifica, y por ello lo reparten entre sí los brahmanes.

Adoran muchos indios al fuego: aun sus dioses han inmolido víctimas a este elemento. Tienen un precepto en el sacrificio de Omán, por el cual se les manda conservar siempre el fuego, y no dejar que en algún tiempo se apague. El que asiste al *Ekiam* debe todas las mañanas, y noches echar leña al fuego para conservarlo. Diligencia tan escrupulosa corresponde muy bien con el precepto del Levítico (capítulo v, versículos 12 y 13). *Ignis in altari semper ardebit, quem nutrit sacerdos, subjiciens ligna mané per cingulos dies*³². Todavía llega más allá el respeto que tienen los indios al fuego, pues se precipitan por sí mismos en las llamas. Bien dirá vuestra señoría ilustrísima y yo también lo digo, que mejor les hubiera sido el no haber añadido esta cruel ceremonia a lo que aprendieron de los judíos en esta materia.

Tienen también los indios un alto concepto de las serpientes: creen que estos animales tienen algo de divino, y que su vista proporciona dichas, y así adoran mucho a las serpientes, y les hacen profundas reverencias; pero estos animales, poco agradecidos, les pagan con crueles mordeduras. Si la serpiente de bronce, que mostró Moisés al pueblo de Dios, cuya vista los sanaba, hubiera sido tan cruel como las serpientes vivas de los indios, seguro está, que jamás los judíos hubieran tenido tentación de adorarla.

Digamos en fin, señor, algo de la caridad de los indios con sus esclavos: los tratan como si fueran hijos suyos, ponen gran cuidado en

criarlos bien, proveen con generosidad a todo lo que han menester, nada les falta, ni vestido, ni alimento, y los ponen en estado, y casi siempre en libertad. Se diría que a los indios, como a los israelitas, dirigió Moisés los preceptos que leemos en este asunto en el Levítico.

Quién diría, pues, señor, con alguna probabilidad, que los indios no tuvieron antiguamente algún conocimiento de la ley de Moisés. Lo que cuentan de su ley, y de Brahma su legislador, deshace, a mi parecer, la duda, que pudiera quedar en esta materia. Dio Brahma la ley a los hombres, y es el *Veda*, o libro de la ley, que los indios respetan como infalible. Según ellos, es la pura palabra de dios, dictada por *Abadán*, esto es, por aquel que no puede engañarse, y que por esencia dice verdad. Este libro o *Veda* se divide en cuatro partes; y según la opinión de muchos indios doctos, hubo antiguamente otra quinta parte, que por injuria de los tiempos pereció, y no ha sido posible recobrar.

Es imponderable la estimación de los indios por la ley, que recibieron de su Brahma. El profundo respeto con que la oyen, la elección de personas a propósito para hacer su lectura, la disposición de ánimo con que deben asistir a ella, y otras cien circunstancias semejantes, concuerdan perfectamente con lo que sabemos de los judíos en lo tocante a la Ley Santa y a Moisés su legislador. La desgracia es, señor, que el respeto de los indios para su ley, es la causa porque nos la ocultan como un misterio impenetrable. No obstante he pedido por medio de algunos doctores averiguar lo bastante, para mostrar que los libros del Pentateuco de Moisés. La primera parte del *Veda*, que llaman es *Irroucou Veda*, trata de la primera causa, y del modo con que fue creado el mundo. Lo que me han contado de más singular, y que viene más a nuestro asunto, es, que en el principio no había más que dios y agua, y que dios era llevado sobre ella. Fácil es de notar la conformidad de esta expresión con el primer capítulo del Génesis.

He sabido por muchos brahmanes, que en tercer libro, que llaman *Samavedám*, hay muchos preceptos de moral, lo que puede tener mucha semejanza con los preceptos morales, que contiene en Éxodo.

El cuarto libro, que tiene por nombre de *Adananavedám*, incluye los diferentes sacrificios, que se deben ofrecer, las calidades necesarias en las víctimas, el modo de edificar templos, y las fiestas, que deben celebrar en ellos. Casi, sin adivinar, es una idea, según pienso, tomada de los libros del Levítico, y del Deuteronomio.

En fin, señor, para que nada falte al paralelo, como recibió Moisés la ley en el famoso monte *Sinaí*, también en la célebre montaña de *Mahamerou* se halló Brahma con el Veda de los indios. Es esta montaña la misma, que los griegos llamaron *Meros*, donde dicen que nació Baco y que tuvieron su morada los dioses. Añaden los indios, que aun ahora esta montaña es el paraje en que están situados sus chorchams, o diferentes paraísos, que reconocen.

No es razón, señor, que después de haber hablado con bastante extensión de Moisés, y de la ley, no digamos una palabra de María hermana de este gran profeta. Mucho me engañó, o su historia no fue ignorada por los indios.

Dice la Escritura de María, que después del paso milagroso del mar Rojo, junto a las mujeres israelitas, tomó instrumentos musicales, y con sus compañeras se puso a danzar y cantar las alabanzas al Todopoderoso. Allá va un rasgo parecido, que cuentan los indios de su famosa *Lakeoumi*. Esta mujer, como María hermana de Moisés, salió del mar por una especie de milagro. Apenas se vio libre del peligro en que se había visto de perecer, cuando vio un baile magnífico, en el cual danzaron todos los dioses, y diosas al son de los instrumentos.

Fácil fuera, señor, saliendo de los libros de Moisés, recorrer los demás libros históricos de la Escritura, y hallar en la tradición de

nuestros indios con que proseguir mi comparación; pero temo que la demasiada exactitud canse a vuestra señoría ilustrísima y me contentaré con añadir una o dos historias, que me han dado más golpe y vienen más al caso.

La primera que se me ofrece es la que los indios publican con el nombre de Arichandirén. Este es un rey muy antiguo de la India, y que exceptuando el nombre, y algunas otras circunstancias, puede tomarse por el santo Job de la Escritura.

Se juntaron un día los dioses en su Chorchám, o si place más, en el paraíso de delicias. Presidía a esta ilustre junta *Devendirén*, dios de la gloria. Se hallaron en ella muchos dioses y diosas, tuvieron también lugar los más famosos penitentes, y con particularidad los siete principales anacoretas.

Después de una conversación de cosas indiferentes, se propuso esta cuestión: si había entre los hombres un príncipe sin defecto. Defendieron casi todos, que no había siquiera uno, que no estuviese sujeto a grandes vicios; y a la frente de este partido se puso *Vichouva-moutrén*; pero mantuvo fuertemente la opinión contraria el célebre *Vachichtén*, diciendo que el rey Arichandirén su discípulo era un príncipe perfecto. El otro, que es de un genio imperioso, no gustando que alguno le contradijese, se enfadó en extremo, y aseguró a los dioses, que si le querían entregar al pretendido príncipe perfecto, les haría ver sus defectos.

Vachichtén aceptó el desafío, y convinieron de una y otra parte en que aquél que fuese vencido, cedería al otro todos los méritos, que había podido adquirir con una larga penitencia. Fue el pobre rey la víctima de esta disputa, le supo *Vichouva-moutrén* a todas las pruebas posibles, le redujo a la más extremada pobreza, le despojó de su reino, hizo morir al único hijo que tenía, y aun le quitó a su mujer *Clandirandi*.

A pesar de tantas desgracias se mantuvo siempre el príncipe en el ejercicio de la virtud con una igualdad de ánimo, de que no eran

capaces los dioses mismos, que con tanto rigor le probaban. Por eso mismo le recompensaron con la mayor magnificencia. Le abrazaron los dioses uno después de otro, y las diosas mismas le hicieron sus cumplimientos. Le volvieron su mujer, y resucitaron a su hijo. Cedió pues *Vichouva-moutrén* conforme al concordato, todos sus méritos a *Vachichtén*, quién regaló con ellos a *Arichandirén*, y con mucho sentimiento suyo fue el vencido a hacer una larga penitencia, para adquirir, si era posible, una buena provisión de nuevos méritos.

La segunda historia, que tengo que contar a vuestra señoría ilustrísima es más funesta, y se parece más a un lance de la historia de Sansón, que la fábula de *Arichandirén* a la historia de Job.

Aseguran, pues, los indios, que su dios *Ramon* emprendió cierto día la conquista de Ceilán; y aun con ser dios, tuvo por conveniente valerse de esta estratagema. Levantó un ejército de monos, y le dio por general a un mono de mucha clase al cual llaman *Anoumán*. Hizo que se le rodease la cola con muchas piezas de tela, y sobre éstas derramó grandes vasijas de aceite. Les pegó fuego y corriendo el mono por las campiñas en medio de los trigos, bosques, aldeas y ciudades, lo abrasó todo y quemó cuanto encontró en su carrera, reduciendo a cenizas casi toda la isla. Después de esta expedición no le había de costar mucho, ni era menester el poder de un dios de primera magnitud, para conquistar el reino.

Me habré, señor, detenido demasiado sobre la conformidad de la doctrina de los indos con la del pueblo de Dios: yo me enmendaré, abreviando lo que me quedaba que decir sobre el segundo punto, que, como el primero, es mi ánimo sujetar a las luces, y penetración de vuestra señoría ilustrísima. Me estrecharé a algunas cortas reflexiones, que me persuaden que los indios, que viven más tierra adentro, como los habitantes de la costa, desde los primeros siglos de la Iglesia tuvieron conocimiento de la religión cristiana, habiendo sido instruidos en ella por Santo Tomás, y los primeros discípulos de los apóstoles.

Comienzo por la idea confusa, que aún hoy día conservan de la adorable Trinidad, que les fue antiguamente anunciada. Ya llevo dicho, que los tres primeros dioses de los indios son *Brahma*, *Vishnu* y *Routrén*. A la verdad los más de los gentiles los toman por tres divinidades distintas, y con real separación: pero muchos *Nianigueuls*, u hombres espirituales, dicen que estos tres dioses, separados en apariencia, son en realidad un solo dios: que se llama Bruma, cuando produce de la nada y ejercita su omnipotencia; *Vishnu*, cuando conserva los entes creados y practica su bondad; y en fin toma el nombre de *Routrén*, cuando destruye las ciudades, castiga a los culpados y hace sentir los efectos de su merecido enojo.

Así, algunos años hace, me explicaba un braman su concepto de la fabulosa Trinidad de los paganos. Es menester, decía, representarse a dios, y sus tres nombres diferentes, que corresponden a sus tres principales atributos, casi debajo del concepto o figura de aquellas pirámides triangulares, que se erigen delante de las puertas de algunos templos.

Bien conocerá vuestra señoría ilustrísima que no pretendo decir, que esta imaginación de los indios se ajuste en todo con la verdad, que confesamos los cristianos; pero a lo menos da a entender, que en otro tiempo tuvieron luces más puras, y que se obscurecieron con la incomprendibilidad, que encierra un misterio tan superior a la flaca y corta razón y comprensión de los hombres.

Las fábulas han alterado aún más el misterio de la encarnación; pero convienen todos los indios en que muchas veces encarnó dios, y casi de común consentimiento lo atribuyen a *Vishnu*, el segundo dios de su trinidad; y jamás encarnó según ellos, sino como salvador y libertador de los hombres.

Ya ve vuestra señoría ilustrísima que abrevió cuanto me es posible, y pasó a lo que mira a los sacramentos. Dicen los indios, que el baño

tomado en ciertos ríos borra enteramente los pecados, y que esta agua misteriosa lava, no solamente los cuerpos, sino de un modo admirable purifica también las almas. ¿No sería esta una idea que les habrán dado del santo bautismo?

No había notado yo cosa alguna, que pudiese servir de bosquejo a la divina eucaristía, pero algunos años ha me hizo hacer algún reparo un braman, convertido en una circunstancia digna de tener aquí lugar. Lo que queda de los sacrificios, del arroz que se distribuye para comer en los templos, guarda entre los indios el nombre de *Prajadám*, que significa en nuestra lengua *divina gracia*: y lo mismo significa el término griego *Eucaristía*.

Con más claridad hallo algo para la confesión; y creo, señor, deberme explayar un poco más. Es una especie de máxima entre los indios, que aquel que confiesa su pecado recibirá su perdón: *Cheida param chonual tiroum*. Celebran todos los años una fiesta, en la cual van a la orilla de un río a confesarse, para que sus pecados sean enteramente borrados. En el famoso sacrificio Ekiam, la mujer del que preside tiene la obligación de confesarse, y de entrar en las circunstancias de sus faltas más vergonzosas, y de declarar aun el número de sus pecados.

Una fábula de los indios, que hay en este asunto, confirmará mis conjeturas. Cuando estaba en el mundo Crichnén, la famosa *Draupadi* estaba casada con cinco hermanos, todos reyes célebres de Madurai. Uno de estos príncipes tiró cierto día una flecha contra un árbol, derribando de él una admirable fruta. Pertenece a un afamado penitente, y tenía la calidad de dar una fruta al mes, y ésta comunicaba tanto vigor al que la comía, que en todo el mes le bastaba este solo alimento; y porque en aquellos tiempos antiguos se temía más la maldición de los penitentes, que la de los dioses, recelaron los cinco hermanos que los maldeciría el ermitaño. Pidieron, pues, socorro a Crichnén en un negocio tan delicado. El dios Vishnu, transfigurado en Crichnén, les

dijo, como también a Draupadi, que se hallaba presente, que no veía sino uno solo medio para reparar tanto mal: y que éste era la confesión entera de todos los pecados de su vida: que el árbol del cual había caído de la fruta tenía seis codos de alto, y que a medida que cada uno se confesase, se levantaría la fruta en el aire lo alto de un codo, y que al fin de la última confesión se pegaría la árbol, como lo estaba antes.

El remedio era amargo, pero era preciso pasar por ello, o exponerlo a la maldición de un penitente. Tomaron, pues, los cinco hermanos su partido, y consintieron en declarar toda su conciencia. La dificultad estaba en determinar la mujer a hacer lo mismo, y les costó no poco trabajo; cuando la exhortaban a confesarse, se sentía muy inclinada a guardar secreto y a callar. No obstante, a fuerza de representarle las funestas consecuencias de la maldición del *Sanias*, penitente de las Indias, la sacaron la palabra de hacer todo lo que querían.

Habida esta seguridad, el mayor de los príncipes empezó esta enfadosa ceremonia, haciendo una confesión muy exacta de toda su vida. A medida que se declaraba subía la fruta por sí misma, y al fin de esta primera confesión se halló levantada como un codo, y no más. Continuaron a ejemplo de su hermano mayor los otros cuatro príncipes, sucediendo el mismo prodigio; quiero decir, que al fin de la quinta confesión se había elevado la fruta cinco codos.

Faltaba solamente otro codo, y estaba reservado a Draupadi este último esfuerzo. Después de muchas dificultades, comenzó su confesión, y la fruta se levantaba poco a poco. Decía que no tenía más, y no obstante faltaba todavía medio codo para que se uniese la fruta al árbol en la parte de donde había caído. Era evidente que se había olvidado, o mejor decir, que había callado algo. Le rogaron con lágrimas los cinco hermanos que no se perdiese a sí, y a ellos por una mal avergüenza. No la hicieron fuerza sus súplicas, pero habiendo venido Crichnén a su socorro, declaró un pecado de pensamiento, que había querido ocultar.

Apenas lo dijo, cuando acabó la fruta su viaje maravilloso, y fue por sí misma a unirse a la rama del árbol donde antes había estado.

Acabaré, señor, con la referida fábula la larga carta, que me he tomado la libertad de escribirle. He dado cuenta a vuestra señoría ilustrísima de los conocimientos adquiridos en medio de los pueblos de la India, en otros tiempos verosíblemente cristianos, y sumergidos muchos siglos ha en las tinieblas de la idolatría. Trabajan desde un siglo ha los misioneros de nuestra Compañía, siguiendo las huellas de San Francisco Xavier para volverlos al conocimiento del verdadero Dios, y a la pureza del culto evangélico.

Bien echa de ver vuestra señoría ilustrísima que al mismo tiempo que trabajamos en hacer que estos pueblos abandonados bajen la cerviz al suave yugo de Jesucristo, procuramos hacer algún servicio a los sabios de Europa con los descubrimientos que hacemos en los países, que nos son bastante conocidos. A vuestra señoría ilustrísima toca cumplir con su profunda penetración, y continua correspondencia con los eruditos de la antigüedad, lo que puede faltar a las luces, que adquirimos entre estos pueblos. Si fueren de alguna utilidad estas noticias para el bien de la religión, ninguno mejor que vuestra señoría ilustrísima puede hacerlas servir a este fin.

Quedo con el más profundo respeto, ilustrísimo señor. De vuestra señoría ilustrísima el más rendido y obediente servidor. Bouchet, misionero de la Compañía de Jesús.

Tomada de Cartas edificantes, y curiosas escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la compañía de Jesús. Traducidas del idioma francés por el Padre Diego Davin de la Compañía de Jesús. Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernández, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, y de la Reverenda Cámara Apostólica, 1753, Vol. 5 pp. 236 a 261.

(a) Malabar es un pequeño reino, entre Madurai y la costa de la Pesquería.

⁴ Malabar: región costera suroeste de la península de la India. De su historia apenas se conoce hasta la llegada a Calicut, en 1498, de Vasco de Gama, que encontró el Malabar dividido en varios estados. Los portugueses fundaron establecimientos en Cochín, Calicut, Cananor y otros puntos y propagaron el Evangelio por medio de numerosos misioneros, entre los que descuella San Francisco Xavier, pero en sus luchas con los holandeses perdió Portugal Cochín y Cananore y después los holandeses los perdieron a manos de los ingleses. En 1720 los franceses tenían una colonia, *vid, Enciclopedia universal...* vol. 32, p. 416-7.

(b) Ciudad capital del dominio portugués en Indias.

⁵ Isla del archipiélago de la India portuguesa, fue la capital de uno de los mayores imperios coloniales del mundo. Estuvo gobernada por príncipes hasta la invasión morisca de Hidal-Jan, en 1510 cayó en poder de los portugueses. Ahí se encuentra el sepulcro de San Francisco Xavier y fue el primer escenario de sus prodigiosos trabajos, *vid, Enciclopedia...* vol. 26, pp. 400-401.

⁶ Cada uno de los individuos de la primera de las cuatro castas en que se encuentra dividida la población de la India, y que por suponer que proceden de la boca del dios Brama, sólo deben dedicarse al sacerdocio, al estudio y a la meditación de los libros sagrados de su religión, *vid, Real Academia española, Diccionario de la lengua española*. Madrid, Real Academia Española, 1970, p. 200.

⁷ Sacerdote y doctor de la religión de Brama, perteneciente a la más alta de las cuatro castas en que se divide el pueblo indostánico. De esta casta proceden los sacerdotes, los sabios y los poetas. Como sacerdotes familiares, consejeros, médicos y astrólogos de los reyes, supieron elevarse a los primeros puestos del estado. Las leyes consagran su santidad e inviolabilidad, su vida se divide en cuatro grados según los escritos védicos: el primero principia de los ocho a los dieciséis años, (después de rasurarle la cabeza, excepto la coronilla e imponerle el cordón sagrado), es la época de los estudios, en la cual debe aprender os tres vedas. En el segundo grado el brahmán se establece, se casa y tiene el deber de procurar un hijo que pueda sacrificar a los manes después de morir su padre. Cuando tiene arrugas y canas, y ha podido ver a los hijos de los hijos, debe dejar su familia, retirarse a la selva, dormir en el suelo, alimentarse de raíces y frutos, dedicándose al estudio del veda y sumirse en el gran espíritu. El cuarto grado es una perfección del anterior. El brahmán debe guardar el más profundo silencio, no tomar más que el preciso alimento para la vida. Debe dirigir sus pensamientos al gran espíritu, hasta llegar a la verdadera contemplación, *vid Enciclopedia universal...* vol. 9, pp. 556-7.

⁸ En la India meridional, formó parte del virreinato del reino de Vijayanagar. En 1740 los ingleses comenzaron a intervenir en Tanjore y a ellos los cedió en 1799 el rajá reinante, si bien reservándose la capital y sus cercanías. Es uno de los grandes centros religiosos y

apostólica *Romanae sedis* (31 enero 1623) lo defendió acabando la campaña contra De Nobili. Viajó incansablemente por la India construyendo iglesias y bautizando, abrumado por sus enfermedades y casi ciego, el General le permitió acabar sus días en Madurai, pero en vista de que su salud estaba cada día más débil fue llevado al colegio de Mylapore (Madras), obedeció consolado con la idea de que había de que podía disponerse a morir en el mismo sitio que había sido santificado por la muerte de Santo Tomás, apóstol de la India. Murió llorado y reconocido como un verdadero santo por los misioneros de Madurai, de los que había sido superior tres veces (1609-15; 1624-32 y 1638-43), *vid Diccionario histórico...* vol. 2, pp. 1059-1061.

¹⁴ Misionero, superior, obispo. Nació el 6 de octubre de 1656 en Lisboa, Portugal y murió el 11 de junio de 1715 en Hugli, India. Fue a la misión de Madurai (1683), con el nombre indio de Madurendirer Swami. Fue superior de la provincia de Madurai en 1693, y visitador provincial en 1696 tras haber confortado a los cristianos de Tanjore durante una persecución (1689-91). Misionero en Madurai y Marava (1694), pasó al nordeste de tamil Nadu, donde fue encarcelado (1699) en Chengama, y a comienzos de 1700 estaba de nuevo en Marava. Fue uno de los mayores misioneros de esta misión durante finales del siglo XVII y comienzos del XVIII. Fue enviado a Roma para defender las adaptaciones amanezadas por el decreto (23 de junio de 1704) del legado de Maillard de Tournon, en Roma terminó de escribir su *Defensio Indicarum*. En 1707 fue consagrado obispo titular de Zosopolis, nombrado obispo coadjutor de sto. Tomás de Meliapur. Al llegar a la India en 1710, Laynez tomó posesión de la sede. Mientras gobernaba su diócesis inmensa, siguió viviendo como un asceta sanyassi. Apoyó públicamente el *vivae vocis oraculum* de Clemente XI y su interpretación de los ritos malabares. Hizo una visita pastoral a la costa de Coromandel en 1712 que incluyó Hugli y Chandernagor, al norte del actual Calcuta, para su primera visita, pero encontró muchas dificultades, por parte de algunos religiosos, por lo que tuvo que poner Hugli en entredicho. Al morir, se sospechó de envenenamiento, pero nunca se ha probado, *vid Ibidem...* vol. 3, pp. 2263-4.

¹⁵ Principado sudoccidental de la península de la India. Forma la parte meridional y poco más o menos la mitad de la costa de Malabar, las principales riquezas agrícolas son el arroz, la nuez de coco y de areca, y la pimienta, *vid, Enciclopedia universal...* vol. 63, pp. 1563-5.

¹⁶ Isla cerca del Pegu.

¹⁷ Balsa de pescadores, formada por tres troncos de palma, unidos entre sí con cuerdas de fibras de coco, con mástil inclinado de bambú, vela triangular y dos o tres hombres de tripulación. Se usaba en la Costa de la Pesquería y en Travancor, *vid, Georg Schurhammer S. J. Francisco Xavier, su vida y su tiempo, Navarra, Gobierno de Navarra/Compañía de Jesús/Arzobispado de Pamplona, 1992, vol. 3, p. 700.*

¹⁸ Los paravas se dividían en dos clases: los principales, dueños de barcas, de los que algunos pocos tenían también campos de algodón, palmas-abanico y esclavos, y el pueblo corriente

de pescadores, que nada propio poseía sino su choza de barro u hoja de alma, y, en el mejor de los casos, una red y un catamarán, *vid, Ibidem...* vol. 2, p. 390.

¹⁹ Isla de la costa occidental de la India, al norte de la isla donde está situada Bombay. Es célebre por sus muchos templos búdicos de los siglos IX y X, excavados en la roca. Su clima en general es insalubre, su suelo muy fértil produce arroz en abundancia y dátiles. La extracción de la sal es la industria más importante. Este territorio pasó a la soberanía de Portugal en 1544, *vid, Enciclopedia universal...* vol. 53, pp. 322-3.

²⁰ Así denominados los europeos en la India, *vid, Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3373.

²¹ Roberto. Santo, teólogo, escritor. Nació el 4 de octubre de 1542 en Siena, Italia y murió el 17 de septiembre de 1621 en Roma, Italia. Antes de entrar a la Compañía de Jesús, recibió una excelente formación humanística. Ya sacerdote fue el primer profesor (1570-76) en la nueva facultad teológica jesuita en Lovaina, en la que introdujo el pensamiento tomista. En la V Congregación general (1593-4), fue presidente de la comisión sobre la *Ratio Studiorum*. En 1576 fue llamado a Roma para ocupar la cátedra de controversias en el colegio Romano. Sus clases constituyeron la base de su obra más importante, *Disputatione de controversias christianae fidei adversus huius temporis haereticos*, conocida comúnmente como *Controversiae*. En su obra da a la teología una orientación más histórica que especulativa, gozó de amplia difusión entre católicos y protestantes. Su catecismo, *Doctrina cristiana breve*, su obra más popular, salió en 1597 y su versión ampliada al año siguiente. Clemente VIII no sólo los aprobó, sino que se recomendó que se adoptase por todos. En 1599 fue elevado al cardenalato. Su originalidad como teólogo está en haber aportado a la Iglesia una *summa* de temas de controversias, en las que ordenó y sistematizó las varias corrientes de pensamiento de la Contrarreforma, ya expresadas por los grandes eclesiólogos de los siglos XV y XVI como Juan de Torquemada, Francisco de Vitoria y el cardenal Toledo. Su genio para la síntesis y su habilidad para encontrar soluciones equilibradas en las cuestiones que dividían los mismos teólogos de la Contrarreforma han ayudado a que su labor e influjo perdurasen hasta tiempos recientes, *vid. Ibidem...* vol. 1, pp. 387-390.

²² Pueblo de Nilghiri en el Indostaní. Proceden del Maisur y se establecieron en el Nilghiri en el siglo XVI después de una serie de persecuciones. Se dividen en numerosas castas y por su lengua pertenecen a la raza dravidiana. Se dedican a la agricultura, *vid Enciclopedia universal...* vol. 7, p. 112.

²³ defecto en la estructura de la oración respecto a la concordancia y composición de sus partes, *vid Diccionario de la lengua...* 1867, p. 720

²⁴ Importante ciudad del archipiélago malayo, capital de las posesiones holandesas de Malasia, situada en la costa norte de la isla de Java, fue considerada antiguamente como una de las ciudades más insalubres del Extremo oriente. Sus fundadores no habían tenido otro objeto, al edificarla, que hacer de ella una plaza militar, punto de apoyo contra los numerosos enemigos del interior y del exterior, *vid Enciclopedia universal...* vol. 7, pp. 1150-3.

²⁵ especie de verga encorvada y muy larga, a la cual está asegurada la vela latina en las embarcaciones de esta clase. Se distingue de la verga, que es la que sirve a las velas cuadradas, en ser mucho más larga y formar una curva, *vid Diccionario de la lengua...* 1867, p. 315.

²⁶ Instrumento que se compone de un aro de madera delgado, en el cual está asegurado un cuero crudo de caballo u otro animal, todo lleno de agujeros, *vid Ibidem* ... p. 220

²⁷ Misionero en Madurai, estuvo preso en la cárcel de Trichirapoli, junto con cuatro catequistas perseguido por su labor como misionero en diciembre de 1700, según Carta del Padre Bouchet misionero de la Compañía de Jesús al Padre Le Gobien de la misma Compañía, Maduai, 1 de diciembre de 1700 en *Cartas edificantes...* vol. 1 pp. 36-38.

²⁸ Jean Vennace. Misionero, superior, controversista. Nació el 10 de abril de 1655 en Fontenay-le-Comte, Francia y murió el 13 de marzo de 1732 en Pondicherry, India. Después de tomar parte en la expedición francesa, guiada por Guy Tachard a Siam (Tailandia) en 1687, pasó al fracasar ésta, a Pondicherry en 1688 y se agregó a la misión de Madurai en 1689. Adoptó el nombre indio de Perya Sanchvinader y fundó la residencia de Aur, que fue el centro de la misión jesuita de Madurai hasta la supresión de la Compañía de Jesús en 1773. En marzo de 1702, fue trasladado a la nueva misión de Carnate, trabajó algún tiempo en Tamil Nadu y estuvo en Pondicherry durante la estancia del delegado apostólico y visitador Charles Thomas Maillard de Tournon. Bouchet fue una de sus fuentes de información, más tarde distorsionada, lo que rechazó Bouchet. Pasó por París (12 de noviembre de 1705) en su ida a Roma (3 de julio 1706) para mitigar las drásticas medidas tomadas por Tournon contra varias costumbres de la India que se habían adoptado en varias artes del sur (ritos malabares). Pese a que algunos círculos antijesuíticos lo negaron después, parece cierto que Clemente XI le manifestó *viva voce* a Bouchet que los misioneros gozaban de cierta libertad para interpretar el decreto de Tourton. Bouchet por dos veces superior de la misión carnática. En Pondicherry defendió las restricciones impuestas al culto hindú y tuvo continuas dificultades con el obispo Claude de Visdelou, portavoz de la política de Propaganda, y los capuchinos sobre los ritos malabares. Bouchet, además, encontró tiempo para estudiar antropología, hinduismo, religiones comparadas y geografía, *vid Diccionario histórico...* vol. 1, p. 503-4.

²⁹ Nombre que significa país negro, formaba parte de diversos reinos. Sus ciudades más importantes eran Madras, Pondichery. Cultivaban principalmente arroz, la ganadería, la manufactura de algodón y lana eran florecientes, *vid, Enciclopedia universal...* vol. 11, pp. 1151-2

³⁰ Brahma es considerado como el Ser Supremo, el Dios de dioses; Brahma, Vishnu y Siva, son sus manifestaciones. Es verdad que en algunos versos de los Vedas, algunos de sus atributos también se dan a otras deidades, y en algunos de los Puranas se dice que hay varios dioses iguales al Supremo Brahma. No obstante, Brahma es considerado por los hindúes (opinión que encuentra mucho fundamento en sus escrituras) como el Supremo

Dios: el origen de todos los demás y del que éstos son sus manifestaciones. Los dioses eran originalmente mortales, pero cuando fueron penetrados por Brahma, se volvieron inmortales, *vid Ibidem...* vol. 9, pp. 555-6.

³¹ A Vishnu se el conoce como la segunda persona de la Trimurti o tríada Hindú; pero a pesar de ser el segundo esto no implica en modo alguno que deba ser considerado inferior a Brahma. En algunos libros se dice que Brahma es la primera causa de todas las Cosas, en otros se afirma, fuertemente que este honor pertenece a Vishnu, mientras que en otros se le concede a Siva. Así como el principal trabajo de Brahma es la creación, el de Vishnu es el de la preservación. En el principio de la creación, el gran Vishnu, deseoso de crear el mundo entero, asumió tres formas: Creador. Conservador y Destructor. La esencia de la enseñanza del Vishnu Purana se resume en unas pocas líneas: «Escuchad el compendio del Purana entero. El mundo fue producido por Vishnu; existe en Él y Él es la causa de su continuidad y cesación, *vid Ibidem...* vol. 69, pp. 466-469.

³² «Siempre ha de arder el fuego en el altar, alimentado por un sacerdote que le ponga leña cada mañana», agradezco la traducción realizada por el Dr. Rubén Murillo S.J.

LA MISIÓN JESUITA EN CHINA

愈顯主榮

ANTECEDENTES

La primera noticia que se tiene sobre la instauración del cristianismo en China es que en el año de 635, el monje Alopeno fue recibido con grandes honores por el emperador Taidung en la capital de China y bien pronto se formaron en el "Celeste imperio", numerosas comunidades cristianas. Posteriormente en el siglo XIII, Gengis-Khan con sus mongoles conquistó China, y en el año de 1307 Juan de Montecorvino fue consagrado obispo de Pekín, al obtenerse el permiso para predicar libremente el cristianismo en la corte del tolerante Jubila-Khan. Sin embargo, esta relación fue interrumpida, aún antes de demostrar su firmeza, ya que en China el predominio de los khanes (príncipes) mongoles sucumbió ante la dinastía de los Ming (1368-1644), la que manifestó hostilidad a los extranjeros, y cerró el país a todo influjo exterior mediante una severa vigilancia de las fronteras.

Al retirarse Japón en 1614, a una absoluta autarquía y prohibir la entrada en sus islas a los portadores de la fe y a los comerciantes europeos, China pasó a ser el centro de los intereses eclesiásticos y diplomáticos. Abrió sus fronteras de manera vacilante, vigiló cuidadosamente a los extranjeros, y concedió a los portugueses en 1557 el uso, como puerto libre, de la península de Macao, que se localizaba a cierta distancia de Cantón. Los chinos autorizaron que dos veces al

año, los portugueses llegaron hasta Cantón por dos o tres meses bajo rigurosa custodia, ya que China miraba a todos los extranjeros como enemigos o espíritus malignos.

LOS COMIENZOS (1552-1610)

Francisco Xavier fue el primero que intentó evangelizar a China, pero murió frente a sus costas, le siguieron otros jesuitas pero no pudieron romper el aislamiento que se había impuesto la dinastía Ming. El jesuita Michele Ruggieri¹, llegó a Macao en 1579, y pidió insistentemente a su superior, Alessandro Valignano², padre visitador y superior de las misiones de los jesuitas en las Indias orientales, que le enviara a Matteo Ricci³, como compañero en la proyectada misión a China. Finalmente, el visitador accedió en abril de 1582, que Ricci fuera a Macao.

Valignano tenía el plan de convertir a aquel reino que consideraba como el más poblado, fértil y rico del mundo, cuyos habitantes eran industrioses y pacíficos, cuyo gobierno era ejercido por filósofos a quienes admiraba por su saber, orden y prudencia⁴. Después de un estudio detallado de las dificultades que su proyecto implicaba, se decidió a intentar la realización del sueño de Francisco Xavier de acuerdo con normas totalmente nuevas. Valignano creía que China por su tolerancia en materia religiosa y su admiración por el saber, estaría bien dispuesta con los ideales cristianos. Los misioneros debían llevar a cabo una proeza casi imposible, no intentada hasta ese momento por ningún occidental: debían aprender a hablar, leer y escribir el idioma chino. Sólo por ese medio lograrían explicar su doctrina y buenas intenciones, demostrar que eran hombres de estudios y superar la xenofobia suscitada por los atropellos de los primeros portugueses⁵.

Valignano consideraba que las conversiones duraderas sólo serían el resultado de una paciente comprensión de las civilizaciones orientales.



P. ALEXANDER VALIGNANVS SOC: IESV. GENERALIS INDIA-
RVM VISITATOR. ALTER A XAVERIO ORIENTIS APOSTOLVS.
OBIIIT MACAL. XX IANVAR. MDCVI. ÆTAT. LXIX. RELIG. XI

En Alfred Harry, *Gallerie...*, vol. 8

Estaba convencido de que si los misioneros querían perdurar en esas regiones, debían ganarse el afecto de las gentes, adaptándose en lo posible a las costumbres de la región y a las creencias indígenas, sobre la base de las palabras de San Pablo: “hacerse todo con todos”⁶. Con ello en mente, dispuso que Ricci y Ruggieri se dedicaran exclusivamente al estudio del chino, y al mismo tiempo, aprendieran los principios de la adaptación, igualdad y amistad con las clases dirigentes.

Ruggieri y su compañero tuvieron que enfrentar el obstáculo que representó el edicto que amenazaba con severos castigos a quien ayudara a los extranjeros a penetrar en el país. En el verano de 1583, sucedió lo que parecía imposible. Un soldado chino llegó a la casa de los jesuitas de San Martín en Macao con una misiva oficial del gobernador de Zhaoqing, un mandarín llamado Guo Yingping había oído hablar de Ruggieri y del talento de Ricci como matemático, así como de los mapas, relojes y esferas que podía hacer. Esto excitó su curiosidad y los invitó a los dos a Zhaoqing, donde esperaba ofrecerles un terreno para edificar una casa.

Ruggieri y Ricci se habían afeitado muy bien sus cabellos y barbas, reemplazaron sus sotanas negras por los mantos grises que usaban los bonzos⁷ budistas, ya que les pareció que éste era el mejor medio de dar a entender que eran hombres consagrados a Dios.

Se les concedió el permiso para establecerse, gracias a que Yingping se valió de un edicto imperial. Si bien las leyes del Imperio prohibían a los extranjeros residir en su territorio, todo extranjero llegado de un país remoto, en caso de no querer o no poder volver, podía quedarse en el imperio chino siempre que fuera pacífico, humilde y útil a la nación. Debía ganar el dinero suficiente para vivir y podía asignársele un pedazo de tierra para su alojamiento.

Ruggieri y Ricci comenzaron a construir la primera casa misional en China, despertaron la curiosidad de sus habitantes, ya que nunca

la rectitud; *las Analectas*, preceptos éticos de Confucio⁹ y *el Mencius*, apotegmas de uno de los discípulos del maestro. Después de diez años Ricci concluyó la traducción al latín de los cuatro libros que utilizó como manuales de enseñanza y aunque ya estaba familiarizado con unos 5,000 ideogramas sobre un total de cincuenta mil, el trabajo presentó tremendas dificultades.

Al conocer Ricci con mayor profundidad la sociedad burocrática china, cuyo funcionamiento se basaba en el confucianismo firmemente aceptado por los intelectuales que influían de manera crucial sobre las decisiones políticas, sociales y culturales, el misionero infirió que el resultado favorable de su tarea se hallaba en convencer a los intelectuales confucianos de la alta sociedad y finalmente al propio emperador¹⁰.

En 1595, atendiendo a los informes de Ricci, Valignano envió órdenes de que tan pronto como fuera conveniente, los misioneros se vistieran como los graduados; Valignano asumía la responsabilidad de estos cambios, sobre los cuales informaría al Papa y al Preósito general, la máxima autoridad de los jesuitas¹¹.

En Nankin, una de las ciudades más importantes del centro de China, Ricci decidió visitar a un conocido y vestirse de graduado. Como preparación ya se había dejado crecer los cabellos casi hasta los hombros, a la moda china y su barba le llegaba al pecho. El traje que los graduados usaban en sus visitas de etiqueta era una túnica de seda larga hasta los tobillos, con mangas holgadas y flotantes de color púrpura con una franja de color azul pálido en el cuello y un cinturón del mismo color, los bordes plegados sobre su pecho y atados al costado en un moño. Completaba el atuendo un sombrero cuadrado, un abanico y unas babuchas de seda bordadas¹².

Ricci se presentó ante los estudiosos chinos como un intelectual, que dominaba no sólo la lengua china, sino además, la literatura y la

cultura confuciana¹³, lo que le permitió dialogar con mayor facilidad con los letrados. Ese conocimiento y su habilidad para fabricar instrumentos científicos le facilitaron conocer a los oficiales confucionistas, los mandarines. Una de las razones de por qué estos últimos estaban tan maravillados ante la ciencia jesuita era que la ciencia china de aquella época, sobre todo las matemáticas y la astronomía, atravesaban por una grave crisis¹⁴.

Ricci se había convencido al estudiar los escritos de Confucio, del budismo y del taoísmo que lo mejor que podía hacer para difundir el cristianismo era aliarse con el confucianismo, el cual en muchos aspectos armonizaba con los principios cristianos. Sus líneas se reducían a un sistema de buena conducta entre los hombres con Dios. Por consiguiente, Ricci presentaba al cristianismo como una teología esencialmente razonable que completaba y perfeccionaba aquellos principios del confucianismo acorde con la razón natural. Su método tenía tres componentes: un modo de vida basado en el sistema ético-social de Confucio; una terminología (el nombre que se le daba a Dios); y los ritos y costumbres que se observaban hacia Confucio y los antepasados difuntos¹⁵.

En 1603 Ricci publicó el catecismo en el que venía trabajando desde hacía nueve años. Lo había compuesto con cautela, consciente de que estaba forjando el molde del cristianismo oriental, eligiendo términos chinos que una vez en uso, no sería fácil reemplazar. Posteriormente Ricci escribió *La verdadera disputa acerca de Dios*, la cual era una obra apologética en forma de diálogo de un graduado chino y un graduado occidental. Después de probar la existencia de Dios por cuatro argumentos, citaba once textos chinos antiguos en los que el Señor Supremo, sinónimo del Cielo, aparecía como un ser único, personal e inteligente. Tanto por sus temas como por su estilo, el libro era una obra maestra de adaptación, atestiguaba su amor y comprensión

por China y proclamaba que por encima de diferencias accidentales, evidentes y sutiles, entre Oriente y Occidente, estaba la unidad de los hombres creados por el mismo Dios¹⁶.

En los primeros meses de 1608, Ricci publicó un nuevo libro que él llamó *Las diez paradojas* contenía puntualizaciones, comentarios y aclaraciones sobre moral, acerca de los principales artículos del cristianismo. Su título completo en chino era *Diez capítulos de un hombre extraño*. Su fisonomía, su memoria, su dominio del idioma chino, su conocimiento de la etiqueta y cortesía, su celibato, su desprecio por los honores y los cargos públicos, el rumor de que practicaba la alquimia y su extraordinaria doctrina: todo esto hacía a Ricci ante los ojos chinos un “extraño”. Esta obra de Ricci fue reimpressa por seis veces y su autor se convirtió en una de las atracciones de Pekín¹⁷. Su figura ataviada de púrpura –barba rizada, rostro alargado, nariz prominente, incluso su alto sombrero negro, todo de acuerdo con su estatura y distinción- era señalada con respeto y también con afecto, pues se sabía que a pesar de su sabiduría el doctor Li Mateou no era hombre grave y distante, sino que para todos tenía una palabra cordial y se preocupaba en dedicar más tiempo a sus visitantes humildes que a sus amigos del gobierno. Ricci había logrado cambiar el significado de la palabra “extranjero”, que ya no era sinónimo de bárbaro despreciable sino de “desconocido digno de una consideración especial”¹⁸.

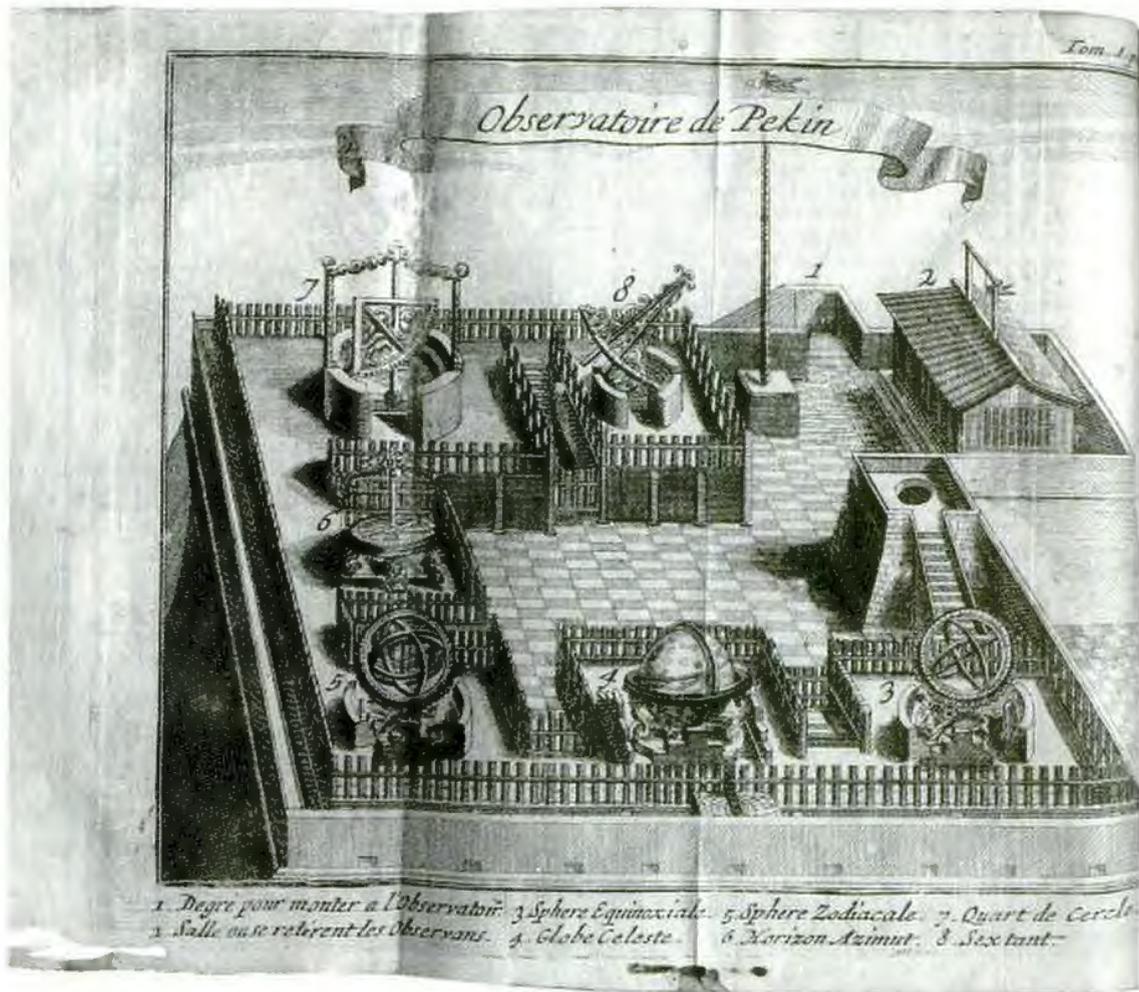
En sus últimos años Ricci decidió escribir un informe de cómo la Compañía de Jesús había trabajado y padecido en China. Tituló su obra *Della entrata della Compagnia di Giesú e Cristianità nella Cina*. El 11 de mayo de 1610 Matteo Ricci murió, después de pasar 27 años en China. Fue honrado por el emperador Wanli con una tumba en la que se puso una estela funeraria, que aún, hoy se conserva¹⁹.

AÑOS DE CRECIMIENTO (1610-1707)

Los Ming sucumbieron ante los Tsing, oriundos de una población esteparia, los manchúes. Y otra vez, conforme el antiquísimo ritmo de la vida de ese país, alternó una era de autarquía nacional con otra: la de las fronteras abiertas a todo cuanto el mundo había producido más allá de la gran muralla y del mar. Este cambio favoreció a los jesuitas.

Poco tiempo después de la muerte de Ricci un belga, el jesuita Nicolás Trigault²⁰ fue enviado a Roma en 1613 y logró el permiso del Papa para usar, en los servicios religiosos realizados en la China, la lengua de los mandarines en lugar del tradicional latín. Además, terminó su célebre *De Christiana expeditione apud Sinas suscepta ab Societatis Jesu, ex P. Matthaei Ricci ejusdem Societatis commentariis* (Campaña cristiana en la China, adaptación de las memorias de Ricci). Fue extraordinario el interés despertado por ese libro que, por primera vez trajo noticias exactas y amplias sobre el gran pueblo asiático y su antiquísima cultura. Se publicaron varias reediciones y traducciones lo que abrió el camino a Trigault cuando, a mediados de mayo de 1616, partió para visitar las cortes europeas con el propósito de recaudar fondos y jesuitas para la misión en China.

Otro jesuita, el padre Johann Adam Schall von Bell²¹ docto astrónomo presidió en Pekín el Tribunal matemático y reformó el calendario oficial, fue honrado con el título de Gran dignatario y se vio obligado a aceptar el cargo de Director del Observatorio Imperial, cargo de suma importancia ya que los manchúes, de acuerdo a la costumbre china, fundamentaban su política en la observación de los astros²². Shall adquirió más tarde el título honorífico de *segundo fundador de la misión en la China*, porque fue él quien salvó la obra del padre Ricci en la revolución de 1644.



En Luis Le Comte, S. J., *Nouveaux memoires...*, vol. I, pp. 98-9

En el año de 1651 los superiores de la Compañía de Jesús en el norte de la China, mandaron al padre Martino Martini²³, como representante de los manchúes a Roma, con el propósito de solicitar plenos poderes y las fuerzas auxiliares necesarias para aprovechar la favorable situación de la misión.

Martini publicó en 1654, una historia de la conquista de la China por los manchúes titulada *De bello tartárico*. La obra principal del padre Martini fue el *Novas Atlas Sinensis* publicado en 1655, la descripción de la China más completa y fidedigna geográficamente. Su influjo predominó en las representaciones cartográficas del imperio chino hechas en Europa hasta 1735, cuando fue publicado en París el famoso *Mapa de los jesuitas de China, Manchuria y Mongolia* realizado por los padres Jean Baptiste Régis²⁴, Pierre Jartoux²⁵, Joachin Bouvet, Xavier Ernbert Fridelli²⁶, Pierre Vincent Tartre²⁷, una labor que les llevó nueve años.

La obra completa constaba de un gran mapa del imperio, quince mapas de las provincias y varios mapas especiales que se le entregó al emperador Kangxi. El título oficial fue *Hoang-chao yu-ti tsong-tu*, es decir, *Mapa general del imperio bajo la actual dinastía*. Fue la base para todos los mapas chinos hasta los tiempos más recientes, y es valorado generalmente como uno de los trabajos más importantes en el arte cartográfico²⁸.

La influencia del padre Schall fue disminuyendo cada vez más durante los años posteriores a la muerte del emperador en 1661, debido a las intrigas del mandarín Yan Luang-Shien, todo terminó con un proceso político en el que si bien el padre Schall fue exonerado de todos sus cargos, fue condenado a muerte, mientras que casi todos sus compañeros fueron conducidos a la prisión en Cantón. Al día siguiente de la condena, un terremoto sacudió la ciudad, lo que le valió la libertad a Schall, quien murió el 15 de agosto de 1666, y años más tarde fue rehabilitado por decreto del emperador Kangxi.

Cinco matemáticos jesuitas franceses solicitados por el compañero de Schall, el belga Ferdinand Verbiest²⁹ y enviados por Luis XIV llegaron a Pekín el 7 de febrero de 1688. Poco después el monarca agradecido por haber sido curado de un ataque de malaria por el padre Jean de Fontaney, mediante una dosis de quinina, concedió a los jesuitas un lugar para su casa e iglesia dentro de los muros de la ciudad imperial vedada.

El padre Verbiest, fue nombrado director del Observatorio Astronómico, hizo aportaciones al conocimiento geográfico del país y fijó los límites con Rusia; también construyó seis instrumentos astronómicos y un globo celestial. Durante más de 14 años fue viceprovincial de la Compañía de Jesús en China. Como recuerdo del gran sacerdote y hombre de ciencia que fue Verbiest, el emperador Kangxi (1661-1722) publicó el famoso edicto del 22 de mayo de 1692, que concedía plena libertad para predicar el cristianismo en todas las tierras de sus dominios. En ese edicto el emperador elogiaba la vida ejemplar de los misioneros, celebraba la alta moral de la religión cristiana y permitía a todo chino *adorar a Dios en todas las iglesias del imperio*. Así, después de cien años de labor paciente y abnegada, de adaptación a las costumbres del pueblo chino se había logrado el anhelado éxito. Los misioneros ejercieron una mayor influencia en la corte de Kangxi, mientras los conversos chinos alcanzaban la cifra de 300 mil³⁰.

La gran tragedia de la misión jesuita en la China fue que casi al mismo tiempo en que lograba su más grande victoria, culminó con la discusión por el ritual de los chinos, que más tarde iba a ser el ocaso de la misión. En 1693, Charles Maigrot, vicario apostólico de Fujian, prohibió con toda severidad en su diócesis el culto a los antepasados y a Confucio, hasta entonces interpretados, por los jesuitas, como una ceremonia civil permitida, si bien con ciertas restricciones. La discusión sobre los ritos fue llevada a Roma y durante más de siete años

(1697-1704) se examinaron los documentos y testigos presentados por ambas partes, pero Clemente XI firmó el decreto *Cum Deus optimus* (20 de noviembre de 1704) que condenaba los ritos.

LA DECADENCIA (1707-1787)

En julio de 1707 durante su visita a China, el nuncio papal Charles Thomas Maillard de Tournon, publicó la prohibición de los ritos con las más severas penas eclesiásticas y provocó el resentimiento del emperador, la confusión de los misioneros y la perplejidad de los cristianos. El emperador apresó al nuncio y lo entregó a los opositores portugueses, quienes lo arrestaron por no respetar el patronato real y murió en prisión en 1710.

Tournon enfrentó el poder imperial contra la voluntad pontificia, el Hijo del Cielo contra el Santo Padre, aquel emperador ofendido veía ahora el cristianismo no como una religión universal, adaptable a todos los pueblos, sino como un culto local jactancioso, mezquino y lleno de prejuicios. Por consiguiente, dispuso que todos los misioneros que quisiesen quedarse en China debieran conseguir un permiso imperial, que sólo se otorgaría a aquéllos que se ajustaran a las prácticas de Ricci y que se quedarán a vivir por siempre en China. Algunos misioneros obedecieron el decreto papal y fueron desterrados de China, mientras otros que se oponían al mismo, apelaron al Papa y aceptaron el permiso del emperador. Pero mermada la simpatía del emperador y de los altos mandarines decayó la autoridad del cristianismo.

El Papa publicó (19 de marzo de 1715) la constitución *Ex illa die*, que declaraba supersticiosos los ritos en honor de Confucio y los antepasados, mandaba a todos los misioneros de China a prestar juramento de que rechazarían cualquier acomodación, sin él no se les permitiría continuar su tarea misionera. Los jesuitas obedecieron, pero

la sumisión de los misioneros no fue imitada por muchos convertidos de las clases de letrados y funcionarios; éstos renunciaron a su fe antes que abstenerse de los ritos, ya que la no ejecución de éstos hubiera significado para ellos la prohibición de ejercer sus cargos y del rango de letrados. Kangxi, contrariado por el decreto papal, ordenó el 16 abril de 1717 al tribunal de Ritos proscribir la religión cristiana en todo el imperio, y las persecuciones se desataron³¹.

Aunque la lealtad a los jesuitas detuvo la ejecución de este decreto en vida de Kangxi, bajo sus sucesores el cristianismo padeció opresiones. Sin embargo, los misioneros se quedaron en la corte, no ya como consejeros de confianza, sino como pintores, fabricantes de fuentes y juguetes mecánicos. Los jesuitas aceptaron ocupar posiciones encubiertas en la corte imperial, ya que en ellas podían proteger tanto a los misioneros como a los católicos, y en la medida de lo posible, ellos clandestinamente siguieron ejerciendo su labor pastoral.

En el transcurso del siglo XVIII, los jesuitas de las provincias alemanas fueron adquiriendo una importancia cada vez más grande al lado de sus hermanos franceses, se trataba casi exclusivamente de especialistas que tenían que cumplir una tarea propia. Uno de ellos fue Kilian Stumpf³² que llegó de Macao hacia 1694, montó la primera fábrica de vidrio en China. Ese hombre impertérrito fue el testigo principal de la Orden en las penosas negociaciones con el legado Tournon³³.

Posteriormente en 1738 llegó el padre Gottfried Xavier von Laimbeckhoven³⁴ junto con otros misioneros, cinco a servir en la corte y dos que trabajaron en la clandestinidad. Laimbeckhoven nos relata:

“Me cortaron la barba, dejándome tan sólo unos largos pelos en la barbilla, me afeitaron la cabeza, excepto la coronilla. De los pelos de la coronilla se me hizo una trenza como todos los chinos la llevaban de acuerdo a la costumbre

¹ Nació en 1543 en Bari, Italia y murió el 11 de mayo de 1607 en Salerno, Italia. Llegado a Macao se puso a leer, escribir y hablar en lengua china. En 1582 fundó con Ricci en Zhaoqing la misión católica. En 1584, publicó su catecismo chino, el primer libro impreso por un europeo en China. Fue enviado a Roma (noviembre 1588) para solicitar del Papa que mandase un emperador al emperador Wanli, y así se lograra su permiso para que residieran los misioneros en el imperio. La muerte sucesiva de varios papas dejó a Ruggieri con pocas alternativas. Fue director espiritual y confesor en Salerno hasta su muerte, *vid Diccionario histórico...* vol. 4, pp. 3433-4.

² Visitador, provincial. Nació el 7 de febrero de 1539 en Chieti, Italia y murió el 20 de enero de 1606 en Macao, China. Fue el principal organizador de las misiones jesuitas en Asia Oriental. Al estar oficialmente prohibida en Japón, construyó (1593) el colegio de Macao como centro de apoyo para las misiones china y japonesa. Escribió el primer *Summarium Indicum*, un valioso compendio de sus experiencias. Trabajó mucho para formar un clero indígena en India, *Ibidem...* vol. 4, pp. 3877-8.

³ Misionero, su nombre chino Li Madou. Nació el 6 de octubre de 1552 en Macerata, Italia y murió el 11 de mayo de 1610 en Beijing/Pekín, China. Tras su ordenación en Goa fue llamado para prepararse a trabajar en China, años después sería Superior de la misión china; compuso unos veinte libros, científicos y no científicos. Los chinos le han honrado como el “hombre sabio de occidente” e historiadores de renombre mundial le han considerado como “el intermediario cultural más sobresaliente de todos los tiempos entre China y Occidente”. Su causa de beatificación está en proceso, *Ibidem...* vol. 4, pp. 3351-3.

⁴ Valignano, *Op cit.* pp. 214-229.

⁵ Vincent Cronin, *Ricci descubre China*. Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1957, p. 35.

⁶ Alfonso Alfaro, “Hombres paradójicos: experiencia de alteridad” en *Las Misiones de los jesuitas, Artes de México*, no. 65, 2003, p. 15.

⁷ Cuando se tomó esta decisión, se creyó que los bonzos eran tenidos en la misma consideración que en el Japón, donde se les respetaba casi como a los sacerdotes cristianos en Europa. Pero en China, la mayoría de los bonzos fueran taoístas o budistas, eran idólatras y magos, ignorantes y señalados por sus vicios. Los mandarines consideraban a los bonzos como la escoria del mundo. Cronin, *Op. cit...* p. 107.

⁸ Los graduados constituían tres clases: bachilleres en artes, maestros y doctores, títulos que alcanzaban mediante la aprobación de exámenes cuyo tema central eran las obras clásicas de Confucio. Solamente los maestros y doctores –hombres de elegante estilo literario y tradicional cultura- podían desempeñar puestos oficiales. Esta élite intelectual era la agrupación más poderosa de China, consolidada por su lenguaje elegante y demasiado complejo para ser aprendido por las masas, *Ibidem...* p. 53.

⁹ Ricci fue el primero en traducir a Confucio a una lengua occidental, K'ung Fu-Tzu

respetable maestro Kung- transliterándolo en latín como Confucius, *Ibidem...* pp. 109-110.

¹⁰ Huang Xiang, "La estrategia misionera en China" en *Las Misiones de los jesuitas en Artes de México*, no. 65, p. 30.

¹¹ Cronin, *Op cit...* p. 111.

¹² *Ibidem...* p. 120.

¹³ En esta empresa le fue de gran ayuda su capacidad memorística desarrollada gracias al método mnemotécnico aprendido en Europa, consistente en la construcción de un palacio mental lleno de habitaciones donde almacenar recuerdos y sistematizado de una manera que facilitaba su recuperación, *vid*, Jonathan D. Spence, *El palacio de la memoria de Mateo Ricci. Un jesuita en la China del siglo XVI*. Barcelona, Tusquets Editores, 2002.

¹⁴ Xiang, *Op cit...* p. 34.

¹⁵ Cronin, *Op cit...*p. 146; *Diccionario histórico...* vol. 1, p. 776.

¹⁶ Cronin, *Op cit...* pp. 218-9. Por ello, la aceptación de las ceremonias de culto a los ancestros, los signos de reverencia a la memoria de Confucio y el intento de utilizar los conceptos de la tradición clásica china para traducir las nociones de la revelación, *vid*, Alfaro, *Op cit...*p. 20. Este método provocó la *Controversia de los ritos chinos*, ya que las órdenes que llegaron a China, franciscanos y dominicos, no estaban de acuerdo con el método utilizado, *vid* Donald F. St. Sure and Ray R. Noll, *100 Roman Documents concerning the Chinese Rites Controversy (1645-1941)*, San Francisco California, Ricci Institute for Chinese-Western Cultural History of the University of San Francisco, 1992. (Studies in Chinese History, 1).

¹⁷ Desde 1598 Ricci llegó a Pekín, pero no logró tener audiencia del emperador, esto se dio hasta 1601 en que logró permiso para establecerse definitivamente en China, después de 18 años de diligencias, *vid* Guzmán, *Op cit...* pp. 213-4.

¹⁸ Cronin, *Op cit...*pp. 276-7.

¹⁹ *Ibidem...* pp. 276-287.

²⁰ Nombre chino: Jin Nige Sibiao. Nació el 3 de marzo de 1577 en Douai, Francia y murió el 14 de noviembre de 1628 en Hangzhou, China. De gran poder persuasivo logró que el Santo Oficio (enero 1615) permitiese que los sacerdotes, por respeto hacia las normas de etiqueta china, se cubriesen para la celebración de la misa con un bonete especial y que se tradujese la Biblia al chino clásico, *vid* *Diccionario Histórico...* vol. 4, pp. 3838-9.

²¹ Nombre chino: Tang Rouwang Dao Wei. Misionero, científico. Nació el 1 de mayo de 1592 en Colonia, Alemania y murió el 15 de agosto de 1666 en Beijing, China. Junto con Xu Guangqi y algunos ayudantes chinos, tradujo o compuso varias obras básicas sobre matemáticas y astronomía. Además de su labor para el gobierno, ejerció su actividad misionera en Pekín y sus cercanías y formó una pequeña comunidad cristiana dentro del palacio. Es considerado "uno de los dos o tres europeos que, después de Ricci y antes que Verbiest, desempeñaron un papel en la historia moderna de

China. Hombre de Iglesia, hombre de ciencia, hombre de acción, un hombre sencillo tan capaz de ironía como de compasión, esta personalidad polifacética, atrae e intriga”, *Ibidem...* vol. 4, pp. 3514-5

²² Félix Alfredo Plattner S.J., *Jesuitas en el mar. El camino al Asia. Contribución a la historia de los descubrimientos*. Buenos Aires, Editorial Poblet, 1952, pp. 121-122.

²³ Nombre chino Wei Kuangguo, misionero, historiador, cartógrafo. Nació el 20 de septiembre de 1614 en Trento, Italia y murió el 6 de junio de 1661 en Hangzhou, China. Pasó ocho años visitando siete provincias con fines pastorales y científicos, e incluso fue a Pekín. En 1650 fue enviado a Roma para presentar el método de evangelización y logró que la Congregación de Propaganda FIDE (23 de marzo 1656) emitiera un decreto favorable a los jesuitas. Tras un azaroso viaje (piratería, tempestades y enfermedades), llegó a Hangzhou en 1659 y reanudó su trabajo pastoral, murió víctima del cólera, *vid Diccionario histórico...* vol. 3, pp. 2528.

²⁴ Nombre chino: Lei Xiaosi Yongwei. Misionero, cartógrafo. Nació el 29 de enero de 1664 en Istres, Francia y murió el 24 de noviembre de 1738 en Beijing, China. Excelente matemático, su viaje para hacer las mediciones le facilitó establecer varias comunidades cristianas y llevar a cabo algún trabajo pastoral. Se le conoce también por ser autor de la primera traducción occidental del *Yi Ping* (Libro de los Cambios), uno de los clásicos chinos más antiguos, *Ibidem...* vol. 4, p. 3322.

²⁵ Nombre chino: Dou Demei Jiaping, misionero, matemático, cartógrafo. Nació el 2 de agosto de 1669 en Embrum, Francia y murió el 30 de noviembre de 1720 en Beijing, China. Quizá su carta más importante es la que describe la raíz medicinal china, ginseng. Compuso varios ensayos latinos sobre astronomía, uno de ellos enviado a Wilhelm Leibniz, quien lo publicó, y otros dos sobre el cálculo de diámetros y circunferencias, *Ibidem...* vol. 3, pp. 2140.

²⁶ Nombre chino: Fei Yin Cuncheng. Misionero, matemático, cartógrafo, nació el 11 de marzo de 1673 en Linz, Austria y murió el 4 de junio de 1743 en Beijing, China. Sus conocimientos matemáticos motivaron su llamada a la corte imperial, donde fue miembro del tribunal de matemáticas. Con ocasión de los viajes para realizar el mapa de China, pudo darse cuenta de la vasta expansión del país, especialmente donde pocos misioneros habían entrado. Fue rector del colegio portugués de Pekín seis años, y luego fue a la residencia de San José, que formaba parte del Dongtang (Iglesia este). Pese a la prohibición oficial del cristianismo, pudo continuar atendiendo a los cristianos chinos en la capital. Cuando murió, el emperador Quianlong sufragó los gastos del funeral, *Ibidem...* vol. 2, p. 1530.

²⁷ Nombre chino Tang Shangxian Binjai. Misionero, cartógrafo. Nació el 29 de enero de 1669 en Pont-à-Mousson, Francia y murió el 25 de febrero de 1724 en Beijing, China. Comenzó su labor apostólica en Jiangxi y posteriormente fue nombrado provicario (1707-1715) en Shanxi. Después se le envió a Liaodong para abrir una

misión. Desde 1718 a 1720 fue superior de la residencia del Beitang (Iglesia norte) en Pekín, *Ibidem...* vol. 4, p. 3705.

²⁸ Plattner, *Op cit...* pp. 122-124, 247, 251-255.

²⁹ Nombre chino: Nan Huairén, misionero, astrónomo, ingeniero. Nació el 29 de octubre de 1623 en Pitem, Bélgica y murió el 28 de enero de 1688 en Beijing, China. Fue nombrado gerente del Buró de Astronomía. Preocupado por el porvenir de la Iglesia en China, escribió una carta circular a sus hermanos en Europa, proponiendo la fundación de un noviciado en China. Sabiendo que era criticado en algunos sectores por su cargo de mandarín y los otros en la burocracia de la corte, escribió a Inocencio XI para explicar su conducta, el Papa aprobó su actividad. Además de los calendarios anuales, sus obras más importantes fueron *Yixiang zhi* (Instrumentos y aparatos de observatorio) en 1673. Su *Astronomía Europea* explicaba a los europeos la introducción de la astronomía occidental en China; entre sus escritos religiosos, su *Jiaoyao xulun* (Explicación ordenada de los rudimentos de la fe) se reimprimió con frecuencia. Verbiest fue un misionero hasta la médula, a menudo sentía no poderse entregar al apostolado directo, pero sabía muy bien que su trabajo científico era necesario para que sus hermanos pudieran ejercer su ministerio, *vid Diccionario histórico...* vol. 4, pp. 3928-9.

³⁰ Cronin, *Op cit...* p. 293; Plattner, *Op cit...* pp. 127-131, 218.

³¹ El secreto de la extraordinaria labor en China consistió en tender un puente entre el abismo de las culturas de China y Occidente, las dos totalmente desconocedoras una de la otra. Ricci abrió canales por los que el Evangelio pudiera llegar a la intelectualidad china. Esta actitud inspiraba una total adaptación a la vida y civilización de China, como condición necesaria para la evangelización. A este método se le llama ahora adaptación misionera o inculturación, *vid, Diccionario histórico...* vol. 4, pp. 3367-72; Plattner, *Op cit...* p. 132-133.

³² Nombre chino Ji Li'an Yunfeng, misionero, astrónomo, visitador. Nació el 14 de septiembre de 1655 en Würzburg, Alemania y murió el 24 de julio de 1720 en Beijing, China. Dedicado al servicio del emperador, utilizó al máximo sus habilidades matemáticas, científicas y tecnológicas. Fue procurador y notario apostólico durante la visita de Tournon y su obra *Acta Pekinensia*, es una descripción exacta y penetrante de la visita del legado y de sus resultados; sufrió críticas y controversias por defender la causa de los jesuitas. Kögler resumió su vida: "trabajó más que nadie, tanto en lo que hizo como en lo que sufrió", *Diccionario histórico...* vol. 4, pp. 3651-2.

³³ Plattner, *Op cit...* pp. 262-3.

³⁴ Su nombre chino: Nan Huairén Wodel, nació el 9 de enero de 1707 en Viena, Austria y murió el 22 de mayo de 1787 en Tangjiaxiang, China. Fue visitador (1748-1751) y nombrado obispo de Nanking el 15 de mayo de 1752. Sus cartas revelan intenso interés en el cuidado pastoral, *vid Diccionario histórico...* vol. 3, p. 2263.

³⁵ Plattner, *Op cit...* pp. 284-285, 295-297, 301-307.

³⁶ *Ibidem...* p. 269.



En Mailla, Joseph - Anne - Marie de Moyrie, *Histoire générale de la Chine, ou Annales de cet Empire*, Paris, Chez de Pierres et Clousier, 1779, vol. 9

Por lo que mira al Cabo de Buena Esperanza, es bien conocido en Francia desde los viajes del Padre Tachard⁹; pero se debe distinguir mucho entre lo que se dice del jardín de la Compañía de Holanda, y lo demás, que allí se ve, porque todo lo demás es casi nada. El jardín es de las cosas más primorosas, que se pueden imaginar. Verdad es, que el arte tiene menos parte en su primor, que la naturaleza. No se encuentran allí, como en nuestras casas de campo, cuadros regulares, estatuas, juegos de agua, bóvedas enramadas con arte. Es el jardín un agregado de todo lo más raro y curioso, que se cría en los bosques y jardines de las cuatro partes del mundo. Además de los naranjos y limoneros, que son altísimos y no están plantados en tiestos, hay una variedad y multitud infinita de otros árboles, y plantas desconocidas por la mayor parte en nuestro país, que están siempre verdes y con flor. Hay legumbres y frutos sin término, de un gusto excelente, y que se cogen en las cuatro estaciones del año: calles ya abiertas al sol, y tan sombrías que pueden llamarse obscuras: que se cortan y atraviesan en un terreno muy extenso y llano.

Se ve un riachuelo de agua pura y cristalina, que se pasea por el jardín con tanta hermosura y simetría, como si su canal se hubiera hecho a propósito. La mar le sirve de perspectiva y en su simplicidad forma a cada instante para los ojos, y la razón, un nuevo embeleso y espectáculo. Aseguró a vuestra reverencia que todo esto junto, haría, aun en Francia, un paseo de los más deliciosos, y que más arrebatase la curiosidad y admiración de los extranjeros.

Después de tres meses de navegación, partimos del Cabo de Buena Esperanza el día 10 de junio de 1698. Ya teníamos andado más de la mitad del camino, si hubiéramos tenido la fortuna de entrar en el Estrecho de la *Sonda* (a)¹⁰. Los prácticos de estos mares saben muy bien, que es lo regular hacer en dos meses la navegación, desde el cabo a *Batavia* (b)¹¹. Nos era muy fácil, pues navegábamos maravillosamente

hasta noventa grados de longitud; más luego que tocamos a esta altura, se juzgó, que era tiempo de elevarnos en latitud. Tan bien lo hicimos, que estando el 21 de julio en seis grados y medio de latitud, que es casi la misma, que tiene la isla de Java, pensábamos ver tierra. No obstante, avanzando siempre, nos hallamos el día 26 de julio en cuatro grados y medio, sin ver tierra hasta el día 31, que vimos la de *Sumatra*¹². Pero habíamos errado en más de sesenta leguas del estrecho de la *Sonda*, sin posibilidad de volver a él. Es preciso, que el error de nuestros pilotos fuese enorme. Hallábamos, pues, perplejos sobre nuestro arribo a la China en aquel año, más viéndonos faltos de socorro humano, acudimos a Dios, mediante la intercesión del apóstol de las Indias San Francisco Xavier, para alcanzar la gracia de llegar aquel año al término de nuestros deseos.

Habíamos ya dado principio, en honra de este gran Santo, a la devoción de los diez viernes (c)¹³. Añadimos también un voto por el cual nos obligamos todos a comulgar en el primer puerto de la China, donde arribásemos este año, o a concurrir con algo para hacer en la isla de Sanctian una pequeña capilla sobre el sepulcro del santo apóstol, para defenderlo del agua y poder decir en ella misa con decencia.

Haciendo después reflexión sobre nuestra desgracia, y para que otros no yerren, como nosotros, el estrecho de la *Sonda*, nos parece que al salir del Cabo, y encontrando los vientos del poniente, deberíamos haber seguido sin variar la longitud, hasta los cien grados, y no solamente hasta los noventa, en que empezamos a elevarnos en latitud: o para hablar sin rebozo, por mucho tiempo no supimos donde estábamos, persuadidos a que lo sabíamos; y quien se engañare tanto como nosotros en la longitud, errará después precisamente tanto, o más que nosotros. No pudimos arribar a *Achem* hasta el día 18 de agosto. Por espacio de tres semanas tuvimos que padecer, lo que tiene la línea de más terrible: quiero decir, calmas, calores, lluvias y

Por en medio de dichos árboles se cubre algo de la ciudad. Al principio me pareció como aquellos países, que forja la fantasía de un pintor o de un poeta, que ofrece a la primera ojeada todo lo hermoso y agradable de una campiña. Todo ello está natural y sin artificio campestre y aun con algo de bosque.

Nada he podido averiguar de cierto sobre el gobierno actual de esta nación. Hablan de una reina de *Achem*; pero la tengo por fingida, o si la hay en realidad, es un fantasma su dominación: pues cuatro o cinco de los principales *Oransois* (d)¹⁶ tienen repartido entre sí el poder, que es bien corto. Los achemeses nada suponen ya. No tiene su país trigo, ni vino: su comercio se reduce a pimienta y oro. Para hallar este precioso metal, no han menester abrir las entrañas de la tierra, porque le cogen en los declives de los montes, donde se precipitan las aguas. El de *Achem* es el más estimado, y pasa por el de más quilates. Pasado el estrecho de *Malaca*, podemos contemplarnos ya fuera de lo más difícil y penoso de la navegación. Dos veces estuvimos a pique de perdernos. Fue nuestra entrada en él el día 23 de agosto, y no pudimos salir hasta el 20 de septiembre, gastando 29 días en 220 leguas: que por tierra hubiéramos andado más presto. Toda la maniobra era echar y levar el ancora [ancla], y para colmo de nuestra desgracia, no tuvimos otro piloto, que un pobre portugués, que no veía ni gota, y perdía la tramontana cuando perdía de vista la tierra. A expensas de su propio trabajo aprendieron este rumbo nuestros pilotos franceses, e hicieron mapas de él harto mejores, que los demás hasta ahora publicados. Al fin de esta carta referiré el rumbo que se ha de seguir para pasar con regularidad este estrecho.

Dista de *Achem* la ciudad de *Malaca* como 150 leguas: y hay en ella la misma amenidad como verdor, países campestres y casas de la mejor fábrica. El concurso de naciones es mayor, como también más floreciente el comercio, más europeos y menos desaseo, sin que por

no hubiera puesto en maniobra a todo el equipaje, haciéndole virar sin interrupción con el cabestán (e)¹⁷, nos hubiéramos ido a pique sin remedio. Nos quedamos en 20 pés de fondo, hasta las dos de la mañana, que nos hicimos a la vela.

El 24 de septiembre estábamos ya a la vista de *Polcondor* con un viento favorable. Habíamos hecho ánimo de descansar allí; pero persiguiendo el viento aun más favorable para nuestro rumbo, estorbó la ejecución de este primer intento. Fuera de que el fondo era difícil, y el paso (f) demasiado estrecho para poder bordear (g).

El 29 supimos, poco más o menos, que estábamos ya sobre un gran banco de rocas de más de 100 leguas de largo y se llama *Paracel*; pero nada menos esperábamos que meternos en medio. Sondeamos a los cuatro de la tarde y nos hallamos fondo: y con un nuevo viento que sobrevino, adelantamos mucho en pocas horas. A las cinco y media, cuando íbamos a la capilla, nos quedamos pasmados de ver, que el mar había enteramente mudado de color. Después de la oración, vimos claramente el fondo, que era todo de rocas puntiagudas: vuestra reverencia contemple con que susto. Todos nos dábamos ya por perdidos, echamos la fonda y hallamos solamente siete brazas de agua, subimos a la galería, y todo el mar estaba llenos de espumas y quebrándose contra las rocas delante de nosotros. Si nuestro paso por allí hubiera sido por la noche o hubiera sobrevenido alguno de aquellos vientos fuertes tan ordinarios en estos mares, hubiéramos sin duda naufragado. Lo único que pudimos hacer, fue volver atrás con la mayor diligencia.

Venía ya la noche, y hallamos un fondo desigual y siempre de rocas más duras que el hierro. No dudamos estar en el *Paracel*; y así a cada momento esperábamos se estrellase nuestro navío. Velaba Dios sobre nosotros, sin que lo echásemos de ver: y disipándose de repente un nublado, que teníamos delante, se levantó un viento en popa que nos sacó de las puertas de la muerte. En todo el peligro no se oyó en el

navío el menor grito de aquéllos, que suele haber por lo común: reinaba un triste y melancólico silencio: retratándose la conciencia (si puedo hablar así) en el semblante de cada uno.

Aprendí entonces por mi propia experiencia, lo que en tantas relaciones había leído; y es, la diferencia que hay del riesgo, cuando se ve de lejos al pie de un crucifijo, de cuando se experimenta y se padece. Como ya no me quedaba (según toda apariencia) sino un instante de vida, se me representaban con más viveza que nunca, las verdades, que muchas veces había meditado. Dichosos los que en lances semejantes tienen el haber emprendido algo por Dios. ¡Qué fácilmente se hace propósito de huir menos el trabajo de allí adelante!

Entre 7 y 8 de la noche volvimos a echar la sonda: y no habiendo hallado fondo, nos contemplamos fuera de peligro. Pero aunque éste pasó, juzgó que no pasará tan presto la impresión que hizo en el corazón de muchos, y que producirá los frutos que pretende Dios, cuando levanta tales tempestades.

No se lo que Dios nos previene en la China, pero hasta ahora no hemos estado sin prueba. Los misioneros experimentados dicen, que es buena señal, y nosotros (gracias a Dios) nada deseamos con más ansia, que corresponder fielmente a los designios, que de nosotros tiene concebidos.

Aunque ya no estamos a mucha distancia de la China, estuvimos en todo expuestos a no poder llegar a ella este año, por haber pasado ya el tiempo propio, y estar muy desenfrenados los vientos desde el 27 de septiembre. Aumentamos nuestras oraciones y el Padre Bouvet mostró más que nunca su celo y su confianza en Dios, quien en fin oyó nuestras súplicas, pues el día 5 de octubre, como a las 7 de la mañana, avistamos la tierra prometida.

Esta era la isla de *Sancian*, donde a una jornada de su sepulcro, nos condujo San Francisco Xavier. Los primeros días no sabíamos

donde estábamos, y apenas nos querían creer los demás a nosotros, cuando decíamos, que habíamos estado, como estuvimos, en aquel glorioso sepulcro, para satisfacer nuestra devoción, y cumplir el voto, que habíamos hecho. Partimos a este santuario un jueves 9 de octubre y habiendo caminado cuatro leguas buenas por mar, y una por tierra, nos hallamos de repente en aquel lugar que buscábamos. Vimos una gran piedra empinada y luego que pudimos leer aquellas tres o cuatro palabras portuguesas: *Aqui foi sepultado San Francisco Xavier*, besamos muchas veces tierra tan santa. Algunos la regaron con sus lágrimas, y yo me hallé penetrado de tan vivos movimientos de dulzura y consuelo, que estuve más de un cuarto de hora como fuera de mí, y sin arbitrio para otra cosa, que para gozar de lo que sentía.

Después de estos primeros éxtasis del fervor, examinamos exactamente aquel monumento y después con ramas de árboles y un pedazo de vela, hicimos una pobre tienda, no muy semejante de la cabaña en que murió San Francisco Xavier. Finalmente, cantamos el *Te Deum*, con la letanía del santo y entramos en la más bella y alegre noche, que podrá por ventura haber en este mundo.

Que alegría tan pura se percibe, cuando en una ocasión como ésta, comunican unos con otros todo lo que tienen en el pensamiento, y sienten en lo íntimo del corazón. Uno decía: damos principio a nuestro apostolado en donde San Xavier dio fin al suyo. Él no pudo pasar de aquí a penetrar en el vasto imperio de la China, y nosotros vamos a entrar sin tropiezo alguno. ¿Qué no debemos esperar hacer para gloria de Dios, con la protección de un santo, que ha conseguido abrirnos la puerta? Él murió aquí, decía otro, por la gloria de Jesucristo, consumido de trabajos, después de haber convertido naciones enteras: ¿lograremos nosotros la misma fortuna? Cantamos después la letanía de la Virgen, y rezamos el rosario: y volvíamos a las alabanzas del santo, entretejiendo estas devociones con discursos tan piadosos como las

oraciones mismas. Recorriamos las virtudes todas del grande apóstol, y veía yo, que ninguna había, de que no me hallase faltó y necesitado. Otro trajo a la memoria aquella noche, que pasó entera San Ignacio en la iglesia de Monserrate, delante de la Santísima Virgen, cuando se consagró todo a Dios: y por la no pequeña semejanza de una, y otra vigilia, llamamos a aquella noche *nuestra noche de armas*.

Con estas reflexiones, vimos venir el día, y tuvimos el gusto, y consuelo ocho sacerdotes, que éramos, de decir todos allí misa un viernes, día de San Francisco de Borja, sirviéndonos de altar la piedra del sepulcro del santo apóstol. Dichas las misas, cantamos otra vez el Te Deum, besamos cien veces la tierra, tomando de ella con respetuosa veneración, como la de una preciosa reliquia: y no volvimos cantando alabanzas al Santo, cuyo espíritu pedíamos a Dios, que nos comunicase.

Ya en fin, al cabo de siete meses, llegamos a la China, habiendo salido de la Rochela el día 7 de marzo de 1698 y echando ancora en *Sancian* el 6 de octubre. De estos siete meses se han de rebajar más de 20 días que perdimos en el Cabo *Achem*, *Malaca*, y en dos o tres islas desiertas, que pudiéramos haber empleado mejor: y también el tiempo que gastamos en llegar a *Achen*, y pasar el estrecho de la Malaca: que todo viene a componer dos meses y no era menester tanto tiempo para venir desde Java a la China. No me admiro, que un navichuelo inglés, que encontramos en Cantón, hubiese hecho su viaje en menos de cinco meses: pues por el nuestro se echa de ver, que si no se pierde el rumbo, es navegación de seis meses desde Francia a la China.

Más aunque estábamos en *Sancian*, no por ello podemos decir, que habíamos llegado a nuestro término y de no haber sido por el Padre Bouvet, no hubiésemos pasado de allí por entonces. Partió dicho Padre a buscar el mandarín más próximo, que vive en una ciudad pequeña, por nombre *Cuang Hai*: desde donde envió luego noticias, y socorro a monsieur de La *Roque*. Vino un mandarín con pilotos de la costa, que,

so pena de la vida, se obligaron a conducir el navío más de la mitad del camino a Cantón. Son dos los rumbos para esta ciudad, uno por medio de las islas, y otro por alta mar; más este segundo es muy peligrosos por aquel tiempo, pues cualquier viento recio es bastante para echar muy lejos el navío, y ponerle en precisión de buscar abrigo en las *Molucas*. Con todo esto tomamos este último rumbo, bordeando porfiadamente hasta *Macao*. Nos hicimos a la vela de *Sancian* el 13 de octubre, y echamos ancora en la isla de *Macao* el 24. En este intermedio pasó el Padre Bouvet desde *Cuang Hai* a *Cantón*, para escribir a la corte su llegada: y habiendo tomado sus medidas con los mandarines, salió a encontrarnos por entre las islas.

Esta edificada la ciudad de *Macao* en una pequeña península, o por mejor decir, en la punta de una isla de este nombre. Esta lengua de tierra se une a la restante de la isla por una garganta muy estrecha, en que han levantado un muro, que la separa. Cuando se echa ancora por la parte de afuera, no se ve por todos lados sino islas, que forman un gran círculo y dos o tres fortalezas sobre unos cerros, y tal cual casa de los arrabales de la ciudad. Parece desde allí que, así fortalezas como casas, están sobre un terreno de mucha elevación, que sirve de término a la vista por aquel lado; pero entre este terreno, que hace una isla bastante capaz y *Macao*, hay un puerto muy bueno, y a lo largo de la rivera está situada la ciudad. Sus casas son a modo de las de Europa, aunque algo bajas y por lo que toca al verdor, no desmiente del todo a la ciudad el aire de las de Indias.

En *Macao* son más los chinos que los portugueses, y éstos, mestizos casi todos, y nacido en Indias o en la misma isla. Son pobres por lo general, y así viven despreciados de los chinos. Las fortificaciones de la ciudad son bastante buenas, el terreno muy ventajosos, la artillería mucha; pero muy mal asistida la guarnición y como todo va a ella de Cantón, son los chinos sus dueños, sin el menor recelo. Tiene

un gobernador portugués y un mandarín, con jurisdicción en todo el país, cuyo palacio está en medio de la plaza. Cuando manda algo, no pueden los portugueses excusarse de su obediencia. Nos recibió a todos los franceses con las mayores demostraciones de amistad y honor: de suerte, que no se puede gloriarse extranjero alguno de haber tenido tan buen recibimiento en este país: verdad es, que no había aportado hasta entonces navío como el nuestro. Nada pierde de su grandeza el nombre del rey, por pronunciarse a distancia de 6 mil leguas de Francia; antes bien, imprime en los corazones de la nación más soberbia del mundo un respeto, que no acompaña al nombre de los demás príncipes extranjeros.

Volvió entonces a nosotros el Padre Bouvet en una galera, casi tan larga como nuestra fragata, llevando todas las señales de distinción, que estilan traer en este imperio los *King-Tchais*, o enviados de la corte. Se pasmaron nuestros franceses de verle, por haber oído decir en Francia, que nada menos era, que enviado del emperador de la China. Recibimos una carta muy fina de los jesuitas de *Macao*. El Padre Bouvet fue con el Padre Régis¹⁸ a visitar al reverendo Padre Ciceri¹⁹, obispo de *Nankin*, y a los demás Padres, que vivían en la isla Verde.

Se llama así por sus muchas arboledas y amenidad, que se echa más de ver, porque toda contornada está enteramente árida y desierta. Su situación es cerca de la muralla, que divide la ciudad de *Macao* de todo lo demás de la isla, y casa de campo de los jesuitas portugueses. Su capilla es muy aseada, y la casa de buena fábrica; y es un paraíso por su mucha sombra y frescura. La había elegido el reverendo Padre Ciceri para retirarse algunos días: y en la realidad, es una soledad como nacida para un hombre apostólico, que quiere consultar a solas con su Dios, como otro Moisés, y cobrar nuevas fuerzas para trabajar después con más aliento en la conversión de las almas. Pero ya es tiempo de acabar mi viaje y llegar a Cantón.

Echamos ancora felizmente a tres leguas de esta gran ciudad, un domingo 2 de noviembre. Es el camino desde Macao hasta allí bien peligroso y más para un navío, como el nuestro, que necesitaba más de 17 pies de agua: y acaso no hubiera sido imposible, de no haber llevado consigo el Padre Bouvet los dos más hábiles pilotos del país. Luego que se entra en el río de Cantón, se empieza a ver lo que es la China. Sus dos riveras son unas grandes campiñas de arroz, verdes como unos prados, dilatadas hasta perderse de vista, y cortadas con una infinidad de pequeños canales: de suerte, que las barcas, que de continuo se ven ir, y venir a lo lejos, sin ver el agua que las sostiene, parece que corren sobre la hierba. Más tierra adentro se descubren montes coronados de árboles cultivados a lo largo del valle, como el teatro del jardín de las Tullerías: y todo interrumpido de tantas poblaciones a lo campestre y con tan hermosa variedad, que lejos de causar fastidio, teníamos que se pasase tan presto. Finalmente, tuvimos la felicidad de entrar en cantón la noche del 6 al 7 de noviembre, después de ocho meses de navegación, desde nuestra partida de Francia. Fue nuestro hospedaje en una posada, o casa dispuesta a cuenta del emperador y el Padre Bouvet hizo se diese otra, como ella, a monsieur de la Roque, y a los oficiales franceses. A esta especie de casas, llaman los chinos *Con-Koen*, y en ellas no se aposentán sino los enviados de la corte.

La ciudad de Cantón es mayor, que París, y tiene por lo menos igual vecindario. Sus calles son estrechas, y enlosadas de grandes piedras llanas, y muy duras, aunque no todas. Con unas sillas que se alquilan por poco dinero, no hacen falta los coches; cuyo uso sería aquí por otra parte imposible. Las casas son muy bajas y casi todas como tiendas de oficiales. Los mejores barrios se asemejan a las calles de la feria de San Germán: y casi por todas partes hay tanta gente como en dicha feria, a las horas de su mayor concurso: de suerte, que cuesta trabajo pasar por allí. Se ven muy pocas mujeres: y la mayor parte de toda esta

y alegrándose de oír, que la abrazan algunos magnates de su reino. ¿Y quién sabe si dista mucho el tiempo de su conversión?. Allá envió San Luis una embajada al emperador del Cathay: y no hay quien niegue entre los eruditos, que el Cathay sea la China. Era el fin de nuestro santo rey inclinar al emperador a convertirse al cristianismo. O ¡si quisiera Dios viésemos el dichoso día, en que el más grande, y glorioso sucesor de San Luis, acabase lo que dejó empezado aquel celoso monarca! Ello es cierto, que el emperador hace siempre una firme confianza de los jesuitas de nuestra nación. No hay quien ignore, que quien apoya en el imperio el cristianismo, es el Padre Gerbillon. El Padre Visdelou²² habilísimo en las matemáticas y ciencias chinas, ha sido enviado por el emperador a varias provincias a impedir las inundaciones de los ríos que arruinaban todo el país. El año pasado vino a Cantón el Padre Fontaney²³, de orden del emperador, a saber del Padre Bouvet, y recibirle, si acaso había llegado ya: y ahora sabemos, que lo está su majestad con impaciencia: con que no podíamos haber llegado aquí en más felices circunstancias. También sabemos, que han fallecido cuatro de los más antiguos y mejores misioneros, después de haber encanecido en los trabajos de esta misión, y convertido a Dios una infinidad de almas. Estos son los Padres Próspero Intorcetta²⁴, Adriano Grelón²⁵, Juan Vallat²⁶, y Domingo Gabiani²⁷. El Padre Vallat salió de Francia más de 50 años ha y se asegura que vino por tierra, y llegó en un año a la China. Es necesario resarcir tan grandes pérdidas. Yo todos los días pido a Dios, que inspire a muchos de nuestros hermanos aliento, para venir a entrar a la parte en unos trabajos, que pueden llegar a ser tan gloriosos, y tan fecundos. Aun cuando viviéramos tantos años como el Padre Vallat, y los demás que acabamos de perder, no tendríamos tiempo bastante para recorrer todas las ciudades de la China, y quedarían aún muchos idolatras, para los que viniesen después de nosotros.

Cuánto más prontos, y numerosos sean los socorros, tanto mayores serán los progresos de la religión, no sólo porque muchos misioneros pueden hacer lo que no pueden pocos; sino también porque el más seguro medio de reducir todo un país, es convirtiendo a muchos de una vez: esto mueve la curiosidad de los otros, por saber la causa de la mudanza tan repentina; y quién conoce bien el cristianismo, está muy poco distante de abrazarlo. No cesaremos, Reverendo Padre, de encomendar a vuestra reverencia en todas nuestras cartas un asunto tan digno de su celo y de su atención. El interés de Dios obliga a vuestra reverencia y la necesidad en que estamos, de una protección como la suya. Quedo con el más profundo respeto,

Muy Reverendo Padre. Su más rendido y obediente siervo, De Premare. Misionero de la Compañía de Jesús.

Tomada de Cartas edificantes, y curiosas escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la compañía de Jesús. Traducidas del idioma francés por el Padre Diego Davin de la Compañía de Jesús. Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernández, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, y de la Reverenda Cámara Apostólica, 1753, volumen 1, pp. 102 a 125.



Nanking
Nankong. Nankong

W. G. M. G. G.

P. G. G. G.

En *Historia general...*, vol. 4, entre pp. 436-7

CARTA DEL PADRE JEAN-FRANCOIS PELISSON²⁸
MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
AL REVERENDO PADRE DE LA CHAIZE²⁹ DE LA
MISMA COMPAÑÍA Y CONFESOR DE SU MAJESTAD.
CANTÓN (A), 9 DE DICIEMBRE DE 1700.
Pax Christi.

Reverendo Padre mío.

El celo que siempre ha mostrado vuestra reverencia por la gloria de Dios, y la salvación de las almas, le ha movido a tomar tanta parte en el establecimiento de nuestras misiones de la China, que jamás olvidaremos, ni sus cuidados, ni los beneficios, que ha querido hacernos. Esto me ha obligado a no dejar perder ocasión alguna de dar a vuestra reverencia pruebas de nuestro respeto, y de nuestro agradecimiento, informándole de lo que mira a la religión, ya en este imperio, o ya en los reinos vecinos; porque sabemos, que es la única noticia digna de su atención. Como me persuado, que estará vuestra reverencia informado por el Padre Fontaney, que partió de aquí el año pasado [1699] a bordo del Amphitrite, para volver a Francia, donde le envía el emperador; me limitaré en esta carta, a lo que ha pasado en este año.

No contento el emperador con haber dado a los jesuitas franceses una casa dentro del recinto de su palacio, les concedió, poco después, un gran terreno, contiguo a su habitación, y dio palabra de concurrir a los gastos de este edificio. El día 26 de enero de este año de 1700 habiendo ido a palacio el Padre Gerbillon³⁰, suplicó al primer eunuco de cámara, hiciese saber a su majestad, que ya se hacían disposiciones para fabricar la iglesia en el paraje, que con tanta benignidad les

Breuis Relatio eorū,
quæ spectant ad Declaratio-
nem Sinarū Imperatoris

Kam Hi

circa Celi, Cumsucij, et Auorū
cultū, datam anno 1700.

Accedunt Primatū, Doctissimo-
rūq; virorū, et antiquissimæ Tra-
ditionis testimonia.

Opera PP. Societ. Jesu Pekini pro
Euangelij propagatione laborantium

Portada de la declaración hecha...

había señalado: y que así suplicaban, con el mayor rendimiento, a su majestad, se dignase traer a la memoria la gracia, con que los había brindado, de contribuir para la obra: lo que sería para ellos un honor, que eternamente agradecerían.

El emperador mandó, se preguntase al Padre Gerbillon, ¿por qué no venía acompañado de los demás Padres a pedirle esta gracia? *Porque edificar una iglesia a Dios*, añadió este príncipe, *es cosa que mira a todos los misioneros, y todos deben interesarse en ello*. Respondió el Padre, que no sabiendo si la petición, que se atrevía a hacer, sería agradable a su majestad, no había osado venir a palacio de un modo tan ruidoso; pero que alcanzada la gracia, no dejaría de convidar a todos los Padres, a que juntos diesen gracias a su majestad; y que ya que el emperador lo tenía a bien, iba aquel mismo día a llamarlos, a que viniesen a pedir una gracia, de que resultaba tanta honra a la religión cristiana.

Fueron el día siguiente a palacio los Padres de las tres casas, que tenemos en Pekín (b), siendo los únicos misioneros de esta gran ciudad. Envió el emperador al primer eunuco con dos mandarines a recibir su memorial. Respondió a él el príncipe, que siendo cosa tanta edificar una iglesia, quería contribuir a ello, para honrar su religión, y sus personas: que daría orden de que les suministrasen los materiales necesarios. Con las ceremonias acostumbradas, agradecieron los Padres el beneficio, y se retiraron.

El día siguiente, 28 de enero, tuvieron orden de volver a palacio. El emperador les mandó dar a cada uno dos piezas de seda, y un pan de plata de cincuenta taels³¹. El tael de Pekín, equivale a casi cinco libras, (o cinco pesetas) moneda de Francia.

Habló el Padre Grimaldi³², como misionero más antiguo, y superior del colegio, y dijo: que no teniendo términos con que explicar su reconocimiento, ni el de sus compañeros, por los beneficios con que su majestad se dignaba colmarlos; y pudiendo Dios sólo suplir su



CHINE. — Une école catholique à Péking, d'après une peinture chinoise (voir p. 556).

En Historia de las misiones...

insuficiencia, iban a emplear el dinero, que acababan de recibir, en echar los cimiento, y levantar la fábrica de una iglesia, dedicada al Dios verdadero, para alcanzar de su misericordia, que conservase, y colmase de bendiciones a un príncipe tan querido y amable. Celebró mucho el emperador esta acción de gracias. Suplicó el Padre Grimaldi se le diese por escrito la licencia, de edificar una iglesia dentro de los límites de su palacio, y que en ella se notase, que su majestad había querido contribuir a su fábrica. Tuvo su petición el efecto, que deseaba. No satisfecho el emperador de todos estos favores, mandó, que un mandarín de su palacio tomase la intendencia de la obra, dando con eso a conocer a toda su corte, que se interesaba su majestad de un modo muy particular en la fabricación de la iglesia: pienso, que presto se concluirá, y que para el verano próximo se dirá en ella misa.

¡Que gozó y júbilo para los cristianos, el ver que le emperador se declara tan abiertamente por protector de nuestra religión! Se aumenta cada día el número de los fieles, y no hay domingo, ni día de fiesta, que no se bautice alguno en las tres iglesias, que tenemos en Pekín. Entre los que han muerto este año, hemos perdido un cristiano muy fervoroso, por nombre Sy-Loaye. Diez años ha, que hizo dejación de su empleo de mandarín, para recibir el bautismo. Ha sido el primero, que se ha convertido de los mandarines, que tienen a su cuidado señalar los buenos, y malos días para los casamientos, viajes, fábricas de casas. Desde que se bautizó ha compuesto siete, u ocho libros diferentes, en defensa de la religión, y particularmente contra la superstición de días faustos, o infaustos. Padebió de parte de sus parientes malos tratamientos, que le redujeron a pobreza; pero Dios, que siempre le había sostenido en sus desgracias, le llenaba de tantos consuelos, que se tenía por muy dichosos, en padecer por amor de Jesucristo. Como su vida fue tan santa, debemos creer, que está en el cielo, y que sin duda intercederá por sus paisanos.

todos nuestros ejercicios de religión tan públicamente, como antes de la persecución. A principios de este año, algunos ladrones, o por mejor decir, enemigos de los cristianos, [para] malquistarnos [enemistarnos], derribaron e hicieron pedazos algunos ídolos del campo. El rey echó la culpa a los cristianos, no dudando, que eran los autores de este hecho. Llego al mismo tiempo a su noticia, que el día de la ceniza, 24 de febrero, había habido gran concurso de gente entre nuestras iglesias; y dio orden que se matase a todos los cristianos, que se hallasen en nuestra primera junta. Tuve de ello aviso el día 6 de marzo, y con ello impedí, que concurriesen.

Éramos entonces en esta ciudad cinco misioneros europeos; a saber, los señores Pedro Langlois y Juan Cappon, eclesiásticos franceses; los Padres [Pietro] Belmonte³⁶, y Giuseppe Candone³⁷, jesuitas italianos y yo. El 12 de marzo vinieron de mano armada a nuestras Iglesias, prendieron a nuestros criados, saquearon cuanto hallaron en nuestras casas, y los misioneros quedaron presos, cada uno en su iglesia. El día 15 del mismo mes, los cuatro misioneros presos fueron llevados a la cárcel pública. Al señor Langlois y Padres Candone y Belmonte, pusieron al cuello la gamella, o *cangue*(e). No era yo lo bastante agradable a Dios, para merecer igual tratamiento. Me prendieron, pero al día siguiente me pusieron en libertad, por mi profesión de matemático.

Se publicó el día 17 el edicto del rey, mandando que en todo el reino se derribasen todas las iglesias de los cristianos, se quemasen todos los libros de su religión: se prendiese a todos los misioneros: que todos aquellos, que habían abrazado el cristianismo, se volviesen a la religión del país; y que en testimonio y prueba de su sumisión al decreto, cristianos, e idolatras, hombres, y mujeres, mozos y viejos; en fin todos, pisasen la imagen santa del Salvador, que siempre es la que principalmente exponemos en nuestras iglesias, en medio del altar, y a vista de todos. Al instante se puso en ejecución el real mandato en palacio, en

Había mandado el rey, que se diese al pillaje de los soldados todo lo que perteneciese a los cristianos, exceptuando aquellas cosas, que miramos como santas, que quería que le llevasen; entre otras, le llevaron muchas reliquias, algunos eran huesos enteros. Tomándolas en sus manos, y mostrándolas a sus cortesanos, les dijo: “Mirad ahí hasta donde llega la impiedad de los cristianos: sacan de los sepulcros los huesos muertos, que nos causan horror. Hacen más, *añadió*, porque después de haberlos reducido a polvo, los echan en sus bebidas, o hacen de ellos unas pastas, que dan al pueblo, hechizándole por este medio, de tal manera, que acude ciegamente a ellos, y abraza su doctrina. Viendo el rey, que este discurso encendía contra nosotros el furor de toda su corte, mandó, que se expusiesen los huesos en la plaza pública, y que se informase al pueblo del uso, que de ellos hacíamos. Este suceso hizo comprender a todos los misioneros, que no es aun tiempo de enviar regalos de esta clase a estos países, ni de exponerlos a la veneración pública, por no echar, como dice el Evangelio, las margaritas a los puercos.

Entretanto atormentaban con furor a los cristianos prisioneros, y más a los naturales del país. Uno de éstos, a quien, por su destreza en instruir, se había dado el título de catequista general del reino, desde la primera pregunta, dijo: que nada tenía más en el corazón, que obedecer a las órdenes del rey, y apostató al instante. Se sujetaron en las provincias al edicto real. Un mandarín considerable hacia el norte, rehusó generosamente pisar la santa imagen, y fue llevado preso a la corte. Presentado al rey, le dijo este príncipe: “sin dilación has de pisar esta imagen, o perder la vida; ¿cuál escoges? Señor, *respondió el mandarín*, mil veces quiero más perder la vida, si es menester. Pronto a obedecer a vuestra majestad en todo lo demás, no lo puedo hacer en lo que pertenece a mi religión. Cuando mozo, *añadió*, me llevó mi Padre consigo un día a la iglesia y mostrándome la santa imagen: Sabed

hijo mío, me dijo, que el creador del cielo y de la tierra, usando de su misericordia infinita con el hombre perdido por el pecado, envió a la tierra a su Hijo unigénito Jesucristo, cuya imagen tienes delante de los ojos, para que muriendo por nosotros en la cruz, nos librase de la muerte eterna, de que estábamos amenazados. Te dejo por mi testamento su santa ley, que es una herencia más preciosa, que todas las riquezas del mundo: si la guardas fielmente toda tu vida, te miraré y te amaré como a hijo mío, y legítimo heredero; pero si fueses tan mal aventurado, que llegases a abandonarla, te trataré como hijo rebelde e inhumano”.

Los mandarines, que se hallaron presentes por hacer su corte al rey, mostraron tanta indignación de esta respuesta, que suplicaron a su majestad les permitiese despedazarle; pero el rey, más moderado que ellos, mandó que le restituyesen a su patria, y que allí le degollasen. Llegado que fue allí, muchos de sus parientes, gentiles aun, se arrojaron a sus pies en al cárcel, instándole a que obedeciese al rey, o a lo menos, que hiciese como que obedecía, acercando un poco el pie a la imagen; y que esta acción sola sería suficiente para que el general de las tropas, amigo suyo particular, hallase modo de librarle; que si miraba con indiferencia su ruina propia, no fuese insensible a la de una familia afligida, que tanto amaba, y que iba a arrastrar en la misma desgracia. Cosa extraña. Aquel que había hablado al rey con tanto valor, se rindió a los ruegos y lágrimas de sus parientes. Hizo el ademán de pisar la imagen, declarando no obstante, que lo hacía más por librarse de la importunidad de sus parientes, que por negar de su religión, la cual reconocía, y confesaba por única, verdadera, y absolutamente necesaria para la salvación. Contento el general con esta apariencia, escribió al rey, que Pablo *Kien*, así se llamaba el mandarín, había obedecido a sus órdenes; pero irritado su majestad que otro, y no él, le hubiese vencido y reducido, mandó que no por ello dejasen

de cortar la cabeza al culpable. Recibió Pablo esta segunda sentencia con maravillosa intrepidez. Reconoció en ella la mano de Dios, que visiblemente castigaba su cobardía. Lloró amargamente hasta el último instante de su vida, e invocando sin cesar el dulce nombre de Jesús, murió, como lo debemos esperar, en los mismos sentimientos de una verdadera penitencia.

El día 23 de abril fueron presentados al rey cuatro misioneros, los señores Langlois y Cappon, eclesiásticos; y los Padres Candone y Belmonte, jesuitas. Mandó que les pusiesen al cuello el cangue o gamella más pesada, gruesos grillos a los pies, y que fuesen llevados a otra cárcel más dura, donde, según parece, quiere dejarlos morir de miseria. En el mismo tiempo, tres señoras fueron conducidas delante del rey: eran éstas Isabel *Mau*, viuda de un gran mandarín; María *Son*, de edad de sesenta años, de una inocencia y candor admirable de costumbres; y Paula *Don*, cuyo marido había sido martirizado. Fueron sentenciadas a la bastonada, a que les quitasen el pelo, y a que les cortasen las puntas de las orejas y dedos. Condenó a muerte el rey a los cochinchines, rebeldes a su decreto, y los más de ellos a morir de hambre.

Se dio la comisión de ejecutar la sentencia, dada contra las tres señoras, a un capitán pariente de Isabel. Éste la instó mucho a que obedeciese al rey: más viéndola firme y constante, le dijo que temía mucho, que después de padecer el suplicio a que estaba condenada, la obligasen a pasar lo que le quedaba de vida en algún oficio bajo y humilde: "Pariente mío, (*le respondió esta virtuosa señora*) soy mujer y de edad, y por consiguiente muy medrosa y aprehensiva: y así no te puedo decir el miedo, y horror que tengo de poner debajo de mis pies el retrato de mi Salvador y de mi Dios. Al oírte solamente hablar de ello, me tiembla todo el cuerpo; por tanto, si no hay otro medio para eximirme del suplicio, sino el de pisar la imagen santa, mucho más quiero morir, que hacerlo".

dio una vida poco cristiana; pero en fin, después de la muerte de su mujer, se convirtió de veras a Dios, y se dedicó al servicio de los misioneros. Vivió los últimos ocho años de su vida en nuestra casa, y aunque tenía sesenta años era más robusto que sus compañeros. Murió el último, habiendo tolerado el hambre ocho días sin que le hubiesen dado siquiera una hoja de betel (f)³⁹, que mascar. La prisión de estos mártires era una cabaña, cerrada con gruesos palos, cubierta de ramas de árboles de seis pies de ancho, y ocho de largo. Después de su muerte, hicieron sus cuerpos pedazos, los arrojaron al río por orden del rey, para que no se pudiesen juntar sus reliquias.

A veinte de mayo llegaron los navíos, o somes (g)⁴⁰ chinos, que traían a los señores eclesiásticos, y a nosotros, las cortas pensiones, que nos envían de Cantón. No omitieron diligencia los mandarines para averiguar, si traían algo a los misioneros; pero el capitán chino tuvo la habilidad de frustrar sus intentos, entregándome cuanto le habían confiado. No ha sido de poca utilidad, para dar algún alivio a todos los confesores de Jesucristo, que estaban en las cárceles. A Miguel *Ouen*, soldado le cortaron la cabeza en su casa a veinticinco de mayo. Un estudiante mozo, después de haber sufrido doce días de hambre, estando fuera de sí, y con la cabeza perdida, renegó de la fe, para que le diesen de comer. Se le preguntó, si el hambre le hacía padecer mucho. Y respondió, que sentía en las entrañas un fuego tan abrasador, y tan insufrible, que no había podido perseverar más tiempo; aunque está convencido, de que la única verdadera religión es la cristiana.

No puedo explicar a usted vuestra reverencia, lo que el Padre Candone, de sesenta y tres años de edad, y muy achacoso, padece con el cangue, y los grillos. Resiste, no obstante, valerosamente, como también el señor Cappon; pero habiendo la incomodidad de la cárcel causado al Padre Belmonte un flujo de sangre, murió de él el día 27 de mayo,

habiéndose antes confesado, y recibido la extremaunción. Era natural de Rimini, en Italia, y ha ocho años, que vino a esta misión con el ilustrísimo Ciceri, obispo de Nankin (h)⁴¹ que volvía de Europa. Su admirable dulzura, y grande caridad, le hicieron amable a todos, y más a los pobres, que hallaban en él un Padre, y un protector. Aunque débil de complexión, era infatigable. Como los trabajos a que su celo le llevaba, le habían sumamente debilitado, le ordenaron los Superiores, que volviese a *Macao*, para recobrar su salud. Dispuso Dios de su vida de otra manera, llamándole, como con fundamento esperamos, a la gloria de los bienaventurados, porque murió, no solamente como verdadero cristiano, sino como perfecto religioso, desnudo de todo, y casi como san Juan Papa y mártir, cuya fiesta celebra la iglesia a veinte y siete de mayo. Habiendo este santo sido echado en la cárcel de Ravena, en defensa de la religión católica, por orden del rey Theodorico, murió en ella de hambre y miseria. Me dio el rey permiso de dar sepultura al Padre Belmonte; lo hice de noche, en un paraje donde pocos días antes había una muy hermosa iglesia.

Ha sido la persecución muy cruel en las provincias, y ha hecho muchos mártires. Ignoramos todavía las circunstancias de sus combates. A diez y nueve de junio murió de repente el tío del rey, el grande enemigo de nuestra religión. Acababa de comer, y queriendo dormir la siesta, se echó sobre la cama. Un instante después gritó a una de sus mujeres, que no estaba lejos: *Hay ¡que me muero!* Y en el mismo momento expiró. Hacen todos juicio, que esta muerte es un evidente castigo de Dios, por los males, que había hecho a los cristianos. Dos días antes, un verdadero siervo de Dios, llamado *Francisco Dirk*, había profetizado de algún modo esta muerte, diciendo: que este príncipe, por su odio y crueldad contra los buenos, sería muy presto castigado, y que seguramente vengaría Dios a sus siervos, a quienes oprimían sin humanidad, y sin justicia. A otro mandarín, enemigo de los cristianos,

se le quemó la casa, con doce de su familia. También ha descargado Dios los azotes de su justicia sobre algunos cristianos apostatas; unos están poseídos del demonio; otros, postrados en la cama, padecen vehemente dolores: otros han caído en el mayor desprecio, y casi todos parecen oprimidos de tristeza, turbados sin duda, con los justos remordimientos de su conciencia. Muchos quieren ser recibidos a penitencia, y lo piden con vivas instancias; pero hacemos juicio, que no es aún tiempo de concederles estas gracias, y mucho menos a los que están en buena salud: ofrecen algunas grandes limosnas para socorrer a los cristianos encarcelados. Los misioneros han consultado entre sí, si se habían de recibir, o no; y sus pareceres no estuvieron de acuerdo. Los señores Langlois, Fonseca, y el Padre Candone, juzgaron, que se debían recibir por las razones siguientes. Los prisioneros necesitan de socorro; y es consejo de la escritura sagrada, redimir sus pecados con la limosna. Los reos pueden caer en desesperación, y de rabia y cólera renegar enteramente de la religión; si por un pecado que cometieron en el juicio de todos, más por flaqueza que por malicia, y del cual se arrepienten de todo corazón, le miran tan despreciados, que no quieren recibir sus limosnas, cuando no se desechan las de los idolatras. Mas los señores Cappon, Semenot y el Padre Belmonte, han sido siempre de parecer, que considerada la disposición de los ánimos en este país, porque creen, que todo se logra con el dinero, y que de los mandarines más severos, con él se alcanza perdón de los más atroces delitos: han juzgado, digo, que no se debían admitir, ni las ofrendas, ni las limosnas de los apostatas, para no darles lugar de pensar, que en el peso de los misioneros, los pecados más enormes, en cuyo número debe contarse la apostasía, se hacen ligeros, cuando en la balanza opuesta se pone una buena suma de dinero; y porque fácilmente se persuadirían, viéndonos aceptar sus limosnas, que ya estaban reconciliados, y en gracia con nosotros.

Hasta aquí llega el extracto de la relación del Padre Arnendo. Quedo con perfecto reconocimiento y profundo respeto.

Muy reverendo Padre. Su muy rendido y muy obediente servidor.
Pelisson. Misionero de la Compañía de Jesús.

Tomada de *Cartas edificantes, y curiosas escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la compañía de Jesús*. Traducidas del idioma francés por el Padre Diego Davin de la Compañía de Jesús. Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernández, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición, y de la Reverenda Cámara Apostólica, 1753, volumen 1, pp. 43 a 62.

¹ Joseph Henri De Premare su nombre chino Ma Lungchu, misionero, sinólogo. Nació en Cheburgo, Francia en 1666 y murió en 1736 en Macao, China. Misionero itinerante propuso la fundación para niñas abandonadas de hospicios. Estuvo especialmente interesado en los clásicos e idioma chinos. Escribió en chino una vida de San José y un tratado en forma de diálogo sobre las seis categorías en la caligrafía de los caracteres chinos, *vid, Diccionario...* vol. 4, pp. 3223-4.

(a) La isla de Java, al mediodía del reino de Siam, forma con la isla de Sumatra el estrecho de la Sonda, llamado también el estrecho de Java.

² Ciudad y reino indígena en el extremo norte de Sumatra, establecieron relaciones comerciales con los ingleses, quienes luego lo cedieron a los holandeses. Su idioma es una lengua hablada, mezcla de battak, malayo e indostano, pertenece a la familia polinesia. Su lengua escrita es el malayo, *vid Enciclopedia universal...* vol. 2, pp. 751-753.

³ Península del sureste de Asia, esencialmente montañoso. Tuvo relaciones con Europa hasta 1511, en que los portugueses fundaron allí varias colonias y extendieron el cristianismo en el país por medio de misioneros, a quienes se deben las primaras noticias etnográficas. Los holandeses arrebataron en 1641 a Portugal la ciudad de Malaca y la cedieron en 1824 a Inglaterra, *vid, Ibidem...* vol. 32, pp. 419-21.

⁴ Joachim, su nombre chino Po Jin Mingyuan. Misionero, matemático. Nació en Le Mans, Francia en 1656 y murió en Beijing/Pekin, China en 1730. Estuvo entre los primeros jesuitas patrocinados por Luis XIV, que realizaron observaciones astronómicas en China y enviaron o trajeron consigo los mejores libros chinos para la Biblioteca Real. Llegaron a Ningbo (China) en 1687 y a Pekín en 1688. Hizo rápidos progresos en el aprendizaje del chino y del manchú. Enseñó geometría y ciencias naturales al emperador Kangxi directamente y por medio de traducciones manchúes de autores europeos. Contribuyó también a establecer un laboratorio químico y médico en el palacio; empezó a traducir

manchúes contra el cristianismo al dar éste señales de decadencia en su posición ante la corte de Pekín. Fue rector de la residencia francesa de Pekín, tras conseguir la conversión de bastantes manchúes, continuó sus trabajos entre ellos, incluso después de la persecución ocurrida en el reinado del emperador Yongzheng. Muestras de sus constantes labores apostólicas en la capital fueron el bautizo de niños abandonados y laceración de grupos de catequistas que colaboraban con él. Extendió la devoción al Corazón de Jesús fue uno de los primeros jesuitas que dio ejercicios de ocho días según los de san Ignacio de Loyola. Sus obras chinas, incluyen un volumen de consejos a los recién convertidos, enfrentados a una era de persecuciones, otra sobre exhortaciones a los apóstatas y un folleto devocional sobre el padrenuestro, *Ibidem...* vol. 1, pp. 1033-4.

⁸ Pierre, su nombre chino Fan Jixun Shushan, enfermero, misionero. Nació el 9 de marzo de 1664 en Angoulême, Francia y murió el 20 de noviembre de 1703 en Beijing/Pekín, China. Uno de los doce jesuitas que fueron a China cuando Joachin Bouvet volvía en enero de 1698. Había mostrado ya su habilidad como enfermero durante sus primeros años en la Compañía de Jesús. Llegó a Xiamen/Amoy, China e julio de 1699. trabajó como médico y cirujano en la corte imperial en Pekín. Mientras cuidaba en Pekín al nieto del emperador Kangxi, lo bautizó unos días antes de que la muriera. Frapperie murió aún joven, y sólo a los tres años de haber llegado a China, Kangxi ordenó que se le hiciera un funeral semejante a de Magalhaes y Verbiest, y para cubrir los gastos, dio a los jesuitas diez grandes rollos de tela satinada y 200 onzas de oro, *Ibidem...* vol. 2, p. 1523.

⁹ Guy Tachard, misionero, embajador. Nació en 1648 en Burdeos, Francia y murió el 21 de octubre de 1712 en Chandernagor, India. En 1685 empezó sus grandes viajes, partió con el embajador francés a Siam (Tailandia), desde donde regresó como intérprete de los embajadores del rey de Siam ante Luis XIV en 1686 y luego como intérprete de los embajadores de Siam ante el papa Inocencio XI. En 1689 partió para la India y fue uno de los primeros misioneros de Bengala. En 1690, está en Siam y en Pondichery. Cuando esta ciudad cayó en poder de los holandeses, fue hecho prisionero y llevado a Europa (1693). Dejado libre fue superior y delegado de los jesuitas franceses en la India y China. Volvió a Europa en 1699 y finalmente partió a su noveno viaje a la India. Escribió varias cartas edificantes y curiosas y una *Memoria sobre las principales cosas que se pueden hacer en Pondichery para contribuir a la propagación de la fe, vid Ibidem...* vol. 4, p. 3686.

¹⁰ (a) La isla de Java, al mediodía del reino de Siam, forma con la isla de Sumatra el estrecho de Sonda, llamado también el estrecho de Java.

¹¹ (b) Es la ciudad capital de los estados de los holandeses en las Indias orientales, situada sobre la costa septentrional de la de Java. Los portugueses tomaron posesión de la isla de Java llevaron la religión con ellos, pero los holandeses conquistaron Java en 1596 y significó la destrucción del catolicismo, sin embargo fue preservada por los frailes menores hasta su expulsión en 1721. En 1807, al ser rey de Holanda Luis Napoleón, Pío VII dividió los

territorios holandeses fuera de Europa en tres prefecturas: dos en las Indias orientales y una en la India del este: en Batavia, *vid*, The Catholic Encyclopedia Online

¹² Isla del archipiélago asiático en la Edad Media estuvo bajo el dominio de estados árabes e indios. Sus reyes figuraron entre los tributarios del gran Kan Kubalai. En 1616 la Compañía de las Indias Holandesas estableció allí algunas factorías. El islamismo se difundió desde el siglo XIII, *vid*, *Enciclopedia Universal*... vol. 58, pp. 830-40.

¹³ (c) Predicó San Xavier el Evangelio en las Indias diez años, y en memoria de éstos, se hacen oraciones u otras devociones diez viernes seguidos, en honra del santo. Se ha fijado esta devoción los viernes, porque murió el santo en la isla de Sancian, viernes 3 de diciembre de 1552, y también porque el último año de su vida, el crucifijo del oratorio del castillo de Xavier, sudó sangre copiosa todos los viernes, la que no cesó hasta su muerte.

¹⁴ Situada al nordeste del océano Índico, está situado entre el subcontinente indio al oeste y Myanmar (la antigua Birmania) al este. Las zonas costeras que rodean el Golfo de Bengala fueron colonizadas primero por los portugueses. Uno de los principales asentamientos fue Santo Tomé de Meliapor, hoy convertido en una barriada de la ciudad de Madrás en la India. En el año 1522, los portugueses construyeron allí una iglesia y, un año más tarde, ya se había construido una pequeña ciudad en el lugar. A principios del siglo XVII, Santo Tomé era una gran ciudad según los criterios de la época. Aunque no cabe duda de que los europeos desempeñaron un papel importante en el desarrollo comercial de la región bengalí, el número de comerciantes asiáticos dedicados a la importación y exportación de materias como la seda y otros textiles en la zona del Golfo de Bengala era superior al de los europeos, incluso a mediados del siglo XVIII. En Bengala se localiza, Calcuta, *vid* *Enciclopedia universal*... vol. 8, pp. 100-102.

¹⁵ Distrito de la India, en los siglos XVII y XVIII fue el gran puerto de la India. A partir de 1573 formó parte del imperio mogol y los portugueses eran dueños del mar de Surate y en 1612 pasó a ser la capital de la Compañía inglesa de las Indias Orientales hasta 1687 en que la trasladaron a Bombay. Durante un tiempo los holandeses adquirieron importancia, pero la volvieron a recuperar los ingleses, *vid* *Ibidem*... vol. 58, pp. 1040-43.

¹⁶ (d) son los magnates del país.

¹⁷ (e) Cabestán es una máquina de madera que da vueltas sobre un eje, y sirve para levantar las anclas de lo hondo del mar.

(f) Paso es un espacio de mar entre dos tierras o bancos por donde pasan los navíos.

(g) Bordenar es un término de marina, que significa ir ya de un lado, ya de otro, arrimándose al viento todo lo que se puede.

¹⁸ Jean-Baptiste, su nombre chino Lei Xiaosi Yongwei. Nació el 29 de enero de 1664 en Istres, Francia y murió el 24 de noviembre de 1738 en Beijing/Pekín, China. Llegó a Pekín a fines de 1698. excelente matemático y astrónomo, junto con otros jesuitas se ocupó a petición del emperador de las mediciones para el atlas jesuita de China. Su viaje le

facilitó establecer varias comunidades cristianas y llevar a cabo algún trabajo pastoral. Se le conoce también por ser autor de la primera traducción occidental del *Yi Jing* (Libro de los cambios), uno de los clásicos más antiguos, *vid Diccionario histórico...* vol. 4, p. 3322.

¹⁹ Alessandro, su nombre chino Luo Lishan Dengyong. Misionero obispo. Nació el 28 de mayo de 1639 en Como, Italia y murió el 22 de diciembre de 1703 en Nanking/Nankín, China. Llegó a Goa (India) en 1675 y dos años después estaba en Macao estudiando chino para prepararse a su apostolado en Cantón. Fue visitador (1682-5) de las provincias indias de Goa y Malabar y demostró su capacidad como administrador. Fue enviado a Roma como procurador por la viceprovincia de China en 1686 y regresó a Macao en 1691. Fue superior de del Dongtang en Pekín con poder de viceprovincial en los primeros años de la disputa jesuita franco-portuguesa en la capital. Permaneció allí hasta 1695 en que fue nombrado obispo de Nankín, cargo que ocupó hasta su muerte, *vid Ibidem...* vol. 1, p. 793.

²⁰ Durante siglos se dio este nombre a toda el Asia interior, habitada por las hordas tártaromogolas. En un principio, el término "tártaro" se utilizaba indistintamente para referirse tanto a la población de habla turca como de otra lengua. La palabra tiene una connotación negativa pues procede de la palabra latina y griega tartarus, que significa infierno. Por lo tanto, el término tártaro se usaba para describir a gente salvaje y violenta. Las primeras referencias a los tártaros proceden del Codex Cumanicus, de 1303. Con anterioridad a esta fecha, su nombre aparece relacionado con un pueblo no turco, probablemente de origen mongol; después de la invasión mongólica, se llamaba tártaros al conglomerado de pueblos que vivían dentro de los confines del reino de la Horda de Oro, en especial los kipchaks turcos o cumanos, padres de los tártaros modernos. Globalmente se ha usado para incluir a todos los musulmanes túrcicos que habitan desde Ucrania y Crimea hasta Asia central, pasando por la región inferior del Volga. La lengua literaria islámica, el chaghatái, utilizó hasta 1927 un alfabeto árabe, *vid* www.proclorg/mundo.tartaro.htm

²¹ (h) reino entre la China y Japón, tributario de la China.

²² Claude de, su nombre chino Liu Ying Shenwen, misionero, obispo. Nació el 12 de agosto de 1656 en Trébry, Francia y murió el 11 de noviembre de 1737 en Pondicherry, India. Se le aceptó que fuera enviado a China a pesar de estar cursando el tercer año de teología, por su talento matemático y su conocimiento de siete idiomas, incluyendo el siríaco y el hebreo. Llegó a Pekín en 1688, si bien no formó parte del servicio imperial se le permitió vivir donde quisiera, fue primero a Shanxi y luego a Nankín, Cantón. Viajó extensamente por China como representante imperial para acoger a los misioneros jesuitas que llegaban al país. Su conocimiento sobre la antigua literatura china era amplísimo. La controversia de los "ritos chinos" constituyó un momento crucial para Visdelou, su estudio de los clásicos lo llevó a interpretaciones discrepantes de las de Mateo Ricci, pero las dio a conocer públicamente hasta la reunión de Cantón (1705). Charles Thomas Maillard de Tournon lo nombró vicario apostólico de Guizhou y después obispo consagrando en

secreto en Macao, al dispensarlo de su voto de no aceptar dignidades eclesiásticas, lo que provocó la objeción de sus superiores jesuitas en China. En 1708, Clemente XI aceptó que Visdelou ya no era jesuita. Partió hacia Pondicherry, donde vivió con los miembros de las Misiones Extranjeras de París, y desde 1726, con los capuchinos. Continuó con sus estudios chinos y tradujo varias obras históricas de los primeros tiempos de China. Fue el primer sinólogo que describió los contactos de China con Asia Central desde los tiempos del Imperio Romano. Algunos de sus relatos se publicaron después de su muerte, pero la mayoría de sus obras se conserva manuscrita en la Biblioteca Vaticana, *vid Diccionario histórico...* vol. 4, pp. 3988-9.

²³ Jean de Fontaney. Nombre chino Hung Ruohan Shideng, misionero. Nació el 17 de febrero de 1643 en Saint-Pol-de-Leon, Francia, murió el 16 de enero de 1710 en La Flèche, Francia. Mientras se formaba en la Compañía de Jesús, se especializó en matemáticas y astronomía, ilusionado con poder ir al Japón como misionero. Cuando Luis XIV envió un legado a Siam, se presentó la oportunidad de enviar seis jesuitas a China, quienes llegaron a Beijing/Pekín el 7 de febrero de 1688. El emperador Kangxi le permitió a Fontenay que se estableciese en China en donde quisiese. En Shanghai ideó el plan de hacer que maestros cristianos chinos enseñasen gratis a los niños en las escuelas que se establecerían en las ciudades más importantes. Una meta global era ayudar al desarrollo de las ciencias en China, pero el plan no se ejecutó. Fue superior (1693-1699) de la recién inaugurada iglesia del Norte en Beitang. Fue enviado a Francia como delegado imperial, al llegar a París buscó un procurador sustituto Jean-Francois Pellison, para promover los intereses de la misión francesa en Roma mientras que él lo hacía en París. En mayo de 1706 fue vicerrector del noviciado en París, y al año siguiente, rector del colegio de La Flechè, *vid Ibidem...* vol. 2, pp. 1481-2.

²⁴ Próspero, su nombre chino Yin Douze. Misionero, sinólogo. Nació el 28 de agosto de 1625 en Enna, Italia y murió el 3 de octubre de 1696 en Hangzhou/Zhejinag, China. Durante varios años solicitó ser enviado a las misiones, arribó a Macao en 1659, donde estudió chino e hizo la tercera probación. Fue enviado a Jianchang (Jiangxi) al sudeste de China. Su labor misionera logró la conversión de unas mil personas y la imponente construcción de una iglesia. En 1662 instaló una imprenta donde imprimió *Sapiente sinica*, que contenía la traducción del *Daxue* (Gran sabiduría), uno de los cuatro libros que debían leer todos los candidatos a los exámenes para el servicio civil. La obra era un medio de inculturizar a los jóvenes misioneros a la civilización china. Trabajó asiduamente en la traducción de otras obras clásicas. Al estallar la controversia sobre el calendario, los misioneros fueron arrestados y deportados a Cantón. Fue nombrado procurador de la misión y logró escapar a Macao en 1668 y llegó a Roma en 1671. Allí explicó a los cardenales de Propaganda FIDE las cuestiones sobre los ritos chinos, algunos problemas canónicos y litúrgicos. Regresó a Macao en 1674 y fue visitador (1676-84) de la provincia de Japón y de la viceprovincia

El presente libro comprende cinco cartas de los misioneros jesuitas que fueron a evangelizar a la India y China. Fueron escritas entre 1693 y 1705 y publicadas junto con otras por el jesuita Charles Le Gobien en la obra *Lettres de quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus, écrites de la Chine et des Indes Orientales*. Éste fue el principio de la colección que más tarde llevó el título de *Lettres édifiantes et curieuses écrites des missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus* (*Cartas edificantes y curiosas, escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*) que ejerció gran influencia sobre los escritores franceses del siglo XVIII fascinados por China.

Estas cartas constituyen una de las más importantes fuentes de información, no únicamente sobre la historia de las misiones católicas y la determinación con que se emprendió, sino también acerca de la etnología e historia de los pueblos a los que los jesuitas llevaron el Evangelio.

FXC

BIBLIOTECA
FRANCISCO
XAVIER
CLAVIGERO

ISBN 968-859-608-6
9 789688 596081